
LA SAGA DE LOS AZNAR
EL EJERCITO
FANTASMA
POR GEORGE H. WHITE

Hango Noda era un científico notable. Como ankorano estaba orgulloso de su patria y creía en la buena fe de la clase dirigente. Había sido educado en una máquina “Psí”, como todo el pueblo. Los problemas empezaron para Hango Noda el día que empezó a hacerse preguntas, a pensar por sí mismo, a aplicar su propio y libre discernimiento…

¿Pero qué posibilidades de libre albedrío puede tener un hombre cuya mente ha sido modelada por una máquina, que a su vez ha sido programada por una pandilla de paranoicos?

¡Noda comprendió con horror que él mismo podía ser un paranoico sin saberlo! ¡Todo Ankor era una nación de locos!

epublibre

George H. White

El ejército fantasma

La saga de los Aznar - 41

ePub r1.0

Titivillus 23.08.15

Título original: *El ejército fantasma*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL EJERCITO FANTASMA

George H. White



CAPÍTULO PRIMERO

DESDE hacía cinco días Wora, capital del antiguo reino de Klushe, estaba cercada por su propio Ejército. Los carros blindados tenían bloqueadas las carreteras y los caminos, y se habían tendido campos de minas y alambradas, detrás de las cuales vigilaban patrullas de soldados.

En el puerto todas las embarcaciones estaban bajo control militar, y por si estas precauciones no bastaran, las cañoneras de la Marina Real rastreaban la costa a la busca y captura de algún bote que intentara burlar el bloqueo.

El toque de queda comprendía desde el anochecer hasta el alba. Durante las horas nocturnas, todo aquel que intentara salir de la ciudad, corría el riesgo de ser abatido a tiros. La consigna era “disparar primero, preguntar después”. La represión superaba cotas hasta entonces jamás conocidas. De día o de noche, los automóviles de la Policía Militar cruzaban velozmente las desiertas calles de

Wora haciendo sonar sus estridentes bocinas…

La ciudad daba diente con diente bajo el imperio del temor.

El miedo se había ido apoderando de una manera gradual de todo el planeta, y ya nadie estaba libre de él.

Todo había empezado hacía siete años y medio, cuando en el firmamento de Uhlan apareció un nuevo cuerpo celeste, un planetillo errante.

En un principio se aseguró que, dada la velocidad y la trayectoria del intruso, éste estaba llamado a entrar en colisión con Ura, el sol verde. Pero si chocaba con Ura se rompería el delicado equilibrio que hacía que los dos soles del sistema se sostuvieran girando el uno frente al otro. Ura se precipitaría sobre Bodna, el sol amarillo, y nada se salvaría de la espantosa colisión entre los dos astros.

En la mitología uhlanita, Bodna y Ura se identificaban respectivamente con el bien y el mal. Bodna, el dios de la bondad, se habría aproximado en alguna ocasión a Ura, la diosa maligna. Fecundada por Bodna, Ura engendró a Uhlan, pero entonces surgió la desavenencia, y desde entonces Bodna y Ura giraban uno alrededor del otro, contemplándose hostilmente como dos enemigos dispuestos a atacarse. Ura y Bodna eran tan poderosos, y estaban tan igualadas sus fuerzas, que inevitablemente estaban llamados a destruirse, en un choque brutal en el que no habría vencedor ni vencido.

No sólo se aniquilaran los dos gigantes. El hijo de ambos, Uhlan, perecería también en la catástrofe.

El temor al fin del mundo formaba parte de la tradición y el folklore uhlanitas. Modernamente se habían realizado cálculos muy precisos, mediante los cuales se demostraba que a larga fecha, Bodna y Ura acabarían colisionando, destruyéndose mutuamente y arrastrando consigo a Uhlan al desastre.

La Ciencia pura venía en apoyo de la leyenda.

Con la aparición del intruso celeste y las alarmistas declaraciones de los hombres de ciencia, el pánico cundió entre los uhlanitas. Pero pronto se hizo pública una rectificación. El planetillo errante había cambiado de rumbo, por lo tanto no habría colisión.

Apenas habían respirado aliviados los uhlanitas, cuando

inmediatas y posteriores observaciones vinieron de nuevo a sembrar el temor y el desconcierto entre los habitantes del amenazado planeta.

¡El intruso estaba frenando y adaptando su velocidad para situarse en una órbita planetaria!

De sobresalto en sobresalto, los uhlanitas escucharon esta poco tranquilizadora versión:

“Se trata de un planetillo dirigido; es decir, capaz de autopropulsarse, de escoger su propio rumbo y detenerse a voluntad. Ningún cuerpo celeste creado por la Naturaleza se comporta de este modo. Tal vez se trate de un planetillo artificial. Sin duda existe una inteligencia superior que lo guía.”

Desde los albores de la Era Tecnológica, incluso antes, de forma más grosera, cierto tipo de literatura de anticipación con bases más o menos científicas, había especulado acerca de las posibilidades futuras de viajar a través del espacio hasta las lejanas estrellas. Últimamente se aceptaba como seguro que el uhlanita no era la única criatura inteligente en el vasto Universo. Otras clases de vida podrían desarrollarse en otra clase de planetas, incluso cabía dentro de lo posible que existieran en alguna parte seres más inteligentes que los propios uhlanitas, y que éstos hubieran encontrado la forma de superar los obstáculos que todavía se levantaban ante el hombre de Uhlan.

Ciertos indicios parecían demostrar que Uhlan había sido visitado en tiempos remotos por criaturas extragalácticas.

Mucho antes de que apareciera en el cielo de Uhlan este inquietante intruso, los científicos ankoranos, en el curso de los estudios sobre nuevas armas intercontinentales, habían logrado lanzar al espacio un satélite artificial. Luego, a medida que sus cohetes aumentaban en tamaño y potencia, los mismos ankoranos pusieron sucesivamente en órbita algunas cápsulas tripuladas e incluso una plataforma que llamaron pomposamente “laboratorio espacial”.

Posteriormente, astronautas ankoranos realizaron un espectacular vuelo tripulado hasta el cinturón de asteroides exteriores, a una distancia de 50 millones de kilómetros de Uhlan.

El enorme gasto que supuso el titulado “Programa Espacial” de Ankor, pudo haberse ahorrado si los ambiciosos científicos hubiesen

esperado hasta un siglo más tarde, cuando alcanzó su pleno desarrollo y aplicación práctica la técnica de los campos de fuerza, gracias a los cuales hubiesen podido elevar varias toneladas de peso hasta una órbita de satélite, incluso proyectarlas al espacio con un costo de energía insignificante.

Al irrumpir en escena el inquietante planetillo, el único país que poseía experiencia espacial era la República de Ankor. Los ankoranos estaban tan asustados como los demás, pero dieron la cara y decidieron investigar el planetillo misterioso.

En un ambiente de extraordinaria expectación, la flamante Armada Sidérea de Ankor salió de Uhlan y se dirigió al encuentro del intruso, al cual hallaron en una alejada zona del espacio, tranquilamente acomodado a una órbita planetaria. Nadie respondió a sus interpelaciones por radio, ni se produjo la temida reacción hostil. El planetillo parecía muerto.

Tal era la impresión que recibieron los astronautas ankoranos al desembarcar en el planetillo. Comprobaron lo que ya conocían de antemano; es decir, el planetillo carecía de atmósfera. Su inhóspita superficie, sembrada de rocas grises y de grandes cráteres, no tenía aire ni agua. La vida era imposible en él; al menos tal como la conocían los ankoranos.

Sin embargo, a pesar de todo, las evidencias de que en él había existido vida estaban en todas partes. Los ankoranos encontraron millares de grandes observatorios astronómicos protegidos por sólidas cúpulas de un metal tenacísimo superpesado, que los científicos habían obtenido por transmutación nuclear y poseía rarísimas y valiosas propiedades; la principal de ellas el cambiar de polaridad bajo inducción eléctrica, con lo cual creaba por sí solo un campo de fuerza de signo opuesto al de la fuerza de atracción de las masas de signo contrario.

Por todas partes vieron rampas lanza-missiles, proyectores de “rayos desintegradores”, antenas de radar y otro tipo de proyectores y de antenas cuya utilidad no podían siquiera adivinar.

Se contaron quinientas obras de ingeniería descomunales, consistentes en una serie de grandes piezas de “arokalina”, que parecían dispuestas de forma que abrieran y cerraran a modo de diafragma fotográfico, y casi el doble número de pozos que resultaron ser reactores de iones, el nuevo tipo de motor de

propulsión que los ankoranos acababan de aplicar a sus propias aeronaves.

El hallazgo más sensacional (de momento, pues luego vendrían otros) fueron unas extraordinarias construcciones metálicas que se levantaban en el fondo de algunos cráteres. Contempladas desde cierta altura, estas construcciones tenían el aspecto de grandes plataformas circulares de doce kilómetros de diámetro. Enterradas en parte en el suelo, sus paredes se alzaban verticalmente a quinientos metros de altura, como abruptos acantilados.

Los exploradores contaron un total de cincuenta plataformas idénticas desparramadas en todo el planetillo, y muchas depresiones circulares en el terreno, que parecían indicar que en algún tiempo existieron más. Cuando los investigadores lograron penetrar en una de estas edificaciones, quedaron sorprendidos.

A través de sucesivos pisos, comunicados por medio de rampas y grandes ascensores, los ankoranos llegaron hasta una verdadera ciudad. Una ciudad con amplias calles pavimentadas de caucho, con plazas y parques en los que crecía una vegetación selvática, con fuentes y luces, con inmovilizados automóviles eléctricos…, una ciudad capaz para albergar cómodamente hasta un millón de habitantes en confortables apartamentos, con sus servicios sanitarios, sus muebles y equipamiento… pero donde no vivía nadie.

Una exploración más profunda llevó a los ankoranos a una conclusión todavía más extraordinaria. Cada uno de aquellos gigantescos “discos”… ¡era una cosmonave! Como más tarde demostraron, cada “disco” estaba construido de “arokalina” y disponía de todos los elementos precisos para despegar, moverse y dirigirse en el espacio con plena autonomía y a cualquier distancia. ¡Algo realmente fabuloso!

Los investigadores encontraron en estas cosmonaves gigantes abundante material de estudio. Bibliotecas completas, laboratorios, quirófanos, computadoras, máquinas, instrumentos, aparatos y armas revolucionarias… todo un fabuloso botín representativo de una tecnología que los uhlanitas estaban lejos de alcanzar.

A espera de descifrar el lenguaje escrito de los habitantes del planetillo, los investigadores pudieron establecer la identidad de los ausentes a través de miles de fotografías y grabados.

Se trataba, sin duda, de una raza humanoide, prima hermana de la uhlanita. En su aspecto general; facciones, estatura, peso, esqueleto, musculatura, sangre, incluso órganos genitales, no existían diferencias notables con los uhlanitas. Sin embargo, no eran idénticos. Los extrauhlanitas del sexo masculino tenían la mitad inferior del rostro poblado de hirsuto pelo, mientras que sus hembras tenían un par de mamas en la parte alta del pecho.

¡Los extrauhlanitas eran mamíferos!

Desde que desembarcaron, los astronautas ankoranos advirtieron que su peso sobre la superficie del planetillo era equivalente a su mismo peso en Uhlan. Sin embargo, el planetillo era mucho más pequeño que Uhlan.

No tardaron en descubrir que las grandes rocas grises, las montañas que rodeaban los "circos"… ¡todo era "arokalina"! El peso específico de esta materia era 20.000 veces mayor que el del agua. Se calculó que si todo el planetillo hubiese sido de este metal, la fuerza de gravedad sobre la superficie habría aplastado a los astronautas que en él desembarcaron. Puesto que tal cosa no sucedía, debía admitirse que el planetillo estaba constituido interiormente de una materia muy ligera… quizás hueco.

¿Un planetillo hueco?

Los ankoranos comprendieron que habían estado buscando fuera lo que sin duda estaba "dentro". ¡El planetillo no estaba deshabitado! La inteligencia que obligó al planetillo a frenar su marcha y alterar su rumbo existía en alguna parte. ¡Vivía en el interior hueco de este pequeño y sorprendente mundo!

Todavía estaban los científicos calculando cual debía ser el espacio hueco, cuando una patrulla logró forzar la entrada a uno de los observatorios astronómicos. Dentro hallaron un gran telescopio… y un ascensor. Un ascensor en este lugar sólo podía conducir en una dirección; es decir, hacia abajo. La patrulla entró en el ascensor y puso éste en marcha sin tener idea de donde les llevaría.

Después de viajar más de cien kilómetros, el ascensor se detuvo y los exploradores se vieron en un espacio inmenso bajo los rayos de un espléndido sol amarillo que brillaba a gran altura sobre sus cabezas. Estaban en otro mundo… ¡un mundo increíble, con atmósfera y agua, enormes bosques, cordilleras de montañas, ríos y

lagos!

Mientras los exploradores iniciaban un tímido reconocimiento del interior del planetillo, la noticia del descubrimiento llegaba a Ankor. El pueblo, como de costumbre, no fue informado. Pero desde las altas esferas científicas y militares, la noticia se filtró en forma de rumor, y éste se extendió rápidamente, deformándose cuanto más lejos llegaba, hasta fraccionarse en múltiples versiones, la mayoría de ellas totalmente carentes de sentido.

Según la versión más extendida, el planetillo era una gigantesca cosmonave viajera tripulada por una raza de superhombres. Éstos procedían de una remota galaxia, donde habrían desarrollado una super-civilización adelantada en muchos milenios a la civilización ankorana. Los extrauhlanitas poseían armas de poder ilimitado, en comparación con las cuales las bombas termonucleares eran inofensivos juguetes de niños. Estos seres extragalácticos buscaban un planeta donde depositar los excedentes de la población que tripulaba su cosmonave, y en tal sentido se proponían conquistar Uhlan, previa aniquilación de los actuales habitantes del planeta…

En todo Uhlan el terror hizo presa en las multitudes, que de tal modo veían amenazado su futuro. A tal punto, que el Gobierno de Ankor se vio obligado a facilitar un comunicado oficial… el cual, naturalmente, nadie creyó.

Los ankoranos aseguraron haber descubierto un planetillo de notables características. De origen natural, por lo que parecía, una raza de seres extrauhlanitas había aprovechado aquellas características para convertir el planetillo en una gigantesca cosmonave, con capacidad para trasladarse en el espacio a cualquier distancia sin límites de tiempo. Todo el planetillo era como una burbuja de metal llena de aire. En este espacio libre interior, los extrauhlanitas habían suspendido una lámpara artificial de gran tamaño, que irradiaba luz y calor por igual sobre todas las tierras y los mares interiores. Se suponía que en el corazón de este sol artificial funcionaba un reactor nuclear.

La lámpara eléctrica disponía de un dispositivo automático que la encendía y apagaba por períodos regulares de tiempo. Mientras la lámpara estaba encendida, el calor que irradiaba producía la activa evaporación de los mares interiores. Al apagarse la lámpara solar se originaba un descenso de la temperatura del aire. El vapor de agua

se condensaba en forma de lluvia, y ésta regaba pródigamente la vegetación, que aquí era de color verde, y no roja como en Uhlan.

Existían por todas partes indicios claros de que el planetillo, en algún momento y durante su viaje a través del espacio intergaláctico, había colisionado con otro cuerpo celeste. Este choque sería tan violento, que en el exterior hizo saltar de sus alvéolos muchos de los gigantescos “discos volantes”, causando averías en algunos de ellos. Cúpulas de “arokalina”, antenas de radar y rampas lanza-missiles quedaron aplastadas en una gran área situada en el hemisferio norte.

En el interior del planetillo, esta sacudida se tradujo en un temblor sísmico que motivó el derrumbamiento de los edificios.

En efecto, los exploradores estaban localizando gran número de ruinas. Unas veinte ciudades importantes debieron existir en el interior del planetillo. La mayor de ellas se extendía sobre un área de dos mil kilómetros cuadrados, habiendo estado formada en su mayor parte de altos rascacielos de acero y cristal. El derrumbamiento de estos enormes edificios, todos al mismo tiempo, debió ser un espectáculo impresionante.

¿Presenció alguien esta catástrofe descomunal? ¿Perecieron los habitantes de estas ciudades bajo las ruinas?

Se practicaron excavaciones en las ruinas. Se encontraron toda clase de enseres domésticos, pero ni una calavera, ni un hueso humano. ¿Dónde estaban las gentes del planetillo? ¿Cómo pudieron desaparecer sin dejar rastro? ¿Vivían en alguna parte en estado de hibernación prolongada? ¿Quién dirigió las últimas maniobras del autoplaneta, hasta situarlo en una órbita?

Al menos una cosa parecía segura. En alguna parte debía haber un centro de control, especie de cerebro coordinador desde el cual se dirigían todas las maniobras.

Mientras recorrían el interior del planetillo buscando este centro de control, los exploradores realizaron otro hallazgo extraordinario. ¡Cien mil aeronaves de combate flotando en el aire como una gran nube amarilla en las proximidades del polo sur!

El autoplaneta parecía haber sido concebido al estilo de un portaaviones. Poderosamente armado en el exterior para defenderse de un posible ataque, se desplazaba en el espacio a enormes distancias llevando consigo su propia flota. Ankor, que se jactaba de

ser la nación más poderosa de Uhlan, no tenía nada que se pareciera a estas aeronaves.

Construidas de una robustez a toda prueba, las aeronaves extrauhlanitas medían 300 metros de eslora, por 40 metros de manga y otros 40 de puntal. Su forma estilizada recordaba la de los submarinos, aunque en algunos puntos presentaba aristas vivas que les daban aquel aspecto de solidez. Su casco estaba hecho de una sola pieza de "arokalina" y tenía en todas partes un mínimo de tres metros de espesor.

Por más que se devanaban los sesos, los técnicos ankoranos no podían comprender cómo se construyeron estos cascos, pues la "arokalina" fundía a tan elevadas temperaturas que no existían hornos capaces de generar tal calor, ni moldes que pudieran resistirlo. Estas aeronaves montaban centenares de proyectores, que se supuso serían "rayos desintegradores". Se trataba de otra cosa; eran proyectores de "luz sólida".

¿Luz sólida? Los ankoranos ni siquiera sabían que existiera. El tremendo poder de penetración de la "luz sólida" justificaba el enorme espesor del casco de las aeronaves.

La "luz sólida" podía describirse como un chorro de fotones acelerados. A mayor velocidad que la luz, los fotones adquirían masa, se hacían tan gruesos como perdigones y, dotados de alta energía, cruzaban el espacio como proyectiles. El impacto de esta barra lumínico-material era terrible; podía atravesar un muro de "arokalina" de hasta un metro de espesor. Cuatro o cinco disparos en el mismo lugar conseguían incluso atravesar las formidables corazas de tres metros de grosor de las aeronaves extrauhlanitas.

Desde Uhlan llegó una comisión de altos jefes de la Armada quienes, ante la evidencia del gran poder ofensivo de estas aeronaves, urgieron a los científicos para que resolvieran cuanto antes los problemas que ofrecía su manejo y pudieran ser llevadas a Ankor. Todavía el Alto Mando ankorano temía la posibilidad de una reacción de los invisibles dueños del autoplaneta.

Estos temores fueron disipándose con el tiempo, pues mucho tiempo fue el que los científicos emplearon en desentrañar los incontables misterios de las naves extrauhlanitas. Éstas obedecían a la voz, corriendo a cargo de un cerebro electrónico la tarea de realizar los cálculos y situar a la nave en la posición correcta. Pero

los ankoranos no conocían el lenguaje hablado ni escrito de los dueños del autoplaneta, lo cual vino a representar una insalvable dificultad.

Cuatro años fueron necesarios para que los técnicos ankoranos, en una paciente labor de tanteo, llegaran al final de aquel laberinto. Como siempre había ocurrido, las cosas parecían mucho más fáciles una vez se conocían. Los astronautas ankoranos quizás no sacaran todo el partido posible a las complejas aeronaves, pero al menos pudieron sacarlas del autoplaneta por algunos túneles y llevarlas triunfalmente a Uhlan.

Los gigantescos "discos volantes" también fueron trasladados a Uhlan, excepto cuatro que tenían averías de importancia.

Puesta a buen recaudo la Armada Sideral, los ankoranos pudieron dedicarse a la exploración del planetillo.

Una tarea inmensa esperaba a los investigadores. Según todas las evidencias, el autoplaneta había estado viajando largos siglos hasta llegar a Uhlan. Los bosques, que primitivamente se circunscribirían a determinadas áreas, se habían extendido libremente por todas partes en una extensión de más de mil kilómetros a cada lado de la línea del Ecuador, y una capa de más de un metro de mantillo se había depositado sobre el suelo para rematar la obra de recubrimiento y enmascaramiento.

Al norte y al sur, en dirección a los polos, se extendía la sabana, con árboles aislados y verdes praderas. En los mismos polos la fuerza de gravedad no bastaba para retener la tierra y las agujas de pino llevadas por las brisas, pero el musgo cubría las grises rocas de "arokalina" con su verde oscuro. En esta zona los exploradores habían hallado la Armada Sideral.

Los ankoranos dirigieron sus investigaciones al entorno de las ruinas de las ciudades, suponiendo en buena lógica que aquí encontrarían la poderosa industria de los anteriores dueños del planetillo.

Los investigadores ankoranos habían observado que la única materia que existía en abundancia en estado natural en el planetillo era la "arokalina", que se utilizaba también como material de fisión en los reactores nucleares que seguían funcionando en este pequeño mundo.

Se suponía que a partir de la "arokalina", por transmutación de

la estructura atómica, los habitantes del planetillo obtendrían todas las materias primas y los componentes básicos para la vida: nitrógeno, oxígeno, hidrógeno y carbono, y con la combinación de éstos los hidratos y proteínas indispensables para la alimentación. Si los ankoranos conseguían arrancar el secreto de esta transmutación, habrían obtenido un tesoro mucho más valioso que todo el oro que estaban recuperando de las ruinas de las ciudades.

Uhlan era un planeta que atravesaba por una situación crítica. Sus recursos naturales, dilapidados después de un siglo de intensiva y desordenada explotación durante la llamada “Era del Desarrollo”, se hallaban prácticamente agotados. Excepto Ankor, que había reservado previsoramente sus propios recursos explotando los de las demás naciones, en todo Uhlan se había agotado el petróleo, el carbón, el hierro, el cobre, el plomo, el estaño, la madera, los fosfatos… El mar, contaminado y explotado abusivamente por la flota pesquera ankorana, había visto desaparecer sus especies. La tierra, igualmente agotada y falta de abonos, desarrollaba una agricultura raquítica de bajo rendimiento…

La propia Ankor no era ajena al problema de la escasez de materias primas y alimentos, que a larga fecha acabaría por alcanzar a todos. Los ankoranos, inventores de la llamada “sociedad de consumo” que arruinó al planeta, no alentaban ningún propósito altruista respecto al mundo. No les importaba que cada día murieran en distintas partes de Uhlan decenas de miles de seres por falta de alimentos. Si conseguían el secreto de la transmutación atómica tendrían la llave de la despensa de un planeta agotado, que ellos gobernarían como les diera la gana.

Las primeras tentativas de los ankoranos, en busca de la industria del planetillo, resultaron infructuosas. Esto era muy extraño. Un pueblo como el que habitó el planetillo, disfrutando un alto nivel de vida, debería tener millones de hombres empleados en su gigantesca industria. ¿Pero dónde estaban estas fábricas de automóviles, de maquinaria, de aeronaves, de aparatos eléctricos, de muebles, de tejidos y todo lo demás?

Los ankoranos llevaron al planetillo 250.000 obreros de todo Uhlan para emplearlos en los trabajos de excavación. Poco después de iniciarse esta tarea, los exploradores que buscaban el remoto Centro de Control del planetillo dieron con un importante depósito

de oro, oculto en un antiguo arsenal, en las montañas. ¡Treinta mil toneladas de oro en láminas arrolladas a grandes tambores!

Los habitantes del planetillo no parecía que hubiesen dado al oro más valor que al plomo, ambos les costaba lo mismo de obtener por transmutación atómica. De los escombros de las ciudades en ruinas los ankoranos estaban recuperando enormes cantidades de oro, empleado especialmente en grifería y cañerías. Los ankoranos comprendieron inmediatamente que este oro debía tener alguna particularidad muy especial. Se trataba de cintas perforadas de 15 centímetros de ancho y un milímetro de grosor.

¿Cintas perforadas? Los ankoranos también las utilizaban en sus ordenadores, aunque de otros materiales más sencillos, como el papel. Estas grandes y pesadas cintas de oro, ¿estaban destinadas a programar algún tipo especial de ordenador?

Las treinta mil toneladas de cinta de oro perforada fueron trasladadas rápidamente a Ankor y almacenadas cuidadosamente, a la espera de averiguar su utilidad. Después de cinco años, en los cuales los investigadores ankoranos no avanzaron prácticamente nada, los acontecimientos empezaron a producirse con sorprendente rapidez.

En un lugar de la periferia de una de aquellas grandes ciudades en ruinas, los excavadores desenterraron una extraña máquina a la que iba acoplado un ordenador. Éste tenía un lector electrónico, y en él una cinta perforada. ¡Una cinta perforada de oro!

Los científicos ankoranos acudieron rápidamente a examinar esta máquina misteriosa, pero nada pudieron averiguar, pues estaba muy estropeada.

Otra máquina que utilizaba un lector de cinta perforada, aunque no de oro, fue descubierta en las proximidades del polo norte, en lugar apartado y montañoso, cerca de un yacimiento de “arokalina”. Las fuerzas de gravedad eran casi nulas en esta latitud, por lo que el derrumbamiento del edificio no afectó a la instalación. Ésta era de una complejidad enorme, destacando una computadora que parecía funcionar mediante un programa perforado en una cinta de acero de casi dos metros de ancho. Cerca de este lugar, en una profunda excavación hecha exprofesamente y con salida por un desnivel del terreno de unos cien metros de altura, fue hallada una gran estructura, cuyo espacio interior medía 400 metros de profundidad,

por 50 metros de ancho y 60 metros de alto, cerrado por una puerta de una sola pieza de 70 metros de altura y 10 de espesor.

Toda esta gigantesca instalación había estado alimentada por la energía de diez colosales generadores movidos por otros tantos reactores nucleares, que utilizaban como material de fisión la "arokalina". ¿Cuál era la función que desempeñó esta máquina?

El jefe de la misión científica que vino a estudiarla era el profesor Ausa Daor, cuyas controversias con el joven profesor Hango Noda tuvieron en vilo a todo el equipo por espacio de dos meses.

Desde que llegó al planetillo y se enfrentó con aquellas máquinas enigmáticas, Hango Noda comprendió que había que echarle imaginación al asunto, especulando cerca de las fronteras de la fantasía en lugar de seguir los trillados caminos por donde discurrían las teorías del profesor Daor.

Examinando aquella especie de túnel de 400 metros de longitud, se observaba que éste tenía a ambos lados y a todo lo largo una serie de escalones o gradas de cantos biselados. Todo el interior estaba revestido de un cristal durísimo de primera calidad, de superficie uniformemente lisa. Examinando este cristal, a través de una lente de aumento, se apreciaba que el vidrio servía de sostén y aislante a millones de extremos de finísimos hilos de platino.

Tras un detenido estudio de la máquina, los científicos ankoranos creían estar sobre la pista de aquello que andaban buscando; es decir, la instalación a través de la cual los habitantes del planetillo obtenían, por transmutación de los átomos, toda la variedad de elementos que existían en estado natural. La forma de resolver el problema era genial. Los creadores de la máquina habían enfocado el asunto desde la base.

Al parecer, y partiendo de la energía pura, hallaron la forma de producir neutrones, protones y electrones (y posiblemente alguna otra partícula más) y los combinaron construyendo la estructura atómica de una serie de elementos básicos.

Hango Noda fue mucho más lejos y sostuvo que los geniales inventores de esta máquina maravillosa no sólo llegaron a crear la materia a partir de la energía, sino que dieron forma a los materiales obtenidos, colocando cada molécula en el lugar preciso sobre una serie de coordenadas que estarían representadas en

aquellos extremos de platino microscópicamente implantados en todo el revestimiento interior de la gigantesca caja.

Utilizando un rayo “laser”, Hango Noda demostró que los extremos de platino no estaban colocados al buen tun tun, sino que a cada uno de un lado correspondía otro situado en el lado contrario de la caja, y los de arriba estaban perfectamente alineados con los del suelo, y lo mismo ocurría con los de la puerta y la pared del fondo. Aquella caja o túnel estaba dispuesto como una grada. ¡Hango Noda sostuvo que era aquí donde se construyeron los cascos integrados de los cruceros siderales!

Mientras la teoría de Hango Noda era rebatida por el obstinado profesor Ausa Daor, se descubrió bajo los escombros de un almacén en ruinas, muy cerca de la grada, gran número de aquellas otras máquinas que utilizaban cinta perforada de oro en su programados ¡Había más de veinte máquinas, la mayoría de ellas en perfecto estado de conservación! Elemento por elemento, estas máquinas eran iguales que aquella gigantesca instalación que se estaba estudiando. No se encontró ninguna cinta perforada cerca de ellas, y esto por una sencilla razón.

Las máquinas no estaban instaladas. Alineadas por elementos semejantes, debieron estar envueltas en fundas de plástico y embaladas en grandes cajas cuya madera se había podrido con la acción de los agentes atmosféricos.

Después de un año en el planetillo, el equipo técnico estaba deseoso de regresar a Ankor. El profesor Ausa Daor dijo que lo que se averiguara a través de las máquinas pequeñas sería válido también para comprender el funcionamiento de la máquina gigante. Esta última era demasiado grande y pesada para soñar en desmontarla y trasladarla a Ankor.

Las máquinas recibieron un nuevo embalaje y, embarcadas en una escuadrilla de cruceros siderales, fueron llevadas a Ankor junto con la mayor parte del equipo científico, Hango Noda entre ellos.

En Ankor toda la información referente al planetillo era materia reservada. Los científicos fueron seriamente advertidos a este respecto y su libertad se vio restringida al ser internados en Felt-Bua (Electronburgo), centro experimental de primer orden, donde encontraron toda clase de facilidades para proseguir sus investigaciones.

Unas semanas más tarde el profesor Daor y sus ayudantes habían logrado reunir las piezas del disperso rompecabezas. Varios tambores de cinta perforada de oro fueron traídos desde los bien custodiados subterráneos donde se guardaba el tesoro.

Ortodoxo y poco imaginativo, el profesor Daor seguía insistiendo en que si algo salía de aquellas máquinas sería un montón de hierro en polvo, o cobre, o cualquier otra clase de materia en finísimas partículas. Hango Noda, por su parte, decía que de allí iba a salir algo de forma definida; tal vez máquinas de escribir, o lavadoras automáticas o aparatos de televisión. Pero aunque la imaginación del joven profesor Noda iba mucho más lejos que la roma y coja del profesor Daor, los dos estaban lejos de adivinar lo que iba a ocurrir.

En medio de una gran expectación se insertó el extremo de una de aquellas cintas perforadas en la ranura del lector fotoeléctrico de la computadora. La máquina había sido conectada al reactor nuclear del propio centro experimental, e impulsada por este enorme caudal de energía, la máquina se puso en marcha.

Dos metros de cinta perforada fueron tragados rápidamente por el sistema lector y rebobinados en otro tambor vacío. El lector se detuvo y la máquina se puso a zumbar de una forma que parecía como si se hubiera atascado. Esto fue lo que pensó el profesor Daor. Pero Hango Noda detuvo al técnico que iba a parar la máquina.

—¡Déjenlo! No está atascada, la computadora almacena e interpreta en su memoria la información de la cinta. Esperen.

La máquina cambió de sonido. Aquello parecía que iba a estallar de un momento a otro. En efecto, se produjo un deslumbrador relámpago en el interior de la caja, produciendo entre los escasos espectadores un instintivo movimiento de retirada. El profesor Daor gritó:

—¡Desconéctenla! ¡Desconéctenla!

Y un joven licenciado en Física Nuclear, que estaba cerca de Hango Noda exclamó, pegando un respingo:

—¡Ya está, nos hemos cargado el chisme ese!

Pero Hango, que veía de refilón parte de la caja que cubría la pantalla, vio entre las sombras producidas por el deslumbramiento algo que se movía. ¡Era un ser humano!

En efecto, un hombre vestido y calzado se deslizó por entre la pantalla y el borde de la gran caja negra y se mostró a los atónitos

ojos de los científicos ankoranos. Excepto el aparecido, que miraba a su alrededor y decía algo en un idioma desconocido, allí todos quedaron como de piedra.

CAPÍTULO II

Los ankoranos quedaron aterrados ante la aparición. Ni siquiera Hango Noda, imaginativo y avanzado de ideas, esperaba nada semejante.

Una puerta misteriosa se abrió aquel día en Electronburgo, y los científicos que acababan de asistir al prodigio sintieron como el soplo de algo inmensamente grande envolviéndoles y llenándolo todo.

El ser creado ante sus ojos no tenía nada de terrorífico, era un hombre como los propios uhlanitas, de pelo negro y ondulado, ojos verdes y de expresión inteligente, comprendido en una edad entre treinta y treinta y cinco años, más o menos como Hango Noda, y tan alto como éste.

Hango Noda era quien más cerca se encontraba de la caja de restitución, y el hombre se dirigió a él interrogándole en un idioma desconocido. Repuesto de su sorpresa, Hango abrió los brazos y se expresó con acento compungido:

—Lo siento, no lo entiendo.

Esta dificultad del idioma no había sido prevista. Después de tanto tiempo los criptógrafos ankoranos todavía andaban a ciegas en la interpretación de la enrevesada escritura de los habitantes del planetillo. Sin embargo el lenguaje no debía representar una barrera insalvable, existiendo ejemplares vivos de la raza que habitaba el planetillo.

Tras el desconcierto de los primeros minutos, los científicos más significativos del grupo que asistía al experimento, entre ellos el Director del Centro Experimental, dialogaron entre sí excitadamente. La máquina había sido parada, pero como para asegurarse de que el hombre había sido creado realmente por el artefacto fue puesta de nuevo en marcha.

Todo ocurrió como la primera vez. La computadora se tragó dos

metros de cinta perforada, zumbó y disparó una descarga eléctrica materializando a una mujer. Mientras la mujer salía de la cámara de restitución, la máquina funcionó de nuevo y materializó otra mujer.

Los científicos quedaron convencidos y el director del Centro ordenó parar la máquina y la selló para asegurarse de que nadie iba a repetir el experimento hasta nueva orden.

La aparición de los tres seres vivientes causó enorme revuelo en el Centro Experimental de Física Nuclear y se extendió rápidamente por toda Electronburgo.

A más altos niveles supuso una conmoción comparable a un terremoto.

El profesor Ausa Daor y el director del Centro experimental fueron llamados a comparecer ante el Alto Mando, reunido bajo la presidencia del “Lassyn”. El director del Centro se excusó en el profesor Daor, que era el responsable del programa de investigación de las máquinas transmutadoras de átomos, pero Daor no pudo responder a las preguntas que llovieron sobre él.

¿Existían los habitantes del planetillo reducidos a una fórmula de componentes escrita mediante unos códigos de perforaciones en otros millones de cintas? ¿Dónde estaban escondidas estas cintas? ¿Cuántos eran? ¿Era posible crear un número infinito de hombres idénticos de una sola cinta perforada?

El profesor Daor ni siquiera sabía el número de seres que contenía cada rollo. No había llegado al final de la cinta, así que no podía contarlos.

—Este hombre tiene menos imaginación que una vaca —dijo el “Lassyn” al director del Centro Experimental—. Nombre en su lugar a alguien que sea capaz de llegar al fondo de este asunto en el menor tiempo posible.

El hombre llamado a sustituir al profesor Daor fue Hango Noda, el único que realmente había demostrado tener imaginación desde que empezó aquel condenado asunto de las máquinas transmutadoras. Hango impuso una sola condición; libertad de iniciativa.

—Haga lo que quiera, ¡pero por Dios, resuélvame este problema cuanto antes! —dijo el director.

Hango Noda puso en marcha la máquina y halló respuesta a la pregunta más sencilla de todas. ¿Cuántos seres humanos podían

integrar cada rollo? La respuesta fue: mil quinientos.

Mientras contemplaba maravillado aquellos mil cuatrocientos cuarenta y siete hombres, mujeres y niños, Hango Noda hizo rebobinar la cinta perforada. Por supuesto, estaba seguro de que la máquina restituiría otros mil quinientos extrauhlanitas idénticos a los anteriores. ¿Pero qué significado tenía todo aquello? Un hombre idéntico a otro hombre tendría la misma personalidad y los mismos recuerdos del modelo original. Pero una vez realizada la duplicidad, cada uno de los gemelos empezaría a vivir por sí mismo, con independencia de su sosia. ¿Estaría el planetillo habitado por un número reducido de tipos, con un número infinito de sosias?

La máquina iba a dar la respuesta a esta inquietante pregunta. Al pasarse de nuevo la cinta el hombre que materializó era idéntico al primero que había aparecido en la cámara de restitución el día anterior. Hasta sus ropas eran las mismas. ¡Pero estaba muerto!

Hango Noda hizo que el médico lo comprobara.

—Todavía está caliente, pero es cadáver —aseguró el médico.

Hango hizo retirar el cadáver y puso de nuevo la máquina en marcha. La mujer, idéntica a la restituida el día anterior, también era cadáver. Hango comprendió que la máquina no podía darle más respuestas por el momento. Era necesario interrogar a los habitantes del planetillo, y Hango escogió al primero que había aparecido vivo en la máquina.

Los ankoranos disponían de máquinas traductoras de idiomas, pero incluso éstas habían quedado superadas por las máquinas llamadas “psí”.

La máquina “psí” era el resultado de una larga y paciente labor de investigación sobre la mecánica del pensamiento. Las células cerebrales tuvieron que revelar el misterio de su compleja combinación electroquímica, mediante la cual la mente escribía las ideas, las fijaba en su memoria y las extraía en el momento deseado través de un proceso selectivo de funcionamiento instantáneo.

Esta máquina era capaz de sondear las capas más profundas del pensamiento, “leyendo” e interpretando la enormemente complicada disposición en que se agrupaban las células cerebrales. El código era descifrado por una computadora y traducido a voces ideográficas.

La máquina “psí” era un auxiliar de incalculable valor en

psiquiatría, pero era en el campo de la enseñanza donde se había revelado como un elemento de alta eficacia.

La “psí” no sólo podía “leer” y desconectar las células cerebrales, en cuyo caso dejaba el cerebro en blanco. Podía funcionar como una grabadora, introduciendo en la mente ideas, información y experiencias, mediante impulsos eléctricos codificados a través de electrodos insertados en los canales de recepción del cerebro.

Un hombre, bajo estado hipnótico, recibía de forma mecánica, en pocos minutos, todo el caudal de información y conocimientos contenidos en una cinta magnética. Sin intervención de la voluntad, ni esfuerzo mental alguno, el alumno recibía estos conocimientos que pasaban a integrarse en el acerbo intelectual almacenado en la memoria del individuo.

Otra aplicación distinta de la “psí” consistía en la transmisión de ideas de un cerebro a otro. El individuo inductor recibía los electrodos y era sentado ante una pantalla de televisión. El individuo receptor, también con los electrodos insertados en el canal de recepción del cerebro, se sentaba detrás del inductor. Las imágenes que iban apareciendo en la pantalla estimulaban la mente del inductor, y la idea, junto con su vocablo, eran transmitidos a la mente del receptor.

El propio Hango Noda quiso ser el receptor en este caso y en el curso de un solo día adquirió conocimientos más que suficientes del castellano, que era el idioma que hablaban los habitantes del planetillo.

Bajo los efectos de una droga hipnótica el hombre fue interrogado, y entonces todo el misterio fue desvelado. Un muro impenetrable había caído. Y se supo toda la verdad.

Los extrauhlanitas eran originarios de un remoto planeta que llamaban la Tierra. En su pasado milenario, los terrícolas fueron invadidos por unos seres extragalácticos. Un pequeño grupo de terrícolas escapó en un pequeño autoplaneta artificial y llegó a un nuevo mundo que llamaron Redención, donde descubrieron un planetillo hueco enteramente formado de “dedona” (arokalina). Este planetillo, al que los terrícolas dotaron de motores, fue luego el autoplaneta VALERA, con el cual pasado el tiempo, regresaron para reconquistar la Tierra.

VALERA viajó de un lado a otro del espacio, descubriendo

nuevos mundos y sirviendo de vehículo que ponía en comunicación unas civilizaciones con otras. Invadida de nuevo la Tierra por otras criaturas extraterrestres, VALERA intentó reconquistarla inútilmente, viajó a Redención, y desde aquí a un nuevo mundo, el "circumplaneta" Atolón, donde conocieron a otra raza milenaria inventora de las máquinas "Karendón".

La "Karendón" era una máquina maravillosa. Podía transformar la energía en materia combinando protones, neutrones y electrones, en el mismo orden que la Naturaleza utilizó para formar más de cien elementos distintos.

Esto ya lo hacían los valeranos antes de conocer la "Karendón", obteniendo metales por transmutación del átomo. La "Karendón" lo conseguía más fácilmente, y además tenía la ventaja de dar hechos los productos. No solamente creaba formas simples como un raíl o un engranaje, sino cosas más complicadas en las que intervenían materiales distintos con formas y volúmenes distintos, como por ejemplo, un aparato de televisión, un automóvil e incluso un crucero sideral.

La extraordinaria versatilidad de la "Karendón" tenía su base en otra condición todavía más notable. La máquina recibía un modelo y lo desintegraba de afuera adentro con rapidez eléctrica, analizando cada uno de sus componentes y estableciendo simultáneamente el lugar exacto que ocupaba cada molécula. El resultado de este análisis lo escribía una computadora sobre una lámina de oro mediante un código de perforaciones.

La "Karendón" hacía esto con los modelos metálicos, con los vegetales y los animales, pues ni siquiera los animales, y entre éstos el hombre, escapaban a su condición de cosas estructuradas sobre una base atómica.

Obvio era añadir que fue de esta forma como los valeranos resolvieron de una vez el inquietante problema de tener que alimentar a su población en un planetillo con una agricultura de invernadero. A su vez las "Karendón" vinieron a reemplazar a toda una gigantesca industria que antes ocupaba a millones de hombres y mujeres.

Aunque viajando en su autoplaneta en los límites de la velocidad de la luz, el tiempo transcurría más despacio para los valeranos que para sus parientes de la Tierra o Redención, las distancias eran tan

enormes en el Universo, que incluso la luz tardaba eternidades en propagarse en este vacío inmenso. Para viajar desde Atolón a la Tierra, donde volvían en un nuevo intento por reconquistarla, los valeranos se evadieron del tedio de 300 años de travesía desmaterializándose en las máquinas “Karendón”.

No existía ninguna razón especial para que los valeranos utilizaran cinta de oro para grabar en ella sus componentes físicos mediante perforaciones. Sencillamente, el oro era inoxidable e inatacable a los ácidos.

Desintegrados en las “Karendón” y reducidos a una fórmula punteada sobre una cinta de oro, los valeranos no existían mientras su autoplaneta viajaba durante trescientos años. Un reducido grupo de hombres y mujeres se mantenía vigilante en la Sala de Control mientras VALERA volaba dirigido por medios automáticos. Este equipo debía ser relevado cada poco tiempo por otro equipo que se haría regresar materializándolo (restituyéndolo) en las “Karendón”, y al final del viaje, los 25 millones de viajeros serían totalmente restituidos para intentar la reconquista de la Tierra.

El hombre interrogado se llamaba Eladio Ross, psiquiatra y sociólogo de cierto renombre al parecer. Sus revelaciones fueron de enorme valor. Señaló el lugar exacto donde estaba situada la Sala de Control, inútilmente buscada por los ankoranos durante años. Los valeranos se hallaban desmaterializados en gran número de máquinas distribuidas por todo el planetillo; en los campamentos militares, en las bases de la Armada y los ayuntamientos de cada ciudad.

La afirmación más sorprendente fue que las “Karendón” sólo podían crear un ser vivo por cada formulación. Todos los sosias del mismo individuo que se integraran después del primero aparecerían muertos.

Al parecer la vida estaba íntimamente vinculada a la existencia del alma. El alma, energía pura, inmaterial e inmortal, se liberaba al ser desmaterializado el cuerpo del individuo, y regresaba a éste cuando la “Karendón” restituía la materia de un estado primitivo.

Hango Noda, que había comprobado la realidad de este fenómeno, no creía en la existencia del alma, pero consignó el hecho en el amplio informe que redactó y envió rápidamente al “Lassyn”.

El "Lassyn" le contestó con una nota escrita de puño y letra, felicitándole por la rapidez con que había resuelto todo el asunto, y ordenándole que dispusiera de las 30.000 toneladas de cinta perforada para restituir "inmediatamente" todos los valeranos que estuvieran contenidos en ellas.

Ésta era una forma muy típica en el "Lassyn", que ejercía el gobierno de forma personal y absoluta. Igual daba una orden verbal, que escribía una nota en cualquier pedazo de papel o cogía el teléfono y se dirigía personalmente a un funcionario o un oficial para ordenarle cualquier cosa.

Aunque en circunstancias normales no debería haber correspondido a Hango ocuparse de estas cosas, una orden del "Lassyn" no podía ser desobedecida. Con la carta del "Lassyn" en la mano tuvo que disponer todos los detalles para que la orden pudiera ser ejecutada con la máxima celeridad. Todas las puertas le fueron abiertas, inclusive las bien guardadas bóvedas donde se custodiaban las 30.000 toneladas de oro en rollos. Hango había calculado en unos cinco millones de individuos los que saldrían de las "Karendón" usando todos aquellos rollos. ¿Dónde alojar a esta multitud?

La solución fue utilizar los gigantescos "discos-volantes" sustraídos a la Armada Sideral Valerana. Cada uno de estos enormes transportes era tan grande como una ciudad, y por sus condiciones especiales resultaría tan seguro como la mejor cárcel. Además, cada "disco-volante" disponía de dos reactores nucleares de gran potencia, con lo cual se resolvía también el problema de alimentar a las "Karendón", que consumían cantidades increíbles de energía.

Cuatro "discos-volantes" vinieron a posarse en el mar ante Neke. Hango instaló cuatro máquinas "Karendón" en cada uno de ellos y las hizo funcionar.

Los acontecimientos iban a precipitarse.

Sumamente nervioso, al conocer la existencia de veinticinco millones de valeranos que podían regresar de un momento a otro, el Alto Mando ankorano se aprestó a capturar la Sala de Control. Para tal efecto envió una orden urgente a los equipos de rescate que trabajaban en las ruinas de Nuevo Madrid. En el planetillo, las excavadoras se dirigieron al centro de la capital valerana para limpiar de escombros la Plaza de España, donde estaba la rampa de

acceso a la tan buscada Sala de Control.

Desde Uhlan se despachó una Flota de cruceros, a la que debería seguir en breve una flotilla de transportes siderales repletos de tropas.

¿Vigilaban los valeranos los movimientos de los ankoranos en el planetillo? ¿Interceptaron el radio del Alto Mando?

De pronto los valeranos dieron señales de vida. Surgieron misteriosamente de sus escondrijos y lanzaron un violento y sorpresivo ataque sobre la Plaza de España, anticipándose a los ankoranos y tomando la Sala de Control.

Lo que ocurrió en VALERA nunca trascendió al pueblo. Al parecer los jefes militares de las fuerzas que guarnecían el planetillo no atinaron a dominar la situación. Quizás se pusieran nerviosos, creyendo que estaban brotando millones de valeranos armados debajo de cada piedra y cada mata de hierba. Los buques de la Armada que se encontraban en el interior del autoplaneta, temiendo quedar atrapados, se retiraron.

¡Los valeranos habían llegado a la Sala de Control y ponían en marcha los motores del planetillo!

Mientras el autoplaneta se movía, los valeranos cerraron las sólidas compuertas de los túneles por donde habían escapado los buques ankoranos. La Flota de refuerzo llegó demasiado tarde y fue rechazada por las defensas de superficie, y los gigantescos transportes de tropas ni siquiera pudieron dar alcance al autoplaneta, que se alejaba acelerando continuamente.

Ciento cincuenta mil ankoranos y doscientos treinta mil trabajadores uhlanitas quedaron atrapados en el planetillo.

En Ankor, a la fuga del autoplaneta siguió una gran convulsión política, acompañada de suicidios, depuraciones en el Alto Mando, juicios sumarísimos, ejecuciones, encarcelamientos y destituciones en cascada.

Esta ola de destituciones arrolló también al director del Centro Experimental de Física Nuclear. De forma totalmente inesperada, Hango Noda fue designado para ocupar este alto cargo.

Tenía treinta y tres años y había escalado de forma meteórica el cénit del prestigio y la fama.

* * *

Apenas se había repuesto Hango Noda de la sorpresa, cuando fue sorprendido de nuevo por una llamada telefónica del “Lassyn”. Éste le felicitó por su nombramiento y le invitó a almorzar.

Al día siguiente, Hango Noda adquirió un traje nuevo y se presentó en la Casa Azul, fastuoso palacio de mármol situado sobre una eminencia en las afueras de Neke, desde el cual se dominaba la llanura en forma de arco con el azul del mar al fondo.

Mientras esperaba en un salón llegaron sus Excelencias Jal Vere, ministro de Industria, y Moavid Ordeh, ministro de Economía y Comercio. Por supuesto, los ministros no conocían a Hango y se limitaron a saludarle con una fría inclinación de cabeza, dedicándose después a charlar en voz baja hasta que vino el mayordomo para anunciar que eran esperados por su Excelencia el “Lassyn”.

Los tres invitados fueron acompañados hasta un enorme invernadero lleno de exóticas plantas y fragantes flores, donde el “Lassyn” charlaba con el Jardinero Mayor sobre una determinada planta expresándose en términos de experto.

El “Lassyn” saludó calurosamente a Hango y lo presentó a los ministro como “el hombre que abrió las puertas del autoplaneta”.

—Lástima que otros no supieran mantenerlas abiertas —agregó cáusticamente después.

Mirando al “Lassyn” no se comprendía bien por qué un hombre como aquél dominaba con poder absoluto a una nación de quinientos millones de habitantes, que además ejercía su hegemonía sobre un planeta poblado por tres mil millones de almas.

No era un hombre brillante, sino más bien rudo y vulgar, de alta estatura, con una extraña cabeza que era angosta en la mandíbula y se ensanchaba hacia arriba dando lugar a una frente ancha, donde lo más relevante eran los ojos claros de mirar penetrante, profundamente hundidos en las cuencas. Autoritario, seguro de sí mismo, tenía una memoria prodigiosa para recordar los datos estadísticos más enrevesados.

El lugar preferido del “Lassyn” era el invernadero, que además de estar repleto de plantas y flores tenía los insectos apropiados; abejorros, abejas y mariposas especialmente. Aquí, en un cenadorcillo, estaba dispuesta la mesa para el almuerzo.

—¿Terminó usted de materializar a esa gente, profesor Noda?

—Sí, excelencia —contestó Hango—. La operación ha terminado con resultados bastante buenos.

—¿Qué quiere decir con eso de “bastante buenos”? ¿No fue el resultado bueno en su totalidad? —inquirió el “Lassyn”.

—No pudimos recuperar a todos los individuos. Hacia mitad de la operación empezaron a aparecer bastantes muertos. En total recuperamos a cuatro millones trescientos treinta y seis mil, setecientos cuarenta y cinco. Debieron haber sido algunos más.

—¿Cuántos más?

—Alrededor de un millón.

—O sea, que las máquinas fallaron una vez de cada cinco.

—Sí.

—¿No le parece demasiado? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué fallaron las máquinas?

—No fue un fallo achacable a las máquinas. Sólo hay una explicación para un hecho tan extraño; mientras nosotros hacíamos funcionar las “Karendón”, otras máquinas, en el planetillo, hacían lo mismo sobre un duplicado de las cintas que tenemos aquí. Parece ser que hubo una pugna entre nosotros y los valeranos por ver quién rescataba mayor número de individuos en menos tiempo. Pero nosotros comenzamos antes y ganamos esa carrera. Ahora tenemos cuatro millones trescientos mil prisioneros.

—¿Para qué queremos esos prisioneros? —preguntó el ministro de Economía—. El simple hecho de tener que alimentarlos va a suponer un enorme gasto.

—No, en absoluto —rebatió Hango—. Las “Karendón” están produciendo grandes cantidades de alimentos de todas clases. Legumbres, hortalizas, carne y pescado. Esas máquinas pueden reproducir cualquier cosa que se les dé como modelo. ¡No hay límite para ellas!

—¡Es extraordinario! —exclamó el ministro.

—¿Se dan ustedes cuenta de lo que esas máquinas van a significar en el futuro? —dijo el “Lassyn” con regocijo—. Todos nuestros problemas de escasez de alimentos y materias primas habrán quedado resueltos gracias a esas máquinas maravillosas. Ni siquiera necesitaremos materias primas. ¡Las “Karendón” nos darán los productos terminados!

—Pero sólo tenemos un pequeño número de esas máquinas —

objetó el ministro de Industria—. ¿Está nuestra tecnología capacitada para construirlas con nuestros propios medios?

El “Lassyn” clavó sus penetrantes ojos en Hango Noda.

—Esa pregunta va dirigida a usted, profesor Noda. ¿Podrán copiar esas máquinas?

—Sin duda —respondió Hango, seguro de sí mismo—. Tenemos las máquinas para estudiarlas y algunos científicos valeranos para aclararnos aquellos conceptos que no alcancemos a comprender. Además, les diré una cosa. La tecnología valerana no es tan superior a la nuestra como creímos en un principio. No fueron los valeranos los creadores de las “Karendón”. Ellos las obtuvieron de otra civilización más avanzada que la suya, en un gigantesco circumplaneta llamado Bartpur. Las armas de “luz sólida” que tanto nos sorprendieron, tampoco es creación de los terrícolas. Unas criaturas de titanio invadieron la Tierra en un remoto pasado portando esas armas, que los terrícolas copiaron y se apropiaron. Nosotros también construiremos nuestras propias “Karendón”, y no tardaremos mucho.

—¿Como cuánto tiempo? —preguntó el “Lassyn”.

—No quisiera tener que comprometerme a fecha fija, pero espero que sea pronto —repuso Hango Noda cautelosamente.

—Que sea lo más pronto posible, profesor. Voy a poner este asunto en sus manos; usted será el director y el responsable de todo el programa. Pida cuanto necesite, Ankor es suyo. Le entregaré una orden para que se le abran todas las puertas, pero si a pesar de todo surge alguna dificultad, no dude en llamarme por teléfono, no importa la hora ni el lugar donde me encuentre.

Hango Noda quedó impresionado ante esta oferta de libertad sin límites, cosa poco frecuente en Ankor, donde la iniciativa del individuo solía tropezar siempre con los intereses personales, la envidia y la suspicacia del inmediato superior, en una escala de valores jerárquicos, que había malogrado infinito número de ideas valiosas para el progreso de la nación.

El “Lassyn” estaba entusiasmado con las máquinas “Karendón”, las cuales, dijo, transformarían a Ankor en un mundo donde las gentes vivirían felices y contentas, disfrutando de una prosperidad como jamás se había conocido.

Hango Noda, que conocía como ninguno las particularidades de

la sociedad valerana, también veía en sueños un mundo a semejanza de VALERA, donde toda la industria y toda la agricultura estaban representadas por un número de reactores nucleares que alimentaban de energía a unas incansables máquinas que lo producían todo.

Millones de hombres y mujeres quedarían liberados del trabajo, el dinero sería abolido, y la riqueza alcanzaría a todos por igual, a ejemplo e imagen de VALERA. La mayor disponibilidad de tiempo estimularía el desarrollo de las artes y los deportes, que florecerían en un clima de seguridad económica y paz social. La Naturaleza recobraría aquellos espacios que le habían robado la Agricultura, desaparecería la contaminación y el mar se regeneraría reproduciendo sus especies…

—El día que por fin tengamos las máquinas “Karendón”, veremos realizado nuestro sueño de un planeta habitado por una sola raza hablando un solo idioma —dijo el “Lassyn”—. Es una verdadera pena que perdiéramos el autoplaneta, porque el poder de Ankor lo hubiéramos extendido también a otros lejanos mundos.

—¿Y para qué queremos otros mundos? —replicó el ministro de Economía y Comercio—. ¿Acaso no nos basta con Uhlan? El planeta es grande, y los ankoranos sólo ocupamos una pequeña parte de él.

—Mi visión del futuro es distinta de la suya, señor Ordeh. No me gustaría ver una nación grande y poderosa entregada exclusivamente al placer y el ocio. Fueron las dificultades del pasado; la dura lucha contra la inclemencia del clima, la pobreza de nuestro suelo y la búsqueda de un destino mejor, quienes nos obligaron a agudizar nuestro ingenio e hicieron de esta nación lo que actualmente somos. Ese inmenso caudal de riqueza que son las “Karendón” puede hacer nuestra felicidad de hoy y conducirnos a la ruina mañana. Un pueblo rico será irremisiblemente empujado hacia la indolencia y la degeneración de aquellas virtudes que constituyen la esencia de nuestra raza. Démosle a nuestro pueblo un problema que resolver, aunque sea un problema a larga fecha, como el de buscar espacio para las generaciones del futuro. Eso les mantendrá en vilo e interesados en algo. En adelante no habrá más control de la natalidad. Mi intención es devolver a nuestra sociedad su antiguo carácter familiar. Este mundo está falto de amor; amor de los padres hacia los hijos, y de los hijos hacia los padres y los

hermanos. La familia debe vivir unida. La vida de relación se incrementará a partir de ahora, porque en el mundo de mañana los ankoranos dispondrán de mucho tiempo libre al no tener que trabajar.

—Siempre habrá que trabajar —apuntó el ministro de Industria—. Incluso los valeranos lo hacen. Una nación entregada de lleno al desarrollo demográfico generará una demanda en alza de casas, de transportes y de todos los demás servicios. Pero las casas tienen que construirse, no las fabrican las “Karendón”. Y tampoco las “Karendón” limpian las calles, ni asisten a los enfermos en los hospitales, ni desatascan las alcantarillas ni reparan un grifo o una instalación eléctrica.

—Eso es cierto —afirmó Hango Noda—. Los valeranos tienen instituido un Servicio Obligatorio de Trabajo. Entre los diecinueve y los veintiún años, todos los valeranos, sean hombres o mujeres, trabajan durante dos años para el resto de la comunidad.

—Es lógico que mantengamos un Ejército y una Armada Sideral poderosos, superiores incluso a las Fuerzas Armadas Valeranas. En cuanto a esos trabajos sucios a los que usted se refiere, los dejaremos para las razas inferiores. Los valeranos no tienen criados porque no quisieron admitir en su sociedad otra raza que la suya propia, pero nosotros podemos echar mano de los esclavos.

—Los shirtecienses siempre nos han servido bien —admitió el ministro de Economía y Comercio—. Yo me quedaría con ellos y eliminaría a todas las demás razas.

—Sí, son dóciles y buenos trabajadores —dijo el “Lassyn” mientras abría una sabrosa ostra.

Resultaba chocante oír hablar al “Lassyn” de estimular el amor fraterno entre los ankoranos, y referirse en cambio a las otras razas de Uhlan como si se tratara de escoger entre varias especies de ganado aquella que reunía mejores condiciones para tirar de un carro.

Para un ankorano esto no debía ser motivo de extrañeza. Se les había educado en el orgullo de pertenecer a una raza privilegiada y el desprecio por todas las demás razas de su mundo.

Como todos los ankoranos, Hango Noda fue educado por una máquina “Psí”, por medio del nuevo sistema de enseñanza por introducción de conocimientos, información y experiencia,

directamente al cerebro. La máquina le enseñó a leer y escribir cuando tenía ocho años. A los doce aprendió Matemáticas, Historia, Física, Geografía y Economía, y a los dieciséis años de edad volvió a recibir los electrodos de platino para ampliar sus conocimientos anteriores y convertirse en Físico Nuclear.

Pero la “Psí” hizo en él algo más. Le enseñó a ser un ciudadano de Ankor, orgulloso de su Patria y de su gloriosa tradición, respetuoso con las leyes, obediente a las directrices que emanaban del Gobierno. Le concienció acerca de la existencia de una escala jerárquica, que era necesaria para la organización del país y la convivencia social. Cada hombre o mujer estaba llamado a ocupar un nivel en esta escala de valores, y el ankorano tenía que ser consciente de esta realidad y aceptar disciplinadamente el puesto que se le asignara en razón de su sexo, su constitución física, sus aptitudes o su coeficiente de inteligencia. En cualquier caso, la designación era siempre justa.

Tan eficaz era este sistema de enseñanza, que raramente el individuo se apartaba del camino correcto. El ankorano no tenía que hacerse preguntas; todas las respuestas estaban en la “Psí”. En un caso entre diez mil podía ocurrir que un determinado individuo no aceptara estas respuestas y buscara otras distintas por su cuenta y razón. ¿Qué ocurría entonces?

Este tipo era un rebelde, un descontentadizo; algo tan peligroso como un delincuente y, como éstos, considerado un enfermo mental. Si se les descubría se les llevaba de nuevo a la máquina “Psí” para practicarle un lavado de cerebro total.

El individuo realmente inteligente, capaz de separar el grano de la paja y generar ideas por sí mismo, debía ser también bastante listo para saber que la única forma de conservar su tesoro espiritual consistía en tenerlo oculto.

Tal era el caso de Hango Noda, para quien las respuestas de la máquina “Psí” no fueron satisfactorias.

En la búsqueda de la verdad, Hango había encontrado demasiadas contradicciones entre lo que le había sido enseñado y la realidad. Pero el golpe definitivo le había sido asestado el día que se puso el casquete con los electrodos para sondear el pensamiento del doctor Eladio Ross. Ese día Hango descubrió la existencia de algo que ya intuía; otra filosofía, otra forma de contemplar la vida desde

una nueva perspectiva, otra forma de entender, de interpretar y aplicar la justicia.

Sin embargo, Hango Noda no iba a darse cuenta inmediata del cambio operado en él.

Después del almuerzo con el "Lassyn", al regresar a Electronburgo, Hango llevaba sobre sí el peso de una gran responsabilidad. Durante los meses que siguieron, su trabajo le absorbió por completo.

Los problemas más difíciles siempre parecían sencillos cuando se conocía la solución. Esto fue lo que ocurrió con las máquinas "Karendón". El Servicio de Inteligencia de Ankor había iniciado un interrogatorio a gran escala entre los cuatro millones trescientos mil prisioneros valeranos, de los que fueron separados las mujeres y los niños menores de catorce años. Esto permitió reducir considerablemente el número de individuos cuyo interrogatorio podía aportar algún dato valioso. Actuando a través de las máquinas "Psí", el Servicio de Inteligencia realizó una gran labor, reuniendo en poco tiempo una enorme cantidad de material para la investigación.

Dos hombres que poseían amplios conocimientos sobre las máquinas "Karendón" fueron separados del grupo y conducidos a la Ciudad de la Ciencia, Electronburgo. Se trataba del profesor Álvaro Izaguirre, físico nuclear, y Héctor Balboa, doctor ingeniero en Electrónica.

Al ser llevados al Centro Experimental de Física Nuclear los dos hombres fueron entregados a Hango Noda. El profesor Izaguirre, que contaba 170 años de edad, tenía a su esposa y su hija entre el grupo de mujeres que habían sido separadas de los hombres. Balboa, de 50 años, también tenía a su mujer y un hijo de catorce años en aquel grupo.

En contraste con las brusquedades de que habían sido víctimas en el "disco-volante" que les servía de cárcel, tanto Izaguirre como Balboa encontraron en Hango Noda un hombre amable y correcto, que se distinguía por su paciencia para escuchar. Tanto Izaguirre como Balboa se aprovecharon para pedir al profesor Noda que les permitiera traer a Electronburgo a sus respectivas familias.

Aunque el "Lassyn" le había otorgado prerrogativas muy amplias para decidir por sí mismo, Hango Noda consideró el asunto bajo el

punto de vista de la utilidad. ¿La presencia de las mujeres, dificultaría o facilitaría el trabajo de los dos hombres?

Hango quería llegar cuanto antes al fin que se había propuesto y pensó que cuanto más contentos tuviera a los valeranos más fácilmente colaborarían. Hizo algunas preguntas y supo que la hija de Izaguirre, de 25 años, era un físico nuclear que también había estudiado las "Karendón".

—Haré que vengan sus familias —prometió.

Al día siguiente, la señora Izaguirre y su hija María, y la señora Balboa y su hijo, llegaban a Electronburgo y eran instalados confortablemente en el último piso del edificio donde el propio Hango Noda tenía su residencia.

CAPÍTULO III

MARÍA Izaguirre tenía veinticinco años. Los valeranos, como los ankoranos, empleaban las máquinas “Psí”, por lo que, a esta edad incluso una mujer podía ser educada y adquirir amplios conocimientos de física nuclear, sobre todo cuando estos conocimientos eran transferidos directamente desde el cerebro de un científico de la talla del profesor Izaguirre a la mente de su propia hija.

La actitud de un ankorano ante una hembra valerana solía ser de sorpresa. Los terrícolas eran mamíferos, y aunque en el aparato genital eran idénticos a la raza ankorana, la función biológica en la mujer terrícola determinaba la presencia de dos mamas, con las cuales amamantaba a los hijos nacidos directamente del útero materno. Los científicos ankoranos habían determinado recientemente que, biológicamente, los genes entre terrícolas y ankoranos eran incompatibles. No era posible la procreación entre ellos.

¿Cuál era la consecuencia de todo esto?

A Hango Noda no le importaba nada. Cuando María Izaguirre llegó al Centro Experimental de Física Nuclear no la vio bajo el aspecto sexual ni biológico. Para Hango se trataba simplemente de un científico; alguien que tenía la llave de una puerta que él debía abrir.

Tanto Balboa como el profesor Izaguirre habían sido interrogados a través de las máquinas “Psí”, pero este interrogatorio sólo había servido para evidenciar los conocimientos que en sus respectivas especialidades poseían acerca de la “Karendón”.

Una máquina “Psí” y un equipo de psicólogos vinieron al Centro Experimental de Física Nuclear para someter a los dos valeranos a un interrogatorio más profundo, en el que Hango Noda hizo de receptor. Estas sesiones duraron veinte días y en el intervalo Hango

Noda recibió dos llamadas telefónicas personales del "Lassyn" interesándose por la marcha del proyecto.

Hango Noda aseguró al "Lassyn" que estaba en la recta final de la carrera por conocer el secreto de la "Karendón", como así fue. Al terminar el interrogatorio Hango Noda sabía de las "Karendón" tanto como el profesor Izaguirre y el ingeniero Balboa juntos.

Dos días después, Hango Noda llamaba a Balboa, al profesor y a la señorita Izaguirre a su despacho.

—Vamos a construir una "Karendón" gigante y espero conseguirlo con la colaboración de ustedes —les dijo.

—Sabe usted tanto de la "Karendón" como yo mismo —contestó el profesor Izaguirre—. No nos necesita para nada, después de haber desnudado nuestras mentes.

—Al contrario. Ahora que sé lo que ustedes saben, me doy cuenta de que nunca habría podido realizar una "Karendón" por mis propios medios. Es cierto que ahora poseo los conocimientos científicos, pero me faltan los materiales de calidad, el utillaje y la obra de mano experta que ustedes tienen en su planetillo. La pregunta es, ¿querrán ustedes colaborar?

Balboa y el profesor Izaguirre cruzaron una mirada entre sí. Fue Balboa quien contestó:

—¿Por qué tenemos que ayudarle? No es nuestro amigo. Y en cuanto a las "Karendón", ni siquiera estoy seguro de que vayan a darles el uso adecuado.

—Dígame, ¿cuál sería el uso adecuado de las "Karendón" según usted? —preguntó Hango Noda.

—Las "Karendón" son una fuente inagotable de riqueza. Esas máquinas bastarían por sí solas para cambiar de arriba abajo la estructura socio-económica de este planeta. Pero un cambio tan profundo requiere una adaptación de la sociedad que ha de disfrutar sus ventajas. Sencillamente, las "Karendón" harán tabla rasa igualando a pobres y ricos. Será fácil para las naciones subdesarrolladas acostumbrarse a una repentina prosperidad, sí. ¿Pero qué ocurrirá con Ankor? ¿Repartirán ustedes las "Karendón" para que todo el planeta se beneficie de ellas, o se reservarán su control para que todo siga igual?

—Después de las "Karendón" nada será igual —respondió Hango Noda con aplomo—. Desaparecerá el dinero, el oro no tendrá

ningún valor y por lo tanto nadie irá a buscarlo en operaciones mercantiles más allá de las fronteras de Ankor. La clase pobre ascenderá unos cuantos escalones, y los ricos tendrán que descender de su posición de privilegio para encontrarse todos a un nivel medio. Esto supondrá una profunda conmoción. Habrá resistencias, por supuesto, pero finalmente, se impondrá el sacrificio de unos cuantos por el bien de la mayoría. ¿En que se beneficiarán las demás naciones? Bueno, pues de momento se verán libres del colonialismo ankorano. Ankor ya no tendrá que importar materias primas, ni se verá en la necesidad de exportar para incrementar sus ingresos. Los países subdesarrollados podrán disfrutar de sus propios recursos, activarán su economía y su tecnología, y con el tiempo llegarán a construir sus propias máquinas "Karendón".

—Me gustaría creer que eso es posible —repuso Balboa—. En mi opinión, el uso inmediato al que Ankor dedicará las "Karendón" será el incremento de su Armada Sideral y su Ejército. Algún día el autoplaneta VALERA regresará, y cuanto más fuerte sea Ankor mayor será la resistencia que encontrará para vencerle. Como valerano y patriota, no debo ni puedo contribuir a fortalecer las armas de los enemigos de mi pueblo.

Hango Noda quedó sorprendido.

—Su autoplaneta se marchó. ¿Por qué piensa que puede regresar? ¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó lleno de curiosidad.

—VALERA no nos abandonará —aseguró Balboa.

—¿Se refiere a esos cuatro millones y pico de valeranos que tenemos en Ankor? ¿Qué puede importarle a los valeranos un puñado de compatriotas? Cuatro millones trescientos mil prisioneros no valen una guerra. Seguramente VALERA perdería mucho más de ese número en una guerra contra Ankor.

—VALERA volverá a buscarnos —insistió Balboa.

—Admitamos que regresa —dijo Hango—. No hay razón para que nos enfrentemos como enemigos, ¿verdad? Ankor no quiere la guerra. Si el planetillo regresa le devolveremos sus prisioneros y les desearemos a ustedes un feliz viaje.

—Sí, pero las "Karendón"…

—Nuestro "Lassyn" siente un interés especial por esas máquinas. ¿Quiere que le diga que se niega usted a colaborar? ¿Qué cree que

les ocurriría a su esposa y su hijo, señor Balboa?

Naturalmente, Balboa tuvo que ceder ante esta amenaza.

Tres nuevos especialistas valeranos vinieron a sumarse al equipo mientras Hango Noda elaboraba los planes para un programa que comprendía la construcción simultánea de tres tipos distintos de “Karendón”; una grande, de tipo de grada, otra mediana, y la más pequeña del modelo que los valeranos llamaban familiarmente “despensera”, por estar destinada a la producción de alimentos.

Las dificultades fueron enormes, porque aun poseyendo los conocimientos científicos necesarios, la tecnología ankorana no estaba todavía a la altura de los medios y la experiencia de la industria valerana.

Mientras el equipo de base electrónica se montaba en el Centro Experimental con el auxilio de la industria de Neke, para construir las cámaras de restitución fue necesario acudir a la industria de Iqua. Debido a esta circunstancia, la “Karendón” de grada tuvo que montarse en Iqua, pues era demasiado grande para poderse llevar de un lugar a otro.

La “Karendón” de grada que Hango Noda construyó en Iqua no podía compararse a la que había tenido ocasión de estudiar en VALERA, pero aún así resultó bastante grande para la fabricación de aeronaves de transporte. Sin embargo, su mayor mérito consistió en ser lo bastante perfecta para, a su vez, integrar otras máquinas “Karendón” medianas. Las “Karendón” medianas, a su vez, integraban totalmente las máquinas pequeñas. ¡Las “Karendón” se fabricaban unas a otras!

Tal era la técnica que empleaban los valeranos, y Hango Noda iba a imitarles. De hecho, tres máquinas bastarían para construir toda una familia de “Karendón” medianas y pequeñas.

El “Lassyn” estaba tan interesado en el proyecto que visitó varias veces el taller de Iqua para seguir de cerca los progresos del equipo científico que Hango Noda había reunido a su alrededor. ¡Hasta animó a Hango Noda en los momentos en que el desaliento acosaba al profesor después de cada fracaso!

Hango Noda había resuelto ya el problema del revestimiento interior de la cámara de restitución cuando el general Abor, observador en representación del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, le comunicó confidencialmente:

—¿Sabe usted? El maldito planetillo está de regreso.

El “maldito planetillo”, naturalmente, era VALERA. Sólo habían transcurrido ocho meses desde su fuga. Pero ocho meses en Uhlan equivalían a un año terrícola. No era una coincidencia el que VALERA hubiera regresado al año justo de haber escapado. Alguien en el planetillo debió fijar un plazo. Diría: “regresaremos en un año”. Y aquí estaba VALERA.

A Hango Noda la noticia le causó un hondo e indefinible malestar.

De momento, sin embargo, todo continuó igual. El planetillo se encontraba todavía lejos y la noticia no había trascendido a la nación, por aquella estúpida manía del Gobierno ankorano de hacer secreto incluso las cosas que más pronto o más tarde se habrían de saber.

En efecto, el secreto no pudo ser mantenido mucho tiempo.

Primero fueron rumores temerosos. Luego, más tarde, el planetillo se hizo distinguible a simple vista, brillando en el firmamento de Uhlan con fulgor frío y amenazador. Se aproximaba cada vez más al planeta y provocaba en los océanos altas mareas jamás conocidas y desastrosas inundaciones. Volcanes que llevaban siglos adormecidos despertaron de su letargo arrojando con estruendo fuego y lava…

Para completar esta escena tenebrosa, el planetillo emitía incesantemente un mensaje telegráfico con sus proyectores de luz sólida, que llenaban las oscuras noches de Uhlan con el parpadeo intermitente de los relámpagos, como el anuncio de una tormenta próxima a desencadenarse.

Las grandes mareas provocadas por la proximidad de VALERA causaron bastantes problemas a Hango Noda, porque la “Karendón” gigante de Iqua había sido instalada en el puerto, junto al agua y en el mismo lugar que antes había ocupado un astillero. Desde Neke, Hango Noda voló rápidamente a Iqua, donde se reunió con el profesor Izaguirre y la hija de éste. La inundación había alcanzado a la grada provocando un cortocircuito, nada importante, pero que levantó las iras de Hango Noda.

—Bien, ya estarán ustedes contentos, ahí está de regreso su autoplaneta —dijo Hango a la señorita Izaguirre.

—Sí, estamos muy contentos —repuso la joven—. ¿No lo estaría

usted si se encontrara en nuestro lugar?

—Supongo que sí —murmuró Hango mordiéndose los labios.

La noche sorprendió al equipo antes que éste consiguiera reparar la avería. En el cielo, el planetillo lanzaba intermitentemente sus señales luminosas, iluminando la noche con sus tenebrosos relámpagos. María Izaguirre miraba al cielo.

—Esas señales tendrán algún significado, me imagino —observó Hango Noda parándose junto a la muchacha.

—Sí.

—¿Qué dice el mensaje?

—VALERA dice que esperemos y confiemos, que ha regresado para liberarnos y no renunciará a conseguirlo por nada. Espero que ustedes cumplan su promesa.

—¿Cuál promesa? —preguntó Hango sorprendido.

—Usted dijo que si VALERA volvía y reclamaba sus prisioneros, éstos le serían devueltos sin que nuestro planetillo tuviera que recurrir a medidas extremas.

Hango no contestó. ¿Qué podía decir? Ankor nunca había hecho tal promesa, fue simplemente idea suya suponer que así sucederían las cosas. Pero las cosas iban a tomar un rumbo distinto.

A falta de información veraz, los rumores se extendieron por todas partes. Se aseguraba que el planetillo estaba furioso porque Ankor retenía a los valeranos prisioneros y se negaba a devolverlos.

En todo Uhlan se produjeron manifestaciones multitudinarias ante las embajadas y representaciones consulares de Ankor, pidiendo porque se devolvieran al planetillo sus prisioneros.

En muchos lugares, la cuestión de los prisioneros fue utilizada como pretexto para exteriorizar un largo y contenido sentimiento de rencor contra Ankor. Embajadas, consulados y delegaciones comerciales fueron víctimas de las hordas soliviantadas, lo que motivo una dura acción de represiones de los gobiernos sometidos a la política de Ankor.

De pronto, sin que mediara un gesto de advertencia, VALERA atacó utilizando una nueva arma.

Esta arma era una especie de “platillo volante” de 36 metros de diámetro y 14 metros de grueso, que se movía por ondas gravitacionales girando sobre sí mismo. Por su aspecto macizo los ankoranos los llamaron “trompos”; también los valeranos los

designaban por este nombre.

Los ankoranos conocían todos los tipos de armas de los valeranos, entre éstas, los famosos cazas DELTA, pequeños aparatos dirigidos por control remoto, portadores de múltiples proyectores de “luz sólida”. También conocían los torpedos autómatas, que se dirigían solos al blanco llevando una cabeza de combate nuclear. Pero no conocían los “trompos”. Éstos parecían ser un convenio entre las dos armas clásicas de ataque. Como plataformas de tiro disparaban sus terroríficos dardos de “luz sólida”, y a continuación se autoinmolaban estrellándose contra el costado de los buques, ya debilitados por la artillería lumínica.

Los astronautas ankoranos fueron sorprendidos, aunque no por descuido.

Anticipándose al ataque de los “trompos” el Alto Mando ankorano llevó una Flota de 25.000 cruceros siderales al espacio exterior, dejando otros 50.000 en reserva para la defensa del planeta. Esta fuerza debería haber bastado para contener a los 15.000 “trompos” de los valeranos, pero no fue así.

Moviéndose a gran velocidad, los “trompos” cargaron como una manada de búfalos, soportando impávidos el fuego cruzado de miles de rayos de “luz sólida”, hasta que estando cerca de los ankoranos pusieron en juego sus propios proyectores gruesos y buscaron el cuerpo a cuerpo estrellándose contra los cruceros.

En la confusión, al menos la mitad de los “trompos” lograron pasar a través de las líneas ankoranas y se dirigieron a Uhlan irrumpiendo en la atmósfera del planeta.

En el cielo nocturno de Uhlan los “trompos” dejaban largos rastros de fuego como meteoros incandescentes, sembrando el terror en el Alto Mando ankorano, que temía verlos estallar sobre sus ciudades. Pero nada ocurrió. Durante dos horas mortales los “trompos” danzaron a placer de un lado a otro. Algunos fueron destruidos en el aire, otros cayeron en el océano y el resto se retiró en dirección a VALERA.

¿Qué pretendieron demostrar los valeranos con este ataque?

Demostraron que, pese a la presencia de la potenciada Armada Sidérea de Ankor, si hubiesen querido habrían podido bombardear y reducir a cenizas las ciudades ankoranas.

¿Se abstuvieron del bombardeo porque sabían que sus

prisioneros estaban repartidos en grupos en las ciudades de Ankor?

Ankor se atribuyó la victoria asegurando que los valeranos habían sido rechazados tras experimentar “graves pérdidas”. Pero la confianza de la nación en su Armada Sidérea sufrió un rudo golpe. Tal vez los valeranos contaban con lograr este efecto psicológico.

En los días siguientes al ataque, todo el mundo parecía muy nervioso. Esto, sin embargo, se notó poco bajo el tejado del gran edificio donde el profesor Noda y su equipo científico acababan de dejar a punto la primera “Karendón” de grada construida en Ankor con elementos y materiales ankoranos.

Aunque se trataba sin duda de un logro de la máxima importancia, el hecho no tuvo la resonancia que Hango Noda esperaba. Las “Karendón” eran materia reservada; como decían los valeranos “top secret”. Sin embargo, Hango Noda obtuvo las felicitaciones que merecía.

Una delegación del Gobierno vino desde Neke para tomar posesión oficial de la “Karendón” gigante. Presidía esta delegación el ministro de Industria, señor Jal Vere, estando representadas las Fuerzas Armadas por el General Abor y otros altos jefes del Ejército y la Armada.

Sobre un modelo de “Karendón” de tipo mediano, desmaterializada en la grada, se obtuvo una cinta perforada. Utilizando esta cinta, la “Karendón” gigante fabricó en una hora cuatro nuevas “Karendón” de tipo medio. Toda la industria asentada en el fiordo de Iqua tuvo que parar mientras los reactores nucleares de la zona alimentaban a aquella máquina devoradora de energía.

Realizada la entrega de la “Karendón” en un acto sencillo, el éxito del experimento fue celebrado con una pequeña fiesta en la residencia del Gobernador. Ninguno de los técnicos y científicos valeranos fue invitado. Pero se les concedieron dos días de asueto antes de regresar a Neke.

Dada la categoría de los personajes que asistían a la recepción, los temas de conversación comprendían aspectos de la política y la estrategia del Gobierno que no solían trascender al público. Por ejemplo, Hango Noda supo que el “Lassyn” había mantenido una entrevista televisiva con el Almirante Mayor y Comandante Jefe del autoplaneta VALERA, circunstancia que era ignorada por el pueblo

ankorano.

—¿Qué fue lo que hablaron? —preguntó Hango con interés.

—El Almirante de VALERA exigió que se le devolvieran sus prisioneros —dijo el ministro de Industria—. Nuestro "Lassyn" se negó a entregarlos.

—¿Por qué? —preguntó Noda ingenuamente—. ¿No sería preferible devolverles sus prisioneros y dejar que se marcharan?

—¿Dejarles dice usted? ¡Vaya, eso tiene gracia! No es nuestra intención retenerles, ¡ojalá se marcharan mañana! Pero no son esas sus intenciones, no se marcharán.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Qué les devolvamos las Karendón?

—No. Al menos no lo han expresado de ese modo. Esos valeranos están llenos de extrañas ideas. Consideran a las "Karendón" como una versión científica del mítico cuerno de la abundancia, una fuente inagotable de riqueza que ellos pueden repartir y dicen querer repartir equitativamente entre todas las naciones de Uhlan. Pero quieren hacerlo a su manera, no que lo hagamos nosotros. Creen tener derecho a fiscalizar ese reparto de la riqueza, puesto que las "Karendón" son suyas; es decir, se las hemos robado. ¿Qué les parece?

—¿Cuál fue la respuesta del "Lassyn"?

—¿Qué podía contestar? Éste es nuestro planeta, no podemos consentir que gentes extrañas vengan a mediatizar en los asuntos domésticos de Uhlan, ni que nos impongan su política, su ideología o sus creencias religiosas. ¿Permitirían los valeranos que hiciésemos una cosa parecida con ellos? ¡Con toda seguridad, no!

Ésta era una posición razonable. Sin embargo, Hango objetó:

—De todos modos, tal vez nos conviniera transigir en algunas cosas a cambio de obtener otras. Por ejemplo en la devolución de sus prisioneros. ¿Para qué los queremos aquí?

—No sea tonto, Noda —gruñó el General Abor—. No podemos hacer eso. En el momento que no hubiera valeranos en Ankor, nos bombardearían con armas nucleares reduciendo a cenizas nuestras ciudades. Esos millones de prisioneros son la mejor garantía para nuestra seguridad.

—¿Pero hasta cuándo durará esta situación? No queremos devolver a VALERA sus prisioneros por temor a que nos ataque. Nos gustaría que se marchara, pero mientras no recobre sus prisioneros

no se marchará. Yo no soy un estratega, pero estuve en el planetillo y juzgo por lo que vi allí. VALERA es una fortaleza inexpugnable. Si descartamos que no podemos vencerle, ¿cuáles son nuestras perspectivas de cara al futuro? El tiempo juega a favor de VALERA. Esos valeranos son inteligentes y tenaces. Pueden esperar durante años en su fortaleza, preparándose larga y pacientemente para una guerra. Pero si finalmente llegaran al convencimiento de que jamás iban a lograr el rescate de sus prisioneros… ¡todavía sería peor! Antes de marcharse, en un último gesto de cólera, VALERA aniquilaría toda la vida sobre Uhlan volatilizando su atmósfera y sus mares con sus terribles bombas “Doble Uve”. ¿Han oído ustedes hablar de esas bombas?

Al parecer no todos los allí presentes conocían este tipo de artefacto. Tenían referencias de las “W” los altos jefes militares, a través de los informes de tipo secreto redactados sobre las declaraciones arrancadas a los valeranos. Los políticos y civiles quisieron saber de qué se trataba, poniendo en apuros a los militares, comprometidos a guardar el secreto.

De regreso al hotel, donde también se alojaba el General Abor, mientras el automóvil corría por las desiertas y silenciosas calles de Iqua, el General dijo:

—¡Vaya con su ocurrencia de nombrar esa bomba “Doble Uve”! Esa pobre gente no va a poder dormir esta noche. ¿Cómo lo supo?

—Olvida usted que yo fui el primer ankorano que interrogó a un terrícola a través de una “Psí”. Durante ocho meses he convivido con los valeranos mientras construíamos las “Karendón” y he tenido ocasión de conocer muchos aspectos de su autoplaneta.

Abor profirió un gruñido arrebujándose en su grueso abrigo de pieles.

—Por cierto —continuó Hango—. ¿Cuál es el programa de mañana para la “Karendón”?

—No tiene por qué preocuparse de eso. La máquina ha pasado al Ministerio de Industria, que será quien indique el programa de trabajo en lo sucesivo. Regrese a Neke y tómese un descanso antes de que le carguen con otra tarea. La Armada quiere que le construya una grada “Karendón” capaz de integrar cruceros de combate.

Hango Noda ya había oído hablar de este ambicioso proyecto,

sustancial para el programa de armamentos de Ankor de cara a un posible confrontamiento bélico con el autoplaneta VALERA. ¿Por qué una guerra? ¿Quién deseaba una guerra en Ankor?

Desde hacía siglos el nacionalismo ankorano estaba alimentado de tópicos absurdos; necesidad de conquistar el "espacio vital", revanchismo, superioridad de la raza… Con la Era Tecnológica y la introducción del "sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro", la Dictadura había logrado unificar criterios a través de un vasto programa de mentalización dirigida, que convirtió a 500 millones de ankoranos en poco menos que una nación de autómatas.

La guerra por la conquista del "espacio vital" era una necesidad, un derecho del pueblo ankorano justificado por la ley implacable de la naturaleza.

En el mundo animal, incluso en el reino vegetal, las especies luchaban por la supervivencia. Triunfaba el mejor, y gracias a esta ley de selección natural, los individuos débiles, las especies deficientemente dotadas, eran exterminadas en beneficio de la vida y el desarrollo de las especies mejor adaptadas al medio.

Sobre la base filosófica de este crudo pragmatismo, la nación ankorana pregonaba sin rubor sus aspiraciones de dominio universal. De cara al consumo interior, este "destino universal" era el alimento que nutría espiritualmente a las masas domesticadas y enfervorizadas. Desde niño, el ankorano era mentalizado para esta guerra futura.

Sin embargo, desde hacía siglos, Ankor no conocía en su territorio nacional los horrores de una guerra.

Inventores de la bomba atómica, los ankoranos probaron su mortífera eficacia descargándola sobre otras ciudades de otros países. Pero jamás un artefacto nuclear cayó sobre una ciudad de Ankor.

Todo el programa político de Ankor acababa de sufrir un rudo golpe con la aparición de aquella humanidad extragaláctica, los terrícolas. El pragmatismo ankorano, sus pregonados derechos a dominar el planeta, se volvía contra Ankor. Porque si los terrícolas podían demostrar su superioridad racial y tecnológica, deberían estar asistidos del derecho "natural" de someter a Uhlan y exterminar a todas las razas inferiores, incluyendo a la ankorana.

¿O era que Ankor formulaba su ley para aplicarla a los demás, y no para que le fuera aplicada a su vez?

Esto era lo que pensaba Hango Noda. Pero, naturalmente, tales ideas jamás podría expresarlas en voz alta.

* * *

Habiendo despertado a la hora que tenía por costumbre, Hango Noda se quedó más tiempo en la cama, haciendo que le llevaran el desayuno a la habitación.

Después de ocho meses de continua actividad, levantándose temprano y pasando muchas noches sin dormir, enfrascado en la solución de los problemas que le planteaban las "Karendón", Hango Noda casi no podía creer que de repente no tuviera nada que hacer.

Decidió regresar a Neke al mismo tiempo que los Izaguirre y Balboa. Llamó por teléfono al aeropuerto, y después de conseguir un pasaje para la aeronave de la tarde se levantó y se vistió.

Una hora después tomaba un taxi para dirigirse al astillero. Nada tenía que hacer allí, excepto despedirse del profesor Yure y el resto del equipo técnico que quedaba a cargo de la "Karendón", y recoger algunos objetos personales en la oficina.

Ante la puerta del astillero vio un grupo, de un millar de trabajadores extranjeros, formando una larga cola de hombres mal vestidos que combatían el frío de la mañana golpeando una contra otra sus manos enguantadas.

Aunque era persona harto conocida, Hango tuvo que cubrir todos los requisitos y pasar por la casilla del oficial del Servicio de Seguridad Interior para proveerse de la indispensable "galleta" de identificación.

—¿Qué hace toda esa gente esperando allí afuera? —preguntó Hango Noda.

—Son los operarios que antes trabajaban en este astillero. Vienen a recibir su última paga. Ya hemos despachado la mayor parte.

—¿Despedidos?

—¡Y de qué forma! —se rió el oficial guiñando un ojo.

Hango no comprendió el significado de aquel guiño de complicidad. Pero al entrar en el enorme edificio, bajo cuya

techumbre estaba instalada la “Karendón” de grada, se vio ante una escena sorprendente de carreras, gritos de advertencia y disparos de pistola y metralleta.

Más de un centenar de trabajadores corrían por todas partes perseguidos por la policía, y uno de los fugitivos estuvo a punto de derribar a Hango de un empujón. Un policía llegó junto a Hango y disparó su metralleta contra el obrero. Por todas partes resonaban gritos de “¡alto o disparo!”, casi siempre seguidos de breves ráfagas de ametralladora.

Muertos y heridos quedaron en el suelo mientras los policías arrinconaban a los obreros contra una pared.

Aunque no era frecuente, algunos motines se habían producido a veces entre los trabajadores extranjeros empleados en la industria ankorana. En general estos trabajadores eran sumisos y soportaban con resignación de bestias los abusos de los patronos. Pero las condiciones de vida y de trabajo eran tan detestables para estos parias, que a veces se declaraban en huelga como único medio de presión para conseguir alguna mejora.

El jefe de la policía de Iqua era el Brigadier Juson, que la noche anterior asistió también a la fiesta en la residencia del Gobernador. Juson se encontraba ahora junto a la entrada del gran túnel de restitución de la “Karendón” de grada. Yure y su equipo de técnicos, con sus batas blancas, estaban junto al cuadro de mandos de la máquina protegidos por un cordón de policías armados.

—¡Adelante, no os detengáis… cerdos! —gritaba un sargento de la policía golpeando a los trabajadores con la culata de su metralleta.

Ante la boca de la “Karendón” había varios muertos tendidos sobre charcos de sangre. Empujados como borregos, los obreros avanzaban hacia la entrada. Algunos vomitaban sobre la nuca del compañero que iba delante. Un horrible hedor salía de aquella masa gimiente. Era el olor del miedo; una mayoría de los obreros se habían ensuciado en los pantalones.

Hango Noda se situó junto al Brigadier Juson.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué es esto? —preguntó.

—Ya estaban dentro cuando hubo un movimiento de pánico y se precipitaron hacia la salida. Sólo pudimos desintegrar a la mitad, los demás escaparon —contestó el Brigadier.

Hango Noda quedó aterrado. ¡Estaban utilizando la “Karendón” gigante para desmaterializar a los obreros extranjeros!

—¡Están ustedes locos! —exclamó Hango Noda sin poderse contener—. ¿Quién ha ordenado esto?

Juson se volvió y clavó en Hango sus ojos claros, fríos y duros como el acero.

—¿Quién lo ordena todo en este país? —contestó secamente.

Hango no acertó a decir nada. Las palabras de indignación y de protesta se apelotonaban en su garganta dejándole mudo.

La manada maloliente ya estaba dentro del túnel. La puerta ni siquiera había sido cerrada cuando el Brigadier Juson hizo una señal al profesor Yure. El científico hizo una leve indicación al técnico que estaba ante los mandos. El operador apretó un botón, y un relámpago vivísimo brilló dentro del túnel.

Más de doscientos hombres fueron desintegrados en un segundo. Ningún rastro quedó en el interior de la cámara, ni la máquina perforó ninguna cinta para que quedara constancia de este crimen.

—Recojan esos cadáveres y métanlos en la máquina —ordenó tranquilamente el Brigadier—. Y limpien esa sangre con las mangueras. Si el siguiente grupo ve todo eso se asustará y tendremos problemas para hacerles entrar en el túnel.

—¿Cómo pueden hacer eso? —exclamó Hango—. ¡Es inhumano!

Juson le contempló como sorprendido.

—¿Llama usted inhumano a ÉSTO? Los grupos anteriores ni siquiera se dieron cuenta de lo que ocurría. Entraron en el túnel, y antes que comprendieran nada habían sido desmaterializados.

—No me refiero a eso, sino al hecho en sí de quitar la vida a unos hombres inocentes. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón?

—La máquina “Karendón” les dejó sin trabajo. ¿Qué quería usted que hiciéramos con ellos?

—Enviarles de regreso a sus países de origen, supongo.

—¿Para qué? No encontrarían trabajo en sus países. No tenían futuro, estaban condenados a morir de hambre. En cierto modo les hacemos un favor al proporcionarles una muerte agradable y sin sentir.

Dejando a Hango Noda con la boca abierta, el brigadier se alejó para ocuparse personalmente de que no quedaran rastros de sangre que pudieran asustar a los hombres que entraran después para

correr la misma suerte. Hango sintió de pronto un acceso de náuseas y vomitó en un rincón. Uno de los jóvenes técnicos se acercó a él.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó Hango mirándole a la cara.

El joven hizo una mueca como si no comprendiera.

—Son ustedes unos monstruos —dijo Hango entre dientes. Y dejando al hombre sorprendido abandonó rápidamente el local sobre el agua color rosa que las mangueras empujaban hacia los desagües.

Hango Noda cruzó el patio haciendo crujir la nieve convertida en hielo sucio. Al pasar ante la casilla del oficial de Seguridad se arrancó la tarjeta de identidad y la lanzó dentro por la ventanilla.

En la calle los obreros extranjeros esperaban resguardados del viento por una tapia. En el lado opuesto los policías combatían el frío dando cortos paseos con la metralleta colgada del hombro. Aparentemente estaban allí para guardar el orden, pero su misión específica bien podía ser la de impedir que nadie se marchara.

Hango Noda se acercó a grandes zancadas a la cabeza de la cola, levantó los brazos y gritó:

—¡Largaos de aquí, estúpidos! ¡Van a asesinaros, nadie que entre por esa puerta volverá a salir!

Los obreros se miraron unos a otros desconcertados, mientras un sordo rumor se extendía a lo largo de la cola. Un sargento, capote negro y casco de acero pintado de negro, agarró a Hango por el hombro.

—¿Qué hace usted, loco? —le gritó.

—¡Van a mataros a todos! —chilló Hango Noda sacudiéndose la garra del policía.

Los obreros empezaron a moverse. Del lado opuesto de la calle llegaron los policías descolgando sus armas.

—¡Todos a la cola!

—¡Escapad! —chilló Hango.

El sargento le asestó un puñetazo en el oído. Hango se revolvió dolorido y lanzó un directo contra la boca del sargento. Dos policías que estaban en la puerta corrieron arrojarse sobre Noda. Los obreros empezaban a moverse como una manada de búfalos en

estampida. Sonaron disparos al aire y órdenes imperiosas. Hango Noda luchaba a brazo partido con el sargento y los dos policías que habían acudido en ayuda de éste. Le derribaron sobre el barro helado y le esposaron en un cerrar y abrir de ojos.

Las voces de Hango Noda no habían alcanzado al final de la cola. Esto permitió a la Policía ejercer el control de la situación. Pero en la cabeza de la cola algunos hombres habían echado a correr y otros intentaban escalar la valla. Sonaron disparos y los que se encaramaban a la valla cayeron alcanzados por las balas. Sentado en el barro Hango Noda gritaba fuera de sí, víctima de un ataque de rabia y de histeria.

Le metieron en un automóvil de la Policía y le llevaron a la Delegación Central, donde le administraron un tranquilizante que le dejó dormido. Cuando despertó horas después se sentía como atontado. Le llevaron al despacho del brigadier Juson.

—Sólo encuentro un modo de justificar su actitud, profesor Noda —dijo Juson severamente—. Supongo que la vista de toda aquella sangre le enfermó. Ha trabajado usted intensamente durante demasiado tiempo, sus nervios hicieron crisis y eso es todo. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Sí —admitió Hango Noda inclinando la cabeza.

—Por mi parte está olvidado el asunto.

—Yo no podré olvidarlo tan fácilmente —dijo Hango.

—Mejor si lo olvida y no habla de esto a nadie. Puede marcharse.

Un auto de la policía le llevó al hotel. El profesor Izaguirre, su hija María y Balboa ya habían salido camino del aeropuerto con su escolta policíaca habitual. Hango pidió un taxi por teléfono, ordenó que le prepararan la cuenta e hizo rápidamente el equipaje.

Anochecía cuando se apeó del taxi ante el edificio del aeropuerto. Un oficial de la Armada Sidérea de Ankor y una mujer alta salían por la puerta cuando Hango Noda entraba. Sólo vio de refilón el bello rostro de la mujer y siguió adelante. Ya en la sala de espera se detuvo de pronto.

—¡Lauda Conak! —exclamó recordando aquel rostro de mujer.

Giró sobre los tacones para salir de nuevo a la calle, pero se contuvo.

—“Es imposible, no puede ser ella. Lauda se encontraba en el

planetillo cuando lo reconquistaron los valeranos” —se dijo para sí —. “¡Qué parecido tan sorprendente!”

Los altavoces llamaban a los pasajeros de la aeronave con destino a Neke. Hango Noda se apresuró en cruzar la espaciosa sala de espera, aunque sin poder olvidar aquella fugaz visión.

CAPÍTULO IV

TRES días después del regreso de Hango Noda a Neke, un ingenio nuclear hacía explosión en los alrededores de Iqua. La Televisión Nacional dio la noticia de manera sucinta y propia para crear un estado de confusión. "Todos los cristales de la ciudad y la mayoría de las techumbres saltaron en pedazos. El recuento provisional de víctimas arroja un total de 33.000 muertos y más de 70.000 heridos. La industria resultó gravemente afectada."

Horas antes de que la Televisión Nacional diera la noticia en el boletín del mediodía, el teléfono había sonado en el lujoso apartamento del profesor Hango Noda. La llamada era del general Abor, citándole al Ministerio de la Guerra para las ocho de la mañana.

Antes de que Noda pudiera hacer ninguna pregunta el general colgó el teléfono en el otro extremo de la línea.

Suponiendo que esta llamada estaría relacionada con la pretensión de la Armada de construir una "Karendón" de grada capaz para integrar cruceros de combate de casco de "arokalina", Hango Noda se trasladó al Ministerio, donde nada más entrar encontró un ambiente de gran tensión.

En el salón donde fue conducido, el único civil era él.

El general Abor se destacó de un grupo de generales y vino a su encuentro. Traía la expresión grave y los ojos enrojecidos como si no hubiera dormido en toda la noche.

—El "Lassyn" no tardará en llegar —dijo Abor. E inclinándose cerca del oído de Noda añadió—: Ha ocurrido un desastre. Los valeranos atacaron anoche Iqua y destruyeron la "Karendón" gigante.

Hango quedó como de piedra. En cierto modo la noticia de la destrucción de la máquina le produjo una alegría salvaje. ¡La "Karendón" no volvería a ser utilizada para desintegrar miles de

desdichados trabajadores extranjeros!

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

Abor no estaba muy seguro, pero todo apuntaba en el sentido de que el ataque de los "trompos" de días atrás perseguía un fin muy distinto al que les fue atribuido. El Alto Mando aceptó con reservas la información de gran número de comandantes, que aseguraban haber perseguido y derribado a los misteriosos "trompos" en el mar.

La verdad parecía ser otra. Los "trompos" que cayeron al mar, en realidad, lo que hicieron fue esconderse bajo las aguas y quedarse quietos hasta que cesó la alarma. Alguno de estos "trompos" debió llegar por una ruta desconocida a las proximidades de Iqua.

—Pues otra cosa no se comprende —agregó el general Abor.

En las primeras horas de la noche, Iqua saltó sobresaltada al desencadenarse un súbito y violento ataque con bombas nucleares de reducida potencia contra los acuartelamientos del Ejército, la Policía y los parques de Bomberos; contra la estación del ferrocarril, los nudos ferroviarios, el aeropuerto, la autopista, los túneles y los puentes. El ataque se trasladó después al puerto y el bombardeo alcanzó las industrias en torno al fiordo, la refinería de petróleo y los barcos surtos en el muelle.

Si bien de potencia reducida, estas pequeñas bombas causaron verdaderos estragos, pues aunque nadie llegó a verlas, era obvio, por la forma certera que llegaron a los objetivos, que estaban dirigidas por control remoto visualizado en televisión.

Aun siendo pequeñas, cada una de estas bombas tenía una potencia equivalente a 500 kilos de trinitrotolueno.

Este violento ataque era en realidad una maniobra para sembrar el terror y la confusión mientras un comando valerano, cuya fuerza se estimaba en unos 3.000 hombres, asaltaba silenciosamente la fortaleza-prisión donde estaban encerrados los seis mil prisioneros valeranos. La guarnición de la fortaleza fue totalmente masacrada, y los seis mil prisioneros fueron conducidos por la ladera de la montaña hasta el puerto. Aquí, otro comando había tomado por sorpresa la máquina "Karendón" gigante.

—Todo el plan debió ser estudiado cuidadosamente y se llevó a cabo con rapidez y decisión —continuó diciendo el general Abor—. Los prisioneros fueron introducidos por grupos en la "Karendón" y

desintegrados. A continuación el mismo comando debió entrar en la máquina para ser desintegrado a su vez. Alguien debió quedarse fuera para accionar la máquina y dirigir posteriormente las bombas que destruyeron la “Karendón”. Dos horas más tarde el “trompo” que trajo al comando hacía explosión al otro lado de la montaña. No se comprende por qué no lo hicieron estallar sobre la misma Iqua. La ciudad habría quedado totalmente arrasada.

Aterrado, y al mismo tiempo lleno de admiración hacia los hombres que llevaron a cabo aquella acción tan audaz, Hango Noda guardó silencio.

—El “Lassyn” está furioso —suspiró Abor—. No sólo hemos perdido la “Karendón” gigante. El efecto psicológico de la operación puede minar profundamente la moral de la nación. Además, está la amenaza de los otros “trompos” que llegaron a Uhlan. La Armada ha enviado sus unidades a los lugares donde esos malditos “trompos” fueron vistos por última vez. Pero, lógicamente, no los van a encontrar allí. En todos estos días, desde que aterrizaron, se habrán movido hasta los lugares previstos. Esto va a ser una repetición de lo que ocurrió después que perdimos el planetillo. Muchas cabezas rodarán…

—Naturalmente ustedes piensan que los comandos llegaron en uno de esos “trompos” —dijo Hango Noda.

—Los “trompos” son demasiado pequeños para meter tanta gente. Probablemente dentro sólo hay espacio para el piloto y una “Karendón”. Creemos que fue así como llegaron; desmaterializados, con armas y equipo incluido, y reducidos a una fórmula escrita sobre una cinta perforada. Al llegar al lugar previsto, el único tripulante del “trompo” pondría en marcha la “Karendón” y empezarían a salir soldados como de un saco sin fondo. ¡Vaya broma! ¿Cuál es su opinión?

—Sin duda lo hicieron como usted dice. Una sola bobina de cinta perforada de dos metros de altura podría traer hasta mil soldados con armamento y equipo completo. ¡Muy ingenioso!

—¡Y creemos que hay por lo menos mil “trompos” que consiguieron llegar a Uhlan y andan escondidos por alguna parte! Mil “trompos”, a mil soldados cada uno… ¡son un millón! Esto es una invasión en toda regla, algo verdaderamente terrible.

En este momento se escuchó una voz:

—¡Atención, el “Lassyn”!

Se hizo el silencio instantáneo y los preocupados generales abrieron un pasillo desde la puerta del salón a la de la sala donde iba a tener lugar la reunión. El “Lassyn” entró con la cabeza erguida, vistiendo el uniforme de general, sin mirar a ningún lado y seguido de dos de sus ayudantes.

—El rayo ha venido. Veremos donde descarga esta vez —dijo el general Abor en voz baja.

—¿Qué pinto yo aquí, por qué me ha hecho venir?

—¡Oh, lo olvidaba! El “Lassyn” quiere informes precisos sobre los daños sufridos por la “Karendón” gigante. Yure me dijo por teléfono que todo estaba destrozado… en fin, vaya usted y véalo por sí mismo. Lo siento, ya están entrando, no puedo entretenerme más.

En afecto, los altos jefes del Estado Mayor estaban entrando en la sala, silenciosos y serios. Abor fue a unirse al grupo y las grandes puertas se cerraron tras el último general.

Al mediodía tomaba tierra en el aeródromo de Iqua la aeronave de pasaje en la que viajaba Hango Noda.

Los destrozos causados en las instalaciones del aeropuerto eran considerables. La estación terminal estaba totalmente en ruinas y ennegrecida por el fuego. Unas veinte aeronaves que se encontraban en tierra al producirse el bombardeo habían quedado reducidas a montones de chatarra retorcida.

Camino de la ciudad, el autobús redujo la marcha para pasar sobre un puente provisional, tendido por los ingenieros del Ejército en el lugar donde había sido volada la obra de la autopista. Todos los puentes entre el aeródromo y la ciudad estaban en las mismas condiciones.

En la ciudad habían volado la mayoría de las techumbres, y las calles estaban cubiertas de cascotes, de vidrios y de vehículos destrozados. La succión del aire había arrancado puertas, ventanas y persianas. ¡Y sólo fue un corto ataque de comandos!

Los daños más importantes, sin embargo, se registraron en la zona portuaria. Edificios en ruinas, almacenes incendiados, vehículos y grúas retorcidos, barcos hundidos y escorados… Toda el área estaba acordonada por fuerzas del Ejército que sólo permitían el paso a los equipos de desescombro. Todavía ardían los depósitos

de la refinería de petróleo y un techo de negros humos se cernía sobre el fiordo.

En el antiguo astillero Hango Noda encontró al profesor Yure y algunos técnicos, hurgando aquí y allá entre los escombros y los hierros. La “Karendón” estaba totalmente destruida y solamente una mínima parte de la maquinaria exterior podría servir para otra máquina.

—Las bombas que la destruyeron debieron estallar dentro de la cámara —dijo el profesor Yure.

—Sí.

La actitud abatida de Yure contrastaba con la fría indiferencia de Hango Noda. Éste hizo tomar gran número de fotografías en color para llevarlas consigo.

Al anochecer Hango Noda tomaba la aeronave de regreso a Neke. Hasta el día siguiente no pudo localizar al general Abor. Éste le rogó que fuera a verle al Ministerio de la Guerra. El general estaba muy ocupado y sólo pudo dedicarle unos minutos.

—El “Lassyn” me ha nombrado Jefe del Estado Mayor. Estamos registrando palmo a palmo todo el planeta en busca de esos condenados “trompos” —manifestó Abor. Pero por su actitud no parecía entusiasmado con el nuevo cargo ni la tarea que le habían echado encima. Preguntó por la “Karendón” de Iqua.

—Los comandos hicieron su labor a conciencia —dijo Hango. Y extendió sobre la mesa de Abor la colección de fotografías.

—Construiremos una nueva “Karendón” —dijo Abor—. La haremos tan grande que sea capaz de integrar cruceros de la serie valerana. Y la construirá usted, Noda. Ya puede empezar.

Al contrario de lo que había ocurrido la primera vez, Hango Noda acogió el encargo sin ningún entusiasmo.

De regreso en el Centro Experimental de Energía Nuclear habló con Balboa y los Izaguirre.

—Nuestra colaboración ha terminado. A menos que voluntariamente quieran seguir en el proyecto, pueden ir a reunirse con sus compatriotas en el campo de prisioneros que se les designe.

El profesor Izaguirre respondió sin vacilar:

—Queremos volver con los nuestros.

—Tal vez pueda influir para que les envíen a un campo determinado, si es que sienten preferencia por alguno —dijo Hango.

Los valeranos parecían no creer en su suerte. Repetidamente se habían manifestado en su deseo de abandonar el trabajo en las “Karendón”.

—¿Va a seguir usted con las “Karendón”? —preguntó María Izaguirre.

—¡Qué remedio! El Gobierno me ha ordenado hacer los planes para construir una “Karendón” de grada, capaz de integrar cruceros siderales de la clase STELAR. Espero que tardemos al menos un par de años en construir ese monstruo. En ese tiempo VALERA habrá rehecho su Armada Sideral hasta igualar por lo menos el número de buques que tiene Ankor. Sus astronautas son más hábiles que los nuestros, de modo que a igualdad de fuerzas la victoria, en un próximo enfrentamiento, debe inclinarse a favor de la Armada Valerana.

—Lo dice usted como si deseara que los valeranos ganáramos la guerra —observó María Izaguirre.

—A larga fecha VALERA acabará imponiéndose a Ankor. Es simple cuestión de cifras. Mientras nosotros todavía tardaremos dos años en tener lista la primera “Karendón” capaz de integrar cruceros STELAR, los valeranos están construyendo un centenar de esos buques cada día. Incluso pueden mejorarlos, o crear una nueva armada, como esos “trompos” con los que nos han sorprendido. ¿Ustedes no conocían esa arma, verdad? —preguntó Hango.

—Todo lo que sabemos también lo saben ustedes —repuso Balboa con ironía—. Los “trompos” no existían cuando emprendimos el último viaje.

Hango describió los “trompos” y a continuación relató lo ocurrido en Iqua, que los científicos valeranos sólo conocían de forma incompleta sobre los rumores que corrían por el Centro Experimental. Los valeranos se alegraron mucho de saber que los prisioneros de Iqua habían sido liberados por los comandos, y parecieron sorprendidos por la forma en que todos, prisioneros y comandos, se evadieron desintegrándose en la “Karendón”.

—Para ser desmaterializados en Iqua y ser recuperados en VALERA, tenía que existir una copia de las cintas perforadas que ustedes sustrajeron del planetillo —observó Izaguirre—. No tenía noticias de que existieran esas copias.

—Es evidente que existen —aseguró Hango Noda—. Cuando les

estábamos restituyendo aquí, otra “Karendón” debía estar funcionando en VALERA sobre las cintas perforadas depositadas en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid. Sólo de esa forma cabe explicar los fallos que se registraron aquí; uno entre cinco, o sea un veinte por ciento.

—Tal vez durante el viaje se sacaron copias de las cintas originales, en previsión de un accidente, como realmente ocurrió. Lo que nunca comprenderé, es por qué no había nadie con vida a bordo del planetillo cuando éste se detuvo. ¿Por qué hubieron de transcurrir tantos años hasta que los valeranos dieron señales de vida? —observó el profesor Izaguirre.

—Sólo hay una respuesta para eso —dijo Hango Noda—. Ustedes no venían de Atolón.

—Naturalmente que veníamos de Atolón —replicó Balboa—. Lo último que recuerdo…

Balboa se interrumpió poniendo cara de asombro y Hango continuó:

—Lo último que recuerdan fue el momento en que entraron en las “Karendón” cuando acababan de emprender el viaje en Atolón. Pero supongamos que el autoplaneta llegó a la Tierra, estuvo allí algún tiempo, y posteriormente emprendió otro viaje. En este nuevo viaje los valeranos fueron desmaterializados como ya se hizo la primera vez, y sus cintas quedaron en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid. ¿Pero qué ocurrió con las cintas utilizadas en el viaje de Atolón a la Tierra? En lugar de destruirlas se almacenaron en un viejo arsenal abandonado. El autoplaneta viajó durante siglos, probablemente dirigido por medios automáticos, sin nadie vivo a bordo, pero con un sistema electrónico dispuesto para funcionar y restituir a la tripulación transcurrido determinado tiempo. El autoplaneta se detuvo en el sistema de Uhlan, los ankoranos fuimos a explorarlo y no encontramos a nadie que nos contara lo que allí había ocurrido. Lo que encontramos fueron unas cintas perforadas que, por ser de oro, se transportaron a Ankor para engrosar el tesoro nacional. Más tarde descubrimos la utilidad de aquellas cintas aplicándolas a las máquinas “Karendón”, y los primeros valeranos surgieron de una máquina ante nuestra sorpresa. Estos hombres fueron interrogados por las máquinas “Psí” y de esta forma se desveló el misterio. Pero mientras corríamos a buscar otros miles

de tambores de cinta perforada distribuidos por todo el planetillo, los valeranos empezaron a salir de las “Karendón”, se adelantaron a los ankoranos y reconquistaron su autoplaneta. Poco después hacían funcionar las “Karendón” en el sótano del Ayuntamiento de Nuevo Madrid, pero nosotros les habíamos sacado ventaja. Un alma, según ustedes, no puede animar dos cuerpos iguales al mismo tiempo. Las personas que fueron restituidas aquí no pudieron ser rescatadas en VALERA. Las “Karendón” les restituyeron a ustedes a la edad y el aspecto que tenían al partir de Atolón, y en esta restitución se incluyen sus recuerdos, porque la memoria está contenida en las células cerebrales, y las células también son materia. Lo que ocurrió después, su llegada a la Tierra y el comienzo del posterior viaje, forma parte de los recuerdos de las personas que fueron desmaterializadas de nuevo sobre otras cintas distintas que todavía siguen en el Ayuntamiento de Nuevo Madrid. Que existen otras cintas es seguro, ya que de lo contrario los comandos no habrían desintegrado a los prisioneros que rescataron en nuestra “Karendón” de Iqua. Probablemente los nombres de cada uno de los prisioneros fueron enviados a VALERA para que allí se localizaran las cintas y pudieran ser restituidos.

Los valeranos se miraron unos a otros en silencio. Conocían de sobra las máquinas “Karendón” y no podían sentirse sorprendidos. Sin embargo, María Izaguirre exclamó:

—¡Qué bromas tienen las “Karendón”! Figúrense, a lo mejor hasta estoy casada. Puede que me casara cuando VALERA llegó a la Tierra y hasta que tenga hijos. ¡Y no lo sé!

* * *

Después de la marcha de los Izaguirre y Balboa, internados en el campo de prisioneros próximo a Neke, Hango Noda cayó en un prolongado estado de depresión moral.

Las “Karendón”, que tanto le apasionaron en un principio, ya no tenían interés para él. Y esto no le ocurría porque ya lo sabía todo respecto a ellas, sino porque pensaba que los hombres habían desvirtuado el espíritu de las “Karendón”.

Aquí, en Ankor, una pandilla de desalmados había encontrado la forma de utilizar las “Karendón” en el único y posible sentido

negativo. Unas máquinas maravillosas, que debieron traer la felicidad y la abundancia, iban a servir para hacer más ricos a los que ya eran ricos, y acabar de forma implacable con las razas inferiores en un tiempo más corto de lo previsto.

En VALERA, los terrícolas tenían máquinas "Karendón" para deshacerse de las basuras. Limpiamente, sin dejar humos ni polvo nocivo, los valeranos desintegraban los desechos de sus ciudades. Los ankoranos se proponían hacer lo mismo con millones de seres inocentes. En poco tiempo, los uhlanitas que no murieran de hambre, ingresarían por grupos en las "Karendón" gigantes para desaparecer sin dejar rastros contaminantes.

Dispuesto a retardar todo lo posible la construcción de la "Karendón" gigante, Hango Noda planteó el proyecto en términos tan ambiciosos que bien podían calificarse de absurdos. Convenció al "Lassyn" para proyectar simultáneamente no una máquina gigante, sino veinte de ellas, construidas en serie y con gran despliegue de medios, y prometió un plazo que a sabiendas era imposible de cumplir.

En un sistema de poder personal como Ankor, las cosas más absurdas tenían credibilidad si el "Lassyn" creía en ellas. Hango Noda no era un advenedizo. Había correspondido a la confianza que el "Lassyn" depositara en él y tenía crédito. Recibió poderes ilimitados, como la vez anterior, y se propuso aplicarlos de la peor forma posible para que el proyecto sufriera retrasos.

La industria de Iqua se había mostrado bastante incompetente en la realización de las primeras "Karendón". Noda demostró que con los medios que poseía jamás construiría una "Karendón" capaz de integrar cruceros siderales, y solicitó permiso para levantar una industria de nueva planta dedicada exclusivamente a la construcción de máquinas "Karendón".

Dos meses transcurrieron antes de que estuvieran terminados los planos de la nueva industria, que esta vez se establecería en Neke.

A los pocos días del golpe de mano contra Iqua, los temores del Alto Mando ankorano eran confirmados. Los "trompos", que nunca pudieron ser encontrados, empezaban a dar señales de vida. Excepto en la propia Ankor, en el resto del planeta se registraron sabotajes, golpes de mano, secuestros y ejecuciones de personajes vinculados a la política y los intereses económicos de Ankor.

Los ataques más violentos iban dirigidos en principio contra las bases militares ankoranas, que eran centenares y estaban estratégicamente desparramadas por todo el planeta. El arma empleada en estos ataques era la misma que ya utilizaron los comandos valeranos en Iqua; pequeñas bombas nucleares de alto poder destructor, probablemente dirigidas por control remoto y televisión.

Acaso porque siempre atacaban al amparo de la noche, estas bombas dirigidas nunca fueron vistas. Y, lo que más inquietaba a los ankoranos, tampoco eran detectadas por el radar.

Los guerrilleros, por el contrario, fueron vistos en numerosas ocasiones. Vestían armaduras de “diamantina”, utilizaban armas de “luz sólida” y equipo de vuelo individual, que los valeranos llamaban “back”. Gracias a este equipo las guerrillas tenían una movilidad enorme y podían atacar en una sola noche en distintos puntos, situados a veces a mil kilómetros de distancia unos de otros.

Pronto empezaron a conocerse detalles acerca de las guerrillas. Éstas hacían una intensa labor de captación, y los registros de Policía en todos los países pusieron en manos del Alto Mando ankorano una extensa documentación.

En contra de lo que se había pensado en un principio, las guerrillas no ascendían a un millón de individuos. Al menos de momento los valeranos no tomaban parte en esta campaña de subversión, aunque estaban detrás de todo el asunto.

En su autoplaneta, los valeranos habían capturado 230.000 uhlanitas, llevados allí por los ankoranos para trabajar en el desescombro de las ciudades derruidas. Los valeranos mentalizaron a los uhlanitas en las máquinas “Psí”, los adiestraron en la guerra de guerrillas y los enviaron a Uhlan en las “Karendón” a bordo de los “trompos”.

El general Abor llamó a Hango Noda por teléfono rogándole en nombre del “Lassyn” que fuera a almorzar a la Casa Azul. El almuerzo tuvo como escenario el invernadero, hallándose presentes Abor y otro mariscal del aire llamado Ferda.

—Usted que conoce como nadie las posibilidades de las “Karendón”, profesor Noda —dijo el “Lassyn”—, quiero que me diga en qué otra forma podrían utilizarse esas condenadas máquinas, a parte de traer un rollo de cinta perforada a bordo de un

"planetillo volante" y restituir aquí un millar de guerrilleros.

—Supongo que aparte de traer los guerrilleros puede utilizarse para proveer a éstos de armas, de bombas volantes que no sean demasiado grandes y alimentos. En tal que el objeto restituido quepa en la cámara de una "Karendón", la máquina puede hacerlo todo.

—Ya sabemos que lo están haciendo —repuso el "Lassyn"—. Se trata de otra cosa distinta. Tenemos varios informes en los que se asegura que los guerrilleros pueden venir de VALERA y regresar allá en cualquier momento… a través de las "Karendón". Dígame si eso es posible.

Hango quedó sorprendido.

—Esos informes, ¿son de fiar? —preguntó.

—Se trata de declaraciones arrancadas a los prosélitos de las guerrillas a través de las "Psí". Nadie puede mentirle a una "Psí".

—Yo no creo esa fantasía —dijo el mariscal Ferda—. Bien podría ser que las guerrillas hubiesen hecho correr ese bulo a efectos de dar la impresión de que pueden recibir refuerzos ilimitados desde el planetillo. No hemos cogido todavía ni un solo guerrillero al que pudiéramos interrogar.

—Sin embargo, se han comprobado secuestros y desapariciones de personas que se supone están en VALERA —dijo Abor.

—Gente que se ha sumado a las guerrillas, o que los guerrilleros han asesinado y hecho desaparecer —dijo el mariscal del aire Ferda.

—¡Ojalá sea como usted dice! Sería terrible que los valeranos pudieran llegar desde el planetillo, desmaterializándose allá y materializándose aquí. Cada uno de esos malditos "trompos" sería como una puerta abierta a la invasión.

Hango Noda escuchó estas palabras y tuvo como una súbita inspiración. Sin embargo, calló.

En el curso del almuerzo Hango Noda se enteró de cosas que todo el mundo ignoraba.

Jefes de gobierno, ministros, senadores y gobernadores, altos cargos de las fuerzas armadas y la policía de todos los países recibían llamadas telefónicas y cartas de las guerrillas conminándoles a dimitir y abandonar el país.

Las guerrillas no amenazaban en vano. En Shirte el presidente del Gobierno voló junto con su automóvil al estallarle una bomba

atómica bajo las ruedas. Dos ministros fueron secuestrados, ignorándose su paradero. En Etornia la cosa fue mucho más sangrienta. El Gobierno en pleno estaba reunido cuando estalló una bomba que mató a todos y voló el edificio. En Kiushu habían sido asesinados el Jefe de Policía y tres ministros. Wora, la capital, estaba sitiada por su propio ejército, esperando nerviosamente el asalto de las guerrillas…

En todas partes empezaban a registrarse dimisiones en masa.

Los políticos amenazados iban a refugiarse en Ankor, donde todos ellos tenían importantes cuentas corrientes.

Y mientras tanto las bases ankoranas eran atacadas y destruidas en todo Uhlan por aquellas misteriosas bombas que nadie había podido ver.

—Debemos tomar decisiones enérgicas —dijo el “Lassyn” con acento irritado—. Si las guerrillas ocupan Wora, arrasaremos esa ciudad con una bomba de hidrógeno.

—Hay cinco millones de habitantes en Wora —apuntó el general Abor mordiéndose los labios.

—Como si hubiera mil. Si no son capaces de rechazar a las guerrillas, ¿para qué les queremos? Y si abren las puertas de su ciudad a las guerrillas, es que todos son traidores y están con los valeranos. Eso servirá de lección al resto del mundo. Que sepan que los que no luchen al lado de Ankor tampoco lucharán contra Ankor.

—Puestas así las cosas, tal vez tengamos que aniquilar a todo Uhlan —dijo Abor incisivamente.

—Abor, ¿qué quiere usted decir? —interrogó el “Lassyn” dejando caer la fría mirada de sus ojos sobre el general.

Abor trató de enmendar su error diciendo:

—Tal como están las cosas no podemos prescindir de nuestros aliados. Un planeta habitado por quinientos millones de ankoranos sería presa fácil para las fuerzas de invasión valeranas. Nosotros solos no podemos cubrir todo el mundo.

—Lo sé. Por eso debemos estimular el celo de los gobiernos y amedrentar a los pueblos más allá de nuestras fronteras. Esas naciones deberán saber que si no resisten a los valeranos serán destruidas por Ankor. En consecuencia, no consentiré dimisiones ni deserciones. Esos cuervos, a los que hemos engordado durante tanto tiempo, deberán mantenerse en sus puestos. Y morir en ellos sí es

preciso.

—Dudo que resistan si no estamos a su lado para alentarles. La ocupación es para mí la única salida posible. El desmantelamiento de nuestras bases ha influido desfavorablemente en el ánimo de nuestros aliados. Piensan que si los ankoranos se van, es porque les abandonamos a su suerte.

—Ya hemos discutido eso. E insisto en la no ocupación. Eso es precisamente lo que los valeranos esperan que hagamos, que dispersemos nuestras fuerzas cubriendo toda la faz del planeta, y de ese modo atacarnos y destruirnos en una guerra de desgaste que no podríamos soportar largo tiempo. Nada de eso. Los uhlanitas tendrán que defender su propio suelo. Les enviaremos armas y les apoyaremos desde el aire con nuestra flota.

Hango Noda se entretuvo contemplando el vuelo de los abejorros y las mariposas del invernadero mientras el “Lassyn” hablaba con sus generales de bases militares, de contingentes de tropas y de flotas siderales.

Casi fue sorprendido cuando el “Lassyn” se dirigió a él:

—Noda, ¿qué demonios ocurre con esa fábrica de vidrio? De seguir así es seguro que nuestro proyecto va a sufrir un considerable retraso.

Noda se excusó en los técnicos que no acertaban a diseñar la nueva maquinaria a la media de las necesidades de la industria.

—Los valeranos llevan fabricando “diamantina” hace siglos. ¿Por qué no recurre a los prisioneros de nuevo? En fin, ya sabe que tiene carta blanca. Hágalo como mejor le parezca.

El “Lassyn” estaba de malhumor y la entrevista resultó más corta que otras veces.

Al abandonar la Casa Azul, cuando descendían las inmensas escalinatas hacia el parque, el general Abor insistió:

—Está equivocado. Más pronto o más tarde nos veremos en la necesidad de ocupar esos países. Si lo hiciéramos ahora nos recibirían como amigos. En el futuro quizá tengamos que luchar para que nos acepten como aliados.

Era la una de la tarde en Neke. En el hemisferio occidental ya era de noche y en Wora anochecía en mitad de una atmósfera tensa. Los carros blindados recorrían las desiertas calles.

A aquella misma hora, densos enjambres de “abejorros” se

elevaban en el aire desde las lejanas montañas que circundaban la llanura de Wora y se dispersaban volando rápidamente en dirección a la capital. Las escuadrillas de “insectos” bajaron a casi el ras del suelo.

El ataque fue violentísimo y se produjo simultáneamente en todo el cinturón que bloqueaba la ciudad. La primera oleada de “insectos” se dirigió contra los carros blindados y los tanques, los vehículos y la artillería antiaérea. La segunda oleada pasó por encima y buscó los cuarteles del Ejército y la Policía, los blindados que patrullaban las calles y los puestos de la guardia alrededor del Palacio Real.

El bombardeo duró dos horas y alcanzó también a los barcos que se encontraban surtos en el puerto, pero respetó en general la industria y las instalaciones portuarias sin causarles daño.

Durante dos largas horas tronaron las explosiones. Varios incendios se levantaban aquí y allá. De pronto cesó el bombardeo y aparecieron las guerrillas, volando rápidamente sobre los tejados gracias a sus “backs”. La resistencia había sido literalmente aplastada y Wora estaba en poder de las guerrillas.

A las siete de la tarde Hango Noda se disponía a comer en su lujoso apartamento de Neke, servido por una doncella shirteciense y un criado alumita. La Televisión Nacional iniciaba su boletín de noticias:

“La ciudad de Wora, capital de Kiushu, fue aniquilada totalmente por la explosión de un ingenio termonuclear”…

Hango Noda quedó aterrado. Casi no se enteró de las razones que el Gobierno de Ankor daba para justificar un acto tan brutal. La razón era, simplemente, que Wora había sido ocupada por las guerrillas.

CAPÍTULO V

LA dura lección de Wora fue un escarmiento que los uhlanitas aprendieron bien. Las ansias de libertad de los pueblos sojuzgados parecieron calmarse de repente, los uhlanitas se negaban a colaborar con las guerrillas, y cada ciudadano se convirtió en un espía receloso dispuesto a denunciar al convecino sospechoso.

Después de lo de Wora hubo como un repliegue general de las guerrillas. Aunque nunca interrumpieron totalmente su actividad, sus acciones eran más aisladas, dirigidas por lo general contra aquellos elementos del gobierno que se identificaban con la política de Ankor.

Los gobiernos también se aplicaron la lección, y a los políticos asesinados sucedieron otros de actitud más moderada y consecuente con los intereses de la nación. Fue así como en el curso de los seis meses siguientes se hizo notar una mayor dureza y una actitud más independentista de las naciones respecto a Ankor.

La propia Ankor contribuyó en cierto modo a esta posición nacionalista al retirar sus delegaciones comerciales y desmantelar sus bases militares. Parecía que Ankor transigía con el movimiento independentista de sus aliados, cuando la realidad era otra. Las máquinas “Karendón” de tipo mediano estaban integrando grandes cantidades de “Karendón” pequeñas, entre éstas las que los valeranos llamaban “despenseras”.

Ankor redujo considerablemente sus importaciones de productos agrícolas, con lo cual se dejó sentir una mayor abundancia de éstos en los países tradicionalmente exportadores. Los precios de estos productos empezaron a bajar. El problema era la falta de dinero para comprarlos. El capital ankorano, que ya había empezado a retraerse, inició la desbandada. Se cerraron minas, acererías, complejos petroquímicos y factorías por doquier. El desempleo alcanzaba cifras jamás conocidas y el hambre, paradójicamente, era

mayor cuando había abundancia de alimentos a precios más bajos.

Mientras tanto, en Neke, el proyecto de las “Karendón” gigantes se atascaba en su mismo gigantismo.

La tecnología ankorana no estaba preparada para alcanzar de un salto los altos niveles de la técnica valerana. De nuevo se tuvo que acudir a los técnicos valeranos que se encontraban entre los 4.300.000 prisioneros.

Remolonamente, siempre bajo coacción, los valeranos vinieron a echar una mano.

Con ocho meses de retraso sobre los plazos previstos, el proyecto se enderezó, y aunque retrasándose siempre, siguió adelante con buenas perspectivas de llegar al final.

El “Lassyn” visitó el enorme complejo industrial, acompañado de su Estado Mayor. El “Lassyn” se mostró satisfecho, aunque no faltaron críticas como la del Mariscal del Aire Erly Ferda, quien dijo:

—Ocho meses uhlanitas son doce meses valeranos, o sea, un año terrícola. En este tiempo, mientras nosotros levantamos esta factoría, los valeranos habrán añadido otros treinta o cuarenta mil cruceros a su flota. En otro años más, para cuando nosotros estemos en condiciones de empezar a fabricar, los valeranos tendrán tantos buques como les quitamos. Tal vez, mientras estamos empeñados en fabricar cruceros STELAR, ellos han desarrollado una nueva arma que deje anticuados e inservibles este tipo de buques. ¿Qué les parece?

El “Lassyn” dijo algo a propósito de los “derrotistas” y urgió a Hango Noda para que acelerara el ritmo del desarrollo del proyecto.

Empezaba a nevar cuando Hango Noda regresó a su casa. El criado le ayudó a quitarse el abrigo y anunció:

—El señor tiene visita. Es una señora que dice fue antigua amiga del señor.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Lauda Conak, señor.

¡Lauda Conak! Hango Noda quedó sorprendido. El corazón se le alegró. Lauda Conak había sido algo más que una amiga; estuvieron enamorados hacía algunos años. Lo lamentable fue que él no lo supiera hasta que terminaron sus relaciones.

Rápidamente se dirigió al salón.

Ankor era un país frío y aunque situada muy al sur, Neke estaba comprendida en esta rigurosa climatología. En la vieja casa donde habitaba Noda todavía funcionaban una de aquellas antiguas estufas de ladrillos refractarios y cristal de cuarzo, tan decorativas y eficientes, aunque consumiendo extraordinaria cantidad de leña.

Lauda Conak abandonó el diván y se puso de pie al entrar Hango.

Era una mujer alta, muy bella, de grandes ojos grises, que vestía el uniforme azul marino con los galones de teniente y el distintivo de maquinista naval. Estaba más delgada y más morena y por primera vez Hango descubrió una ligera arruga cerca de la comisura de la boca.

—¡Lauda, que sorpresa!

Lauda le tendió las manos sonriéndole de una forma peculiar, entre tímida y triste. Hango sintió el frío de las manos de la mujer entre las suyas.

—¿Cómo estás, Hango?

—Ya ves, estoy bien. ¿Y tú?

—No has cambiado nada.

—¿Por qué tenía que haber cambiado? Tienes las manos frías. Tomaremos té muy caliente y licor.

Hango la soltó para llamar al timbre. Bozan acudió y Hango le ordenó traer té y licor. El criado se retiró y Hango regresó junto a Lauda llevándola al diván, donde se sentaron. De nuevo Hango le tomó las manos entre las suyas.

La miraba fijamente, descubriendo en ella señales de cansancio, pequeños pliegues y arrugas en los que se acusaba el paso del tiempo y la huella de penas y decepciones. Lauda era mayor que él por lo menos en seis años, Hango tenía 34, luego ella debía tener 40 y alguno más. Sin embargo, no por ello la encontraba menos bella, sino más bien al contrario.

—Te he echado mucho de menos, Lauda.

—Yo también.

—¿Por qué se malogró lo nuestro? Nunca he podido comprenderlo.

—Tú eras un muchacho lleno de ambiciones y yo un freno para quien tanto deseaba correr. La diferencia estaba en que yo era una mujer madura cuando tú…

—¡Mujer madura, que tontería! ¿Sabías que me embarqué en el asunto del autoplaneta?

—Lo sé todo respecto a ti, Hango. Tú fotografía y tu nombre figura en todas las publicaciones científicas. Director del Centro Experimental de Energía Nuclear…, realizador de las máquinas “Karendón” y responsable del proyecto ARCADIA… Estás en la cumbre, justamente en el lugar donde querías estar.

—Creo que fue allí donde surgieron nuestras diferencias de fondo, ¿verdad? Para mí el planetillo era un reto científico, un mundo nuevo e inexplorado donde todo estaba por descubrir y por conquistar…

—Exactamente era así, Hango. Tú tuviste más imaginación que todos nosotros. Más que yo, por supuesto, para quien toda la felicidad en aquellos momentos hubiera sido casarme contigo.

—¿Dónde estuviste? Al regresar del planetillo te busqué. Estuve en tu casa y me dijeron que te encontrabas en el planetillo cuando los valeranos lo reconquistaron.

—Estaba allí.

—¡Pero se suponía que te habían hecho prisionera!

—Es verdad, los valeranos me capturaron.

Hango la miró sorprendido.

—¡Has sido prisionera de los valeranos!

—Sí.

—¡Imposible!

—Lo fui.

—Estás bromeando.

—No.

—¿Cómo se puede escapar de un planetillo cerrado y viajar cincuenta millones de kilómetros a través del espacio para regresar a Uhlan?

—Es una historia larga de contar.

—Lauda, no te comprendo. ¿Quieres decir que estuviste en VALERA, de verdad?

En este momento regresaba el criado y Lauda hizo una seña imperceptible de advertencia. ¿Por qué? El criado depositó sobre un velador la bandeja con la tetera, las tazas y la botella de licor, acercó la mesita y se retiró.

—Lauda, cuéntame.

En Ankor la mujer era quien solía servir el té. Lauda lo hizo ceremoniosamente, como en un deliberado propósito de retrasar el comienzo de su narración. La mano de Lauda temblaba al tender el platillo, haciendo tintinear la taza.

—Lauda, ¿qué te ocurre?

Lauda, que se disponía a levantar su taza, la soltó de pronto y se cubrió el rostro con las manos echándose a llorar. Hango Noda quedó enormemente sorprendido. Dejó el platillo y la taza en el velador y se acercó a la mujer cogiéndole las manos.

—¿A qué viene esto, Lauda? ¿Es culpa mía?

Lauda apartó las manos y le miró a través de sus lágrimas.

—Es horrible, Hango… ¡horrible! No puedes tener idea de por qué estoy aquí. ¡No puedes saberlo!

—Has venido a buscarme. Tengo la impresión de que, por primera vez desde que nos conocemos, necesitas de mí. Pero no lo sabré si no me lo dices. Lauda, ¿qué te ocurre?

—Soy una mujer despreciable… he traicionado a mi patria, a Ankor —dijo Lauda sollozando—. No me escapé de VALERA, nadie puede escapar de allí. Los valeranos confían en mí…, Yo estuve en lo de Iqua.

—¡En Iqua! —exclamó Hango roncamente—. Dos días antes del ataque de los comandos. ¡Eras tú la mujer que vi en la sala de espera del aeropuerto!

—¿Me viste? —preguntó Lauda dejando de llorar.

—Te acompañaba un oficial de la Astronáutica, un hombre alto y apuesto. Yo iba a tomar la aeronave de regreso a Neke, llegaba con retraso… Pero no pude creer que fueras tú. Sabía que estabas en VALERA. Si no hubiese tenido el tiempo justo para tomar la aeronave, tal vez…

—Era yo. El hombre era el Vicealmirante Miguel Ángel Aznar.

—¡Vicealmirante Aznar! ¿No es hijo del Almirante Mayor del autoplaneta?

—Sí, el mismo. ¡Le odio! —Lauda Conak se cubrió de nuevo el rostro con las manos prorrumpiendo en amargo sollozo.

Hango Noda comprendió que no había fantasía en las palabras de Lauda. Sólo suponerlo habría sido un disparate, pues Lauda siempre se distinguió por su ecuanimidad y temperancia, como una mujer eminentemente práctica, con los pies asentados en el suelo.

Hango se puso en pie, cruzó el salón hasta la puerta y la abrió para asegurarse de que no había nadie escuchando. Cerró de nuevo, echó la llave y regresó al centro del salón, dando la espalda a la gran estufa que ocupaba desde el suelo al techo.

Esta vez, en lugar de hacer preguntas, dejó que Lauda se despachara a su gusto, hasta que agotó sus lágrimas y alargó la mano temblorosa para tomar la taza de té. Sus ojos se mantenían bajos, como avergonzada, y su voz habló con acento monótono:

—Los valeranos me tomaron prisionera cuando viajaba por la autopista con el Coronel Orith en dirección a Nuevo Madrid. Me había ofrecido voluntaria para trabajar en el planetillo, esperando encontrarte allí. En el planetillo me dedicaron al servicio de recopilación de material, en una ciudad llamada Barcelona. Tuve ocasión de examinar una gran cantidad de material, especialmente, fotografías, grabados y restos de filmes rescatados de las ruinas de las ciudades valeranas. Establecí que el lugar donde estaba la Sala de Control era una ciudad muy grande con una plaza monumental en forma de estrella a la que iban a desembocar seis grandes avenidas. Una rampa, desde esa plaza, llevaba a un subterráneo donde debía estar el Centro de Control del autoplaneta. Me dirigía a Nuevo Madrid para investigar en esa ciudad, cuando todavía no sabíamos cuál era su nombre. Un individuo salió a la calzada en la oscuridad y algo ocurrió que hizo que nuestro automóvil se estrellara…

Lauda Conak se interrumpió para tomar un sorbo de té.

—Me llevaron a un sótano bajo un montón de ruinas y me interrogaron a través de una máquina “Psí”. Yo fui el primer uhlanita que los valeranos interrogaron, y por mí supieron todo lo que necesitaban saber. Estábamos en las ruinas del antiguo Hospital General de la Armada, y cerca de aquel lugar había un campamento militar. En ese campamento, toda una División aguardaba a ser materializada por unas máquinas “Karendón”. Los del Hospital llegaron hasta el campamento, excavaron hasta despejar la entrada y pusieron en marcha…

—¿Por qué tardaron tanto en dar señales de vida los valeranos? —interrumpió Hango Noda.

—Es sencillo. No había nadie con vida en el planetillo el día que éste apareció en el firmamento de Uhlan. En su viaje de Atolón a la

Tierra los valeranos fueron desmaterializados en las “Karendón”, pero siempre hubo un grupo de guardia que era relevado cada cierto tiempo. En su viaje de la Tierra a Uhlan…

—¿Luego el autoplaneta sí estuvo en la Tierra antes de llegar a Uhlan?

—Sí. El autoplaneta estuvo en la Tierra, luchó contra los Hombres de Titanio y alcanzó la victoria. Dejó allí una guarnición y la mayor parte de su Armada Sideral y se propuso viajar a través de una región inexplorada que llamaron hiperespacio hasta el otro lado del Universo. En este viaje todos los valeranos fueron desmaterializados en las “Karendón”. El autoplaneta, dirigido por medios automáticos, atravesaría el hiperespacio y se detendría cuando sus vigías robot detectaran la presencia de otros mundos. En ese momento, una señal electrónica partiría de la Sala de Control y haría funcionar las máquinas “Karendón”, que en todo el planetillo restituirían a millones de valeranos…

—¡Fantástico! —exclamó Hango admirado—. Esos valeranos son realmente extraordinarios.

—Pese a todo, algo falló —dijo Lauda Conak—. Se supone que VALERA colisionó con un cuerpo celeste en el momento que estaba desacelerando. El choque produjo el derrumbamiento de todos los edificios y alguna avería en la Sala de Control. La señal que debería haber hecho funcionar las “Karendón” no funcionó. Los ankoranos llegaron al planetillo y lo encontraron deshabitado. Pero después de tanto tiempo, cuando estábamos a punto de descubrir el emplazamiento de la Sala de Control, el azar intervino en un hombre llamado Roerich. Este hombre, el único en todo VALERA que se negó a ser desmaterializado, estaba hibernado en una cripta bajo las ruinas del Hospital General de la Armada. El equipo de hibernación debería haber funcionado por lo menos dos mil años, pero sólo habían transcurrido mil ochocientos ochenta y cinco cuando se averió. Entonces funcionó el equipo de emergencia, que reanimó a Roerich. El hombre salió del sótano por sus propios medios, se vio rodeado de ruinas y se dirigió a Nuevo Madrid, descubriendo que el planetillo había sido invadido por gentes extrañas; nosotros, los uhlanitas. Roerich regresó a las ruinas del Hospital, hizo funcionar la “Karendón” y restituyó al personal médico y auxiliar del Centro…

—Y éstos fueron a poner en marcha la “Karendón” del campamento militar, y los del campamento harían lo mismo con otros campamentos… Es curioso, sí, la forma en que el azar intervino para salvar a los valeranos. La historia habría sido muy diferente si los ankoranos llegamos a ocupar la Sala de Control antes que ellos —dijo Hango Noda con admiración.

Lauda Conak sorbió su té. Pero el té se había enfriado y Lauda dejó la taza en el platillo. Miró a Noda.

—No sé qué hacer, Hango. Necesito que me ayudes —murmuró.

—¿Cuál es la situación? ¿Colaboraste con los valeranos en el ataque a Iqua?

—Sí.

—¿Te mentalizaron a través de sus máquinas “Psí”? ¿Fue eso lo que hicieron contigo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—¿Cómo puede saber cuándo actúa por sí misma o siguiendo los dictados que le han sido impuestos por una “Psí”? Si los valeranos hicieron eso conmigo, tuvieron que hacerlo de una forma muy sutil… ¡diabólicamente sutil! Lo cierto es que simpaticé con ellos. Me trataron con exquisita cortesía, fueron sinceros hasta el punto que una puede creer que son sinceros cuando ha sido mentalizada a través de una “Psí”… ¡No lo sé, Hango!

—¿Te pidieron que colaboraras con ellos?

—Sí. Y lo hice. Creí en ellos.

—Pero has dejado de creer.

Hango Noda clavó sus ojos inquisitivos en Lauda. La mujer negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Todavía pienso que ellos tienen la razón. Pero necesito que alguien me diga si no estoy equivocada. Lo de Iqua me afectó mucho. Supe que hubo millares de víctimas… ¡y esas víctimas fueron ankoranos! Yo ayudé al “trompo” a llegar hasta un lugar seguro… indiqué dónde estaban los cuarteles y las fábricas… serví de espía para averiguar donde estaba la “Karendón”… ¡Me sentí ruin y despreciable, una traidora a mi patria y a mi pueblo!

Lauda Conak borró con el dorso de la mano las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Miró suplicante a Noda.

—Hango, ¿por qué no dices nada?

—Te escucho.

—¡Pero yo necesito que me hables! ¿En qué estamos equivocados? Nos han enseñado que la única raza superior es la ankorana… y nos han mostrado la Naturaleza como ejemplo del drama de la vida, un escenario cruel donde se mata para sobrevivir… donde el pez grande se come al chico… y el hombre se come al pez y lucha con los demás hombres disputando a otras razas el espacio vital. Un mundo donde solamente los fuertes y los audaces logran sobrevivir, ganando en la lucha el derecho a perpetuar su especie. Los valeranos dicen que esa filosofía es falsa en lo que respecta al hombre. Pero ellos mismos, en su trayectoria histórica, han sido víctimas y han hecho víctimas a otras razas de la ley implacable de la lucha por la vida. ¿Quién está equivocado? ¿Lo sabes tú?

—Nosotros estamos equivocados, Lauda —repuso Hango Noda con voz grave—. Si esa ley tuvo su validez en el crepúsculo de los tiempos el hombre, en su constante progreso, ha alcanzado metas desde las cuales le es posible contemplar la vida bajo otras perspectivas. Si nuestra filosofía pudo ser válida todavía ayer, con las máquinas “Karendón” todo se ha venido abajo. Ya ni siquiera necesitamos matar a los animales ni sacrificar a los vegetales para alimentarnos. Las “Karendón” son la respuesta a esa búsqueda del hombre de un medio que le permita subsistir sin sacrificar las vidas de otros seres. Ya no hay pretexto que justifique la aspiración ankorana a erigirse en único dueño del mundo. Eso es absurdo y siempre lo fue. Empeñarse todavía en aplicar esa filosofía es cosa de locos. Todas las razas podemos convivir en Uhlan. Los ankoranos no somos superiores a los demás. Si esa ley implacable de la supervivencia tuviéramos que aplicarla a nosotros mismos, ¿cuál sería el futuro de los ankoranos? Los valeranos deberían aniquilarnos y ocupar nuestro lugar, ya que ellos son más fuertes y más inteligentes que nosotros.

—¡Hango, me sorprendes! ¿Cómo puedes hablar así?

—¿No es lo mismo que piensas tú?

—Mi caso es distinto, he sido mentalizada…

—No, Lauda. Los valeranos no te mentalizaron. Nuestra coincidencia de criterios es el resultado natural de una especulación

profunda en nuestro propio ser. El ser humano, a diferencia de los animales, posee en sí mismo el discernimiento necesario para distinguir entre el bien y el mal. Eso es algo que el hombre puede hacer por sí solo… cuando no hay por medio máquinas “Psí” ni mentes retorcidas para manipularlas. Los ankoranos debemos parecerles demonios a los valeranos. Y lo somos, sólo que no por nosotros mismos, sino porque una pandilla de locos han querido hacernos así. Lo absurdo, en nuestro caso, es que unos pocos locos hayan podido volvernos locos a todos.

—¿Pero qué se puede hacer contra eso? ¿Qué podemos hacer tú y yo? No se puede aniquilar a quinientos millones de seres porque estén equivocados. A los locos se les cura, no se les mata.

—Esa es la respuesta. Ankor necesita ser sometido a una curación masiva.

—Pero Ankor lo ignora y luchará resistiéndose a ser curado. Lo peor de los locos es que ignoran su enfermedad.

—Dime la verdad, Lauda. ¿Por qué estás aquí?

Lauda Conak inclinó la cabeza, como reflexionando.

—No lo sé, Hango. Vine con una misión… una misión que nunca pensé cumplir; asesinarte.

—¿Tenías que asesinarme? —preguntó Noda entre sorprendido y divertido—. ¿Por qué?

—Porque eres un personaje importante, el hombre que más sabe de las “Karendón” en Uhlan. El Servicio de Información valerano sabe que estáis construyendo un gigantesco complejo industrial en Neke, destinado a fabricar cruceros de la serie STELAR por el sistema integral. Sabemos que eres el cerebro y alma de ese proyecto…

—Y pensaron que asesinándome el proyecto sufriría un retraso, ¿no es eso?

—A decir verdad fue mía la idea. Yo necesitaba encontrar un pretexto para que me enviaran a Ankor. Después de lo de Iqua estaba decidida a abandonarles.

—¿Has acudido a la policía?

—No.

—¿Te ha reconocido alguien en la ciudad?

—No lo creo.

—Bien está, la Policía puede esperar. Te quedarás conmigo esta

noche. Ordenaré que nos sirvan la comida.

Hango se dirigió hacia la puerta.

—Hango —dijo Lauda Conak. Él se volvió a la mujer e hizo una mueca—. No deseo ver a la policía.

—Es lo que me figuraba —repuso Hango. Y descorrió la cerradura para abrir la puerta.

* * *

El estado policíaco de Ankor solía retribuir espléndidamente a los hombres inscritos en el Sistema. Hango Noda había ahorrado en sólo un año lo suficiente para comprar un caserón que había sido en otro tiempo un palacio.

En el lujoso comedor, separados por todo el largo de la mesa y en presencia de Bozan, el criado alumita, Lauda y Hango hablaron poco y solamente acerca de trivialidades. Después de comer regresaron al salón para tomar el té y los licores, reanudando la charla y sin prestar atención al programa de la televisión.

Hango preguntó a Lauda cómo había llegado hasta Neke.

—Volé desde la isla de Tuarumber hasta Soviz. En Soviz saqué pasaje en avión hasta Neke.

—Tal vez no hice correctamente la pregunta. ¿Cómo llegaste desde VALERA a Uhlan?

—Di el “salto”.

—¿El qué?

—El “salto”, es como los valeranos han dado en llamar a su nueva forma de viajar. Es sencillo, pero había que inventarlo y ellos lo hicieron. Una es desmaterializada en una “Karendón” en VALERA, y los datos que figuran en la cinta perforada son enviados por radio a través de un aparato especial a la “Karendón” que se encuentra en alguna parte de Uhlan. Aquí la “Karendón” reproduce una cinta perforada idéntica a la que está en VALERA, y sobre esa cinta te restituye la máquina… ¡y ya estás en Uhlan! Rápido, simple, cómodo y seguro. No existe riesgo alguno, en el supuesto de que algo andara mal la “Karendón” del planetillo te recupera.

—¿De manera que es así como lo hacen? —Exclamó Hango Noda admirado—. Cada uno de los “trompos” que los valeranos hicieron llegar hasta Uhlan llevaba a bordo una “Karendón” de ese

nuevo tipo, ¿es cierto?

—Sí.

—Y, naturalmente, el sistema funciona igual a la inversa pudiendo transferir a cualquiera desde una “Karendón” situada en Uhlan a VALERA. Como dijo el general Abor; cada uno de esos “trompos” es una puerta abierta a la invasión. ¿Es así como se proponen invadimos los valeranos?

—Sí. Y será terrible. Cada día llegan a VALERA unos mil hombres procedentes de todos los países de Uhlan. Los reclutan las guerrillas entre los descontentos. Hay actualmente millones de uhlanitas sin trabajo. Son gente que padece hambre, y por lo tanto fáciles de convencer. En VALERA son mentalizados por las máquinas “Psí” y cada uhlanita se convierte en un enemigo feroz de Ankor. Cuando las “Karendón” empiecen a vomitar soldados no habrá fuerza capaz de detener la ola de odio que va a caer sobre Ankor. ¡Porque esta vez la invasión será en el mismo Ankor!

—Me sorprende oírte decir eso. Tenía entendido que la táctica de los valeranos consistía en levantar a todo el planeta en contra nuestra y aislarnos antes de atacar directamente a Ankor.

—Ese era, en esencia, el plan primitivo. Pero los valeranos no conocían a los ankoranos. Después de lo de Wora, los jefes de las guerrillas viajaron a VALERA para exponer su punto de vista al Estado Mayor. Los valeranos admitieron que no podían ir liberando ciudades, si a continuación cada una de estas ciudades era borrada del mapa por los ingenios nucleares de Ankor. El Estado Mayor valerano hizo sus planes contando en que Ankor se apresuraría a ocupar militarmente los países donde se iba registrando cierto auge de las guerrillas. De haber ocurrido así, Ankor se habría visto obligado a dispersar sus fuerzas, llevando sus unidades donde las guerrillas podían atacarnos fácilmente. Ankor no cayó en la trampa y ahora los valeranos se plantean seriamente la necesidad de atacar directamente a Ankor.

Hango Noda pasó a referir a Lauda cómo había sido la iniciativa personal del “Lassyn” a castigar a Wora con el aniquilamiento, para que sirviera de ejemplo al resto de las naciones.

Mientras Hango hablaba Lauda Conak daba cabezadas de sueño. Hango se levantó, la cogió de una mano y dijo:

—Vamos a acostarnos, estás cansada.

Una vez en el dormitorio, Lauda se dejó desnudar y llevar a la cama sin remilgos. Para Hango Noda esta noche era un revivir de recuerdos y pasadas experiencias. Tenía la misma ilusión y puso en el acto sexual la misma pasión que la primera vez que Lauda se le entregó. Pero algo había cambiado. El hermoso cuerpo femenino era como una estatua de hielo en sus brazos. Hango reprimió su fogosidad pensando “está cansada, mañana será distinto”. Y la dejó dormir.

Cuando Hango despertó a la mañana siguiente Lauda ya se había levantado. Estaba envuelta en una bata, precisamente una de sus batas que Hango había conservado como recuerdo, mirando a la calle a través de las hojas de la persiana. Hango intentó llevarla a la cama entre risas y bromas, pero ella le rechazó con energía.

—No, Hango. Debí habértelo dicho anoche. Después de ti ha habido otro hombre.

Sentados en el borde de la cama, Hango Noda aflojó la presión de sus brazos. Ella se soltó, se puso en pie y regresó a la ventana, dando la espalda a Hango.

—Si no hubiese sido tan presuntuoso me habría dado cuenta. Me dije “está cansada”, cuando lo que ocurrió en realidad era que ni siquiera pensabas en mí —dijo Hango con amargura.

—Lo siento, Hango.

—Es lógico. Yo te abandoné cuando me necesitabas. No tenía derecho a esperar que mantuvieras vivos los rescoldos de nuestro amor. ¿Quién es él?

—¡No es nadie, eso terminó! —contestó Lauda secamente.

Se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta echando el pestillo.

Hango buscó su bata, se envolvió en ella y se acercó a la ventana para levantar la persiana. Estaba nevando. La luz del día se abría paso penosamente a través del cielo encapotado.

Entonces lo vio. Era un abejorro negro brillante, pegado al empañado cristal, por el lado exterior de la ventana. Los pequeños ojillos, como cabezas de alfileres, parecían contemplarle fijamente…

Ankor era un país demasiado frío para esta clase de insectos. ¿Cómo vendría a parar aquí ese animalito? Hango recordó los abejorros del invernadero del “Lassyn”, Allí los insectos vivían en un clima apropiado. Éste, en cambio, no tardaría en morir aterido

de frío. ¡Pobre bicho!

De nuevo se vio pensando en Lauda. No sentía rencor contra ella, sino pesar por sí mismo. La echó mucho de menos mientras estuvo en VALERA, y al regresar a Neke fue a buscarla con ilusión. Tero no la encontró. Bien, ¿y ahora? ¿Por qué vino a buscarle? ¿Hasta dónde era creíble la historia que le contó? Y si era verdadera, ¿cómo fueron tan ingenuos los valeranos en dejarla marchar?

En todo el tiempo que llevaba trabajando en las "Karendón" no había faltado un solo día al trabajo. Hango pensó que hoy era una buena ocasión para excusarse por teléfono y quedarse en casa y seguir charlando con Lauda…

De nuevo Lauda. ¿Qué pensaría hacer? ¿Iba a presentarse a la Policía para informar de todo lo que sabía acerca de los planes de los valeranos? ¿Lo haría aun a riesgo de tener que declararse culpable de colaborar con el enemigo en el ataque a Iqua?

Hango salió de la habitación para dirigirse a otro cuarto de baño (había ocho en la casa). Cuando regresó más tarde, encontró a Lauda totalmente vestida, de cara a la ventana, contemplando al aterido e inmóvil abejorro.

—¿Por qué vas vestida así? —le preguntó Hango.

Lauda Conak se volvió y le miró largamente con las manos a la espalda. El severo uniforme de la Marina le hacía más delgada y alta.

—Hango, hemos hablado largamente de mí. ¿Pero, cuál es tu parecer acerca de todo este asunto? Me refiero a la disputa entre Valera y Ankor.

—¿Para qué quieres conocer mi opinión? ¿Tal vez porque no estás demasiado segura de tus propias convicciones?

—¿Crees que no lo estoy?

—Creo que tienes un problema de conciencia, Lauda. Después de lo de Iqua te sentiste culpable. Cerca de cuarenta mil personas murieron en aquel ataque, y la vida de esas víctimas pesa sobre ti. ¿Es cierto?

Lauda Conak no contestó y Hango prosiguió mientras se vestía:

—Yo también estuve en Iqua al mismo tiempo que tú. Habíamos construido una "Karendón" grande en el solar de un astillero que antes ocupaba a seis mil obreros extranjeros. La "Karendón" dejó

sin trabajo a esos hombres. ¿Sabes lo que hicieron los ankoranos con ellos? Los empujaron como un rebaño dentro de la "Karendón"… ¡y los volatilizaron! Algunos de los que estaban allí lo consideraron un medio limpio y aséptico de asesinar a una multitud sin mancharse las manos de sangre. Nadie se preguntó si era lícito aquel asesinato, incluso hubo quien lo justificó asegurando que más o menos hacíamos un favor a toda aquella gente. ¡Pero esa gente no quería que le prestaran tal favor! Aquel día me prometí que jamás volvería a construir una "Karendón", al menos hasta en tanto los ankoranos no aprendieran a utilizarlas como era debido. ¡También sentí pesar sobre mi conciencia la vida de aquellos desdichados, puesto que yo era el hombre que construyó la "Karendón"!

Hango Noda siguió vistiéndose y Lauda contemplándole en silencio. Hango continuó:

—Honradamente confieso que detesto este país. Puede que el país no tenga la culpa, sino que la culpa sea de quienes hicieron de nosotros un pueblo sin alma. Pero incluso pongo en duda que las "Psí" sean las únicas culpables. Alguien programó a las "Psí", porque las máquinas no se aleccionan solas. Antes de las máquinas "Psí" ya éramos como somos. Está en nuestro carácter. Tenemos la rara aptitud de ensuciar todo cuanto tocamos. Presumimos de ser una raza de astutos comerciantes, pero antes de eso fuimos piratas. Nuestros barcos de remo saqueaban las costas y las ciudades del litoral de los países sureños. Traficamos con los esclavos. Inventamos el dinero. Durante siglos hemos esquilmado, engañado y traicionado a nuestros vecinos… Extendimos nuestras fronteras hacia el sur, unas veces comprando a bajo precio, otras por la imposición de la fuerza. Cinco veces promovimos guerras en las que el mundo se unió para derrotarnos. Pero nos cobramos bien esas derrotas. Impusimos el desarrollo industrial, la era tecnológica, la llamada sociedad de consumo… Lo que no pudimos lograr por el peso de las armas lo hemos conseguido con el peso del oro. Manejamos este mundo a nuestro antojo. Hemos comprado gobiernos, nuestros agentes secretos han asesinado, han derribado o impuesto regímenes según nuestra conveniencia, han sobornado lealtades, han provocado guerras en las que nos enriquecíamos vendiendo armas a los dos bandos. Hemos tenido sometido al planeta con el terror de nuestros ingenios nucleares. Inventamos las

“Psí” y las utilizamos para convertir a los hombres en ovejas. Hemos construido las máquinas “Karendón” y nos las reservamos para nosotros en contra de los demás. Incluso pese a las “Psí”, el mundo nos detesta. Decimos que nos envidian, pero no es esa la verdadera razón.

Hango Noda se puso en pie para ponerse los pantalones con tirones bruscos, que evidenciaban su cólera.

—¿Quieres saber lo que pienso de los valeranos? —continuó Hango—. Creo que merecemos que nos den una lección. También los valeranos utilizan las “Psí” para educar a su gente. Como la energía nuclear y las “Karendón”, las máquinas “Psí” son un gran invento cuando se utilizan correctamente. Ellos pudieron haber formado una nación de autómatas. Sin embargo, fueron respetuosos con su pueblo. Permitieron que cada individuo conservara sus rasgos característicos, los que le son propios y le vienen heredados de su ascendencia, los que forman su personalidad y su carácter. Los valeranos han conseguido así una nación de auténticos hombres libres, felices y generosos. ¿Por qué los ankoranos no podemos ser así?

—Los ankoranos también son un pueblo feliz —argumentó Lauda Conak.

—Felices a pesar suyo.

—Bien, a pesar suyo.

—Y a costa de los demás habitantes del planeta. ¿Qué legitimidad tiene una felicidad que impone el sacrificio de la libertad, incluso la vida de los demás pueblos? Y entonces volvemos a lo mismo; la lucha por el espacio vital, el derecho de las razas superiores a dominar y exterminar a las razas inferiores. ¿Quién cree en esas tonterías? Si los ankoranos aceptamos esa ley bárbara, entonces deberemos atenernos a las consecuencias y dejarnos someter por los terrícolas. Ellos son superiores a nosotros.

—Tú eres ankorano, igual que yo. ¿Lucharías contra tu propio país?

—No lucho contra mi país, sino contra un estado de cosas que en conciencia creo que deben y pueden ser mejoradas. La guerra es inevitable, en tanto y en cuando la oligarquía que dicta nuestros destinos no renuncie a sus absurdas ideas. Y no renunciarán. Pero Ankor sobrevivirá a esta guerra, y algún día los ankoranos

conocerán la verdad y se horrorizarán de sus propios actos. ¿Responde esto a tus propias dudas? —acabó preguntando Hango.

Lauda Conak asintió moviendo la cabeza.

—Sí, y te agradezco que me hicieras este favor. Ayer no sabía qué hacer. Tú has aclarado mis ideas.

—¿Regresarás a VALERA?

—¿Regresar? ¡Oh, no! —protestó Lauda—. Mi comando está aquí, en Neke.

Hango Noda pegó un respingo.

—¿Los valeranos están en Neke? ¿Cómo consiguieron llegar hasta aquí?

—¿Qué importa eso? No necesitas saberlo.

—Lauda, dime. ¿En qué me has mentido? —Exigió Hango mirándola con severidad—. Dijiste que venías a cumplir una misión específica… asesinarme.

—Tu nombre figura en la lista de los personajes de relevancia que los comandos se proponen asesinar. No te mentí en eso. Lo supe y rogué al Vicealmirante Aznar que me permitiera venir a sondear tu estado de ánimo. En realidad he resultado sorprendida. En lugar de convencerte, has sido tú quien me ha convencido a mí. Ayer mi lealtad a la causa de los valeranos estaba a punto de naufragar. Tú me salvaste… y te salvaste a ti mismo.

—¿Habrías ido a la policía para denunciar a tus aliados?

—Nunca se me ocurrió tal cosa. Aunque hubiese querido no habría podido hacerlo. Ellos no me lo hubieran permitido. Yo te conté toda la verdad para que tú decidieras por los dos. Si hubieses salido de tu casa para ir a la policía, si hubieses tomado el teléfono… tú y yo habríamos muerto al mismo tiempo.

Lauda Conak se volvió y señaló al abejorro que seguía pegado a los cristales por la parte de afuera de la ventana.

—¿Ves ese insecto? Nos ha estado vigilando todo el tiempo desde que llegué a tu casa.

Hango Noda sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Ese insecto es?…

—Es una bomba. Sus ojos son dos cámaras de televisión en miniatura que envían imágenes al centro de control. Desde el control, apretando un botón, pueden hacer estallar el abejorro, que es de “arokalina”, y volar todo el edificio.

Hango se dejó caer sentado en el borde de la cama. Las rodillas le temblaban sólo de pensar que en cualquier momento el diabólico "insecto" pudo haberle hecho pedazos en una explosión semejante a la de quinientos kilos de trinitrotolueno.

CAPÍTULO VI

DESDE el mirador acristalado del salón, Lauda Conak y Hango vigilaban la plaza a través de los visillos. El negro “abejorro” se había instalado en uno de los adornos de hierro forjado de la parte superior del mirador, desde donde podía vigilar simultáneamente la plaza y lo que ocurría en el interior del salón.

Hango no se cansaba de admirar el “insecto”. ¡Una máquina tan perfecta en sólo tres centímetros de longitud!

Lauda Conak le había descrito el funcionamiento del “abejorro”. Éste estaba hecho de “dedona” (arokalina), del cual utilizaba sus propiedades antigravitacionales y su inmunidad bajo los rayos desintegradores, que los valeranos conocían con el nombre de “Rayos Z”.

Los ankoranos, al igual que los valeranos, utilizaban las ondas energéticas para transmitir a distancia la electricidad sin necesidad de cables transportadores. El “abejorro” llevaba un receptor de ondas energéticas, las cuales transformaba en electricidad. El “abejorro” se sostenía en el aire gracias a la propiedad de la “dedona” polarizada, y se servía de sus cortas y robustas alas, accionadas por un vibrador eléctrico, para moverse y dirigirse en el aire. Los ojos del insecto eran dos diminutas cámaras de televisión que enviaban imágenes en color y relieve al centro de control. Desde el centro de control el abejorro era dirigido al objetivo y hecho detonar por una señal de radio.

Ésta era el arma que los comandos valeranos utilizaron en Iqua, la misma que usaban las guerrillas para llevar a cabo sus actos terroristas.

Antes de desayunar Lauda Conak escribió un mensaje en un papel y lo puso ante los ojos del “insecto”.

—El Vicealmirante Aznar lo leerá en su pantalla de televisión y vendrá —dijo Lauda destruyendo el mensaje.

—El “abejorro” estaba allí desde anoche, ¿no es cierto?

—Me siguió.

—O sea, nos estaban espiando cuando…

—La persiana estaba echada. Yo la entreabrí al levantarme para comprobar si el “abejorro” estaba ahí.

—Si la persiana estaba echada y no nos veía, no pudo haber impedido que yo llamara por teléfono a la policía, ¿verdad? ¿O es que el insecto escucha también?

—No escucha. Pudiste haber usado el teléfono. Pero la casa habría volado con nosotros si la policía hubiese acudido a buscarme. Y el “abejorro” nos hubiera destruido si hubiésemos intentado huir.

—¿Hasta qué punto confían en ti los valeranos?

—No mucho en esta ocasión. Es más, creo que Aznar adivinó mi estado de ánimo y quiso ponerme a prueba.

—¿Aznar, es el Vicealmirante Aznar?

—Sí.

—¿El que tú odias? —Hango vio cubrirse de rubor las mejillas de Lauda—. ¿Es el Vicealmirante el hombre que amas?

—Esto terminó —repuso Lauda ásperamente. Y a continuación añadió rencorosamente—. Sólo fui un juego para él… una experiencia sexual con una mujer de otra raza. Todo empezó en Iqua. Fuimos allí para averiguar cuántos prisioneros había en la fortaleza y nos alojamos en un hotel haciéndonos pasar por marido y mujer. Era una situación excitante, yo también sentí curiosidad por saber cómo amaban los terrícolas… pero me enamoré de verdad, aun a sabiendas que no había futuro para nuestras relaciones. Una hembra uhlanita no puede ser fecundada por un hombre de raza terrícola, ¿lo sabías?

—Sí.

—Fue una locura, un disparate…, la clásica pasión de una mujer madura por un joven apuesto y guapo. Aznar tiene veintiséis años… ¡años terrícolas, que son mucho más cortos que los nuestros! Pese a todo me sentí furiosa, despechada… Ayer estaba dispuesta a denunciar al comando para vengarme. Fue un sentimiento mezquino y despreciable.

Hango Noda no hizo ningún comentario.

Seguía nevando con intensidad. Un taxi amarillo llegó moviendo

sus grandes ruedas sobre la nieve acumulada en el asfalto y se detuvo ante la casa. Un hombre se apeó del automóvil llevando una maleta negra.

—Es él —dijo Lauda Conak.

—Espera aquí, yo saldré a recibirle —dijo Hango.

Bajó la gran escalinata de mármol y llegó al vestíbulo en el momento que el criado abría la pesada puerta. Un hombre alto, vestido con un abrigo de pieles y un gorro peludo, entró y se detuvo ante Hango. Era muy joven, de rostro agradable.

—¿El Vicealmirante Aznar? —preguntó Hango en castellano.

—Sí —dijo Miguel Ángel Aznar en ankorano.

—Deje ahí la maleta. Bozan, toma el abrigo del señor.

Después de dejar el abrigo y el gorro en poder del criado, el Vicealmirante siguió a Hango Noda por la escalera. A su vez Bozan les siguió llevando la maleta negra. En el salón, Aznar dirigió una débil y forzada sonrisa a Lauda Conak.

Hango Noda ordenó al criado que se retirara, lo cual hizo el alumita después de dejar la maleta junto a la pared. Hango le siguió y echó la llave a la puerta, regresando después al centro del salón.

—El profesor Noda está dispuesto a colaborar —anunció Lauda señalando a Hango—. Él dirige el proyecto ARCADIA, pero está retrasando el programa en la medida que le ha sido posible. Ankor no conseguirá fabricar cruceros STELAR antes de dos años.

Los ojos del Vicealmirante Aznar se clavaron en el rostro de Hango Noda. Luego le habló en castellano:

—Me gustaría aclarar la posición de Valera respecto a Ankor. Los valeranos no tenemos aspiraciones territoriales sobre Uhlan, estamos aquí de paso y nos marcharemos tan pronto hayamos rescatado nuestros prisioneros. Esto, sin embargo, no es todo. Ankor tendrá que devolvernos nuestra Armada Sideral y acceder a un desarme nuclear. La razón es muy simple, queremos asegurarnos de que Ankor no continuará su política de chantaje tan pronto les hayamos dado la espalda. Respecto a las “Karendón”, no pretendemos rescatar las que nos quitaron ni privarles a ustedes de las que han construido. Los valeranos, al contrario, deseamos que todos se beneficien de esa fuente inagotable de riqueza. Los valeranos creemos tener derecho a fiscalizar este reparto de riqueza, puesto que las “Karendón” fueron nuestras y nos fueron robadas.

Una reeducación del pueblo ankorano sobre bases más humanas y generosas sería recomendable, pero en eso no vamos a presionarles. En el nuevo orden que aspiramos a instituir en Ankor, serán los propios ankoranos quienes decidan su futuro.

—Sus condiciones son razonables —contestó Hango Noda—. En lo que a mí respecta, sólo espero que ese nuevo orden incorpore los elementos esenciales de justicia para aproximamos a una sociedad del tipo de la propia sociedad valerana.

Hango Noda tendió su mano, al estilo del saludo terrícola, y el Vicealmirante Aznar se la estrechó con energía.

En la conversación que tuvieron a continuación, el Vicealmirante Aznar expuso con claridad los proyectos de VALERA respecto a Ankor.

Después del bombardeo y destrucción de Wora, se hizo evidente que la táctica de aislar a Ankor no daría resultado. Era necesario atacar a Ankor en su propio territorio nacional, destruirle y obligarle a capitular.

—Hemos desarrollado una nueva arma —dijo el Vicealmirante Aznar—. Un arma tan poderosa que puede destruir totalmente incluso a un crucero sideral de la serie STELAR. En un año tendremos tantos cruceros como Ankor, y a partir de ese momento, por cada día que transcurra, tendremos cien más. Cuando se enfrenten las escuadras, la armada de Ankor quedará reducida a pedazos.

VALERA no tenía un ejército autómata para proceder a la invasión de Ankor, pero disponía de un número ilimitado de uhlanitas dispuestos a luchar. Cada día, desde todas las partes del mundo, las “Karendón Traslator” remitían al planetillo más de un millar de uhlanitas de todas las nacionalidades. En VALERA estos contingentes eran mentalizados en las máquinas “Psí”, y a continuación se les instruía en el manejo de las armas de “luz sólida”, las armas miniatura y el vuelo individual con el “back”.

Los valeranos confiaban en no tener que utilizar estas tropas como fuerza de choque. Obtenida la superioridad en el aire, la Armada Sideral Valerana atacaría las ciudades ankoranas. Les bastaría a los valeranos utilizar los “Rayos Zeta” desintegradores de metales para reducir a ruinas las poblaciones y la mayor parte del armamento de Ankor. El ejército que se estaba adiestrando en el

planetillo serviría de fuerza de ocupación. Los ankoranos serían reducidos y reeducados en las máquinas “Psí” sobre programas preparados en VALERA.

—Las perspectivas no son muy alentadoras, lo sé —terminó diciendo el Vicealmirante Aznar—. Pero es así como ocurre siempre. El vencido tiene que pagar el precio de la derrota. En mi pueblo tenemos un proverbio, dice así: “Quién siembra vientos recoge tempestades.” Ankor se ha merecido el odio de todo Uhlan.

—Creo que usted espera algo de mí, Vicealmirante. ¿Qué puedo hacer? —preguntó Hango.

—Verá usted, profesor Noda, sería lamentable que para reducir a Ankor tuvieran que sacrificarse millones de vidas, tanto valeranas, como uhlanitas y en la propia Ankor. Tenemos previsto un plan de secuestros de personajes importantes. Personas como usted, ministros y altos mandos del Ejército y la Armada de Ankor, a quienes trataríamos de convencer de las rectas intenciones de los valeranos para que se dirigieran por televisión al pueblo ankorano y le hablaran con sinceridad.

—No creo que tuviéramos éxito, Vicealmirante —dijo Hango sacudiendo la cabeza—. Contra todo lo que estos personajes pudieran decir, se levantaría la voz infundiosa de la propaganda estatal acusándonos de haber sido mentalizados por ustedes. Nadie creería en estos portavoces de sus intenciones… aparte de que, en verdad, la mayoría de nosotros tendríamos que ser mentalizados en las “Psí” para hacernos cambiar de manera de ser.

—¿Es posible que no haya nadie en Ankor como usted, o como la señorita Conak? —exclamó el Vicealmirante.

—Quizá encontráramos alguno. ¿Pero, cómo dar con ellos? Los tipos como yo solemos escondernos. Somos sagaces, desconfiados, y jamás nos quitamos la careta. No podemos manifestarnos en nuestra auténtica personalidad, pues de hacerlo podría costamos la vida… o, en el mejor de los casos, nos harían un lavado de cerebro para despojarnos de nuestras ideas absurdas.

—Comprendo —dijo el Vicealmirante asintiendo—. Es una pena que tengamos que recurrir a la guerra con todas sus consecuencias. Será un camino largo y doloroso para todos.

—Lo sé, Vicealmirante —dijo Noda—. Honradamente, no creo que exista otro camino.

El joven Vicealmirante guardó silencio. Noda abrió la puerta y llamó a Bozan para que sirviera té y licores. Poco después, mientras tomaban el té, el Vicealmirante Aznar dijo:

—En nombre del Almirante Mayor, le invito para que venga a VALERA y sea nuestro huésped.

El ofrecimiento sorprendió a Noda.

—¿Quieren que vaya a su planetillo?

—Cuando Ankor sea derrotado, mientras se procede a reeducar a su gente, se producirá un vacío de poder. Necesitamos de hombres como usted para que en su día asuman las funciones de gobierno que serán indispensables para reorganizar su país.

Hango Noda miró sorprendido a Lauda y ésta asintió con silencioso movimiento de cabeza.

—¿Hay alguien que quiera llevar con usted? —preguntó el Vicealmirante—. ¿Algún pariente? ¿Tal vez un amigo de confianza?

—No tengo parientes —dijo Noda con amargura—. Como la inmensa mayoría de los ankoranos, no tengo padres. Mi padre y mi madre fueron el Estado. Mi huevo se incubó en un establecimiento del Estado. El Estado me cuidó, me alimentó, me vistió y me educó para ser un ciudadano paciente y disciplinado. Tal vez sea esa una de las razones por las que resulta difícil encontrar en Ankor individuos desviados de los principios fundamentales… como yo. Pero ya que lo dice usted, sí hay un hombre que me gustaría llevar conmigo al autoplaneta. Se trata del General Abor. No es exactamente un amigo. Pero es un hombre honrado y podría ser útil a Ankor en ese futuro tan prometedor como lejano. Seguramente habrá que secuestrarle.

—Le secuestraremos —dijo el Vicealmirante Aznar. Luego añadió—: También a los padres de la señorita Conak.

—¿Por qué a mis padres? —protestó Lauda—. Ellos no te lo agradecerán.

—Cuando regresemos a VALERA pienso utilizarte para una campaña psicológica dirigida a Ankor. Aparecerás en la Televisión de los ankoranos y les hablarás en su idioma. No podría hacerlo si tu familia sigue aquí. La policía podría tal vez tomar represalias en ellos.

—¿Hasta cuándo crees que vas a poder utilizarme a tu antojo? ¡No soy tu esclava!

—¿Prefieres que te dejemos en Neke? —sugirió Aznar.

—No me dejarías aunque te lo pidiera. Sé demasiadas cosas. Probablemente lo último que harías, antes de “dar el salto”, sería enviar contra mí uno de tus malditos “abejorros”.

Sin hacerle el menor caso, el Vicealmirante Aznar trasladó la maleta que había traído consigo abriéndola sobre el velador, de donde Noda quitó el servicio de té.

Al abrir el Vicealmirante la maleta, Noda vio que la tapa era una pantalla de televisión, y el fondo estaba ocupado por una batería eléctrica y un mando de control a distancia.

—Vamos a volar sobre la ciudad para que usted señale el domicilio del General Abor, su oficina y cualquier lugar que suela frecuentar. Le mostraré cómo se maneja esto —dijo el Vicealmirante Aznar.

Noda tomó asiento en el diván junto al valerano, ante la pantalla de televisión, y con muy pocas instrucciones, aprendió a manejar los mandos. Éstos consistían esencialmente en una pequeña caja de plástico en la que iba insertada una palanquita vertical, pudiendo moverse en todos sentidos. Moviendo la palanca hacia adelante el “abejorro” volaba en línea recta, a tanta mayor velocidad cuanto más se empujaba el mando hacia adelante. Moviendo la palanca hacia atrás el “abejorro” se detenía y volaba hacia atrás. Para llevarlo a la derecha se empujaba la palanca hacia ese lado, y lo mismo para llevarlo a la izquierda.

Un botón lateral servía para regular la altura de vuelo.

Fue una curiosa experiencia para Hango Noda dirigir aquel insecto mecánico diminuto, volando sobre los tejados de la ciudad. Aunque la visión era más reducida, uno creía estar tripulando un rápido y ágil helicóptero.

Después de llevar el “abejorro” hasta el domicilio del General Abor, el Vicealmirante Aznar rogó a Noda que lo llevase a explorar la Casa Azul, el soberbio palacio de mármol, residencia del Canciller (“Lassyn”) Grume Bludel.

Volando entre la nieve que seguía cayendo, el “abejorro” pasó sobre el palacio y descendió sobre el enorme parque. El Vicealmirante tomó los mandos para guiar al insecto mecánico y hacerlo parar pegado a los cristales del invernadero.

El “Lassyn” estaba almorzando con el General Abor y dos de sus

ministros. Noda señaló al General Abor. El Vicealmirante tomó un par de auriculares con micrófono, se los caló y habló con alguien situado en algún lugar desconocido por Noda.

El Vicealmirante se limitó a decir: "Fíjense en el hombre de mejillas hundidas y cabello ralo. Es el que vive en la casa número ciento veinte que vimos en primer lugar."

Hango miraba como fascinado a la pantalla.

—Supongo que si quisiéramos, podríamos volar el invernadero con esa miniatura mecánica.

—Sólo apretando ese botón —señaló el valerano. Y después de una pausa—. ¿Lo haría usted?

Hango Noda tuvo que retroceder en el recuerdo hasta la escena de la "Karendón" gigante de Iqua, y escuchar de nuevo la voz airada del Brigadier Juson diciendo: "¿Quién lo ordena todo en este país?"

—Es un asesino —murmuró—. Pero no me atrevería.

—Alguien lo hará por usted. Pero no ahora —dijo Aznar.

Hango Noda entendió el sentido de la amenaza, pero no hizo preguntas.

* * *

En mitad de una intensa nevada, un taxi amarillo llevó a Hango Noda, a Lauda Conak y al Vicealmirante Aznar hasta un lugar un poco apartado del muelle de occidente. Una lancha de motor de gasolina estaba amarrada al pie de la escalera, y en la embarcación un marinero ankorano. Tan pronto estuvieron los pasajeros a bordo con su maleta, la lancha puso en marcha su motor y navegó saliendo del puerto. Mar afuera, entre la cortina de revoloteantes copos, apareció la enorme mole de un petrolero de 500.000 toneladas, pintado de gris.

Noda no hizo preguntas. Desde que llegaron al puerto y tomaron la lancha, el uniforme de maquinista naval de Lauda Conak le hizo sospechar cuál era el escondrijo del comando. ¡Los valeranos se habían apoderado de un barco ankorano!

La lancha atracó junto a un portón. Los viajeros entraron por el portón y un ascensor les llevó a cubierta. El Vicealmirante Aznar entregó la maleta a un marinero y se separó de Lauda y de Noda. La

nieve seguía cayendo del cielo, ocultando la tierra tras la revoloteante cortina de blancos copos. Lauda se hizo seguir de Noda hasta un amplio y confortable salón.

—¡Bonito escondite! —dijo Hango mirando a su alrededor.

El barco, según explicó Lauda Conak, había sido tomado en alta mar por un comando que salió de un "trompo". Los valeranos necesitaban un barco de gran tamaño, capaz de ocultar un "platillo volante" de 36 metros de diámetro. Los hombres del comando volaron con sus "backs", se posaron en la cubierta del barco y paralizaron a la tripulación introduciendo un gas nervioso por los conductos del aire acondicionado.

—Los reactores nucleares emiten neutrinos, y los detectores de neutrinos de los cruceros STELAR descubrirían un "trompo" que estuviera funcionando aunque se ocultara en el centro del planeta —continuó diciendo Lauda Conak—. Es por eso que los "trompos" tienen que esconderse cerca de algún reactor nuclear, cuya emanación de neutrinos se confundan con los neutrinos del propio reactor del "trompo". Este barco lleva una máquina movida por un reactor nuclear. Por lo tanto, una aeronave que volara sobre el barco no encontraría nada anormal viendo un flujo de neutrinos en la pantalla de su detector.

—Muy ingenioso.

Poco después les llamaban al comedor a través de un altavoz. Para sorpresa de Hango Noda, tanto el capitán como los oficiales del barco eran ankoranos auténticos.

—Sí, somos ankoranos —dijo el capitán Urda sonriendo ante la extrañeza del profesor—. Yo era oficial de infantería cuando los valeranos nos capturaron. Me reeducaron y ahora colaboro con el Movimiento de Liberación de Ankor, igual que mis compañeros. ¿Quiere saber si fuimos mentalizados? Bueno, yo lo pondría al revés. Lo que hicieron los valeranos fue "desmentalizarnos". Borraron de nuestra mente todas las absurdas creencias sobre la superioridad de la raza, la legitimidad de nuestras aspiraciones y un dominio universal y demás tonterías por el estilo. Nos permitieron conservar nuestra individualidad y elaborar nuestras propias conclusiones de todo lo que nos enseñaron. Les estamos muy agradecidos. Hoy podemos contemplar la política a la luz de los conocimientos que hemos adquirido. Y no crea que todos estamos

luchando con el Movimiento de Liberación. Muchos ankoranos, por sus convicciones o por otros motivos personales, se han negado a participar. Bueno, eso demuestra que somos libres para pensar y decidir por nosotros mismos.

Mientras se comía había anochecido y en todo el barco empezaban a escucharse ruidos como de mucha gente andando de un lado a otro. Sin embargo, la tripulación del barco era muy reducida. Era que los comandos estaban llegando de VALERA.

Un altavoz llamó a Lauda Conak:

—Profesora Conak. Sus padres y su hermano acaban de subir a bordo. Vaya a reunirse con ellos junto al ascensor de estribor.

Hango Noda salió al balcón para observar. Hacía mucho frío y la oscuridad era casi completa. Vio hombres por todas partes; soldados metidos en armaduras de “diamantina”, con escafandra y equipo de vuelo individual a la espalda, la mayoría de ellos llevando maletas negras como la del Vicealmirante Aznar.

El trajín fue cesando poco después a medida que cada hombre iba a ocupar su puesto. Los controladores estaban en todas partes, en el salón, en los comedores y bajo cubierta, a resguardo del frío. Se habían quitado las escafandras y los guanteletes y conservaban puestos los auriculares. Hango vio un grupo de diez comandos que despegaba de la cubierta y desaparecía en la oscuridad volando en dirección a tierra.

—Ese grupo va a intentar secuestrar al General Abor en su casa —dijo el Vicealmirante Aznar apareciendo un momento junto a Hango—. Tan pronto el General esté a bordo, usted y él darán “el salto”. Este barco dejará de ser un lugar seguro tan pronto empiece la acción.

Aznar se marchó antes que Noda pudiera hacer ningún comentario. Hacía frío afuera y Hango Noda regresó al comedor. Allí el Capitán Urda y dos de sus oficiales se habían instalado con sus maletas abiertas sobre la mesa. Hango se colocó detrás del Capitán mirando por encima del hombro de éste.

Urda se volvió y le sonrió.

—Todavía no hemos despegado. Esperamos a que el comando haya capturado al General Abor —le dijo.

—¿Los valeranos confían en ustedes hasta el punto de permitirles manejar su arma secreta?

—¿Por qué no habían de hacerlo? —replicó Urda con extrañeza.

Los altavoces atronaron en todo el barco:

—¡Atención, lancen sus escuadrillas! ¡Diríjanse a Neke y tomen posiciones hasta la orden de ataque!

Urda dijo a sus compañeros:

—Vamos allá.

Apretó un botón del cuadro de indicadores de la maleta. La pantalla se encendió. En una esfera de la maleta una aguja señalaba el rumbo. Los "abejorros", en número de varios millares, volaban a través de la nevada en dirección a tierra. En la pantalla del Capitán Urda aparecieron las luces del puerto, y detrás la iluminación urbana de Neke.

Poco después Noda identificaba la gran Avenida Norte con sus cuádruples hileras de luces. El "abejorro" guía voló sobre la ciudad y se dirigió al Norte.

—¿Puedo saber cuál es su objetivo? —preguntó al Capitán.

—Electronburgo, y especialmente el Centro Experimental de Energía Nuclear.

—¿Por qué no lo dijo? Conozco bien ese lugar, puedo ayudarles —dijo Hango.

El "abejorro" guía debía estar volando por lo menos a 500 kilómetros por hora de velocidad. En quince minutos estaba sobre Electronburgo. Pero la voz de atacar no había sido dada todavía y los controladores esperaban impacientes. Todas las escuadrillas habían alcanzado sus posiciones.

Mientras Hango Noda señalaba al Capitán Urda la localización del reactor nuclear de Electronburgo y el Laboratorio Experimental llegó la orden de atacar.

Inmediatamente los altavoces transmitieron un aviso para Hango Noda:

—Profesor Noda, acuda a cubierta a la altura del depósito doce.

—Debo irme, que tengan buen tino —dijo Hango al Capitán.

Bajó por la escalerilla y tomó por la pasarela central de cubierta en busca del depósito doce. El gigantesco petrolero daba la impresión de estar aislado del mundo envuelto en una masa de algodón blanco. La nieve seguía cayendo. En este momento escuchó las primeras explosiones que llegaban de tierra.

Casi tropezó con un par de hombres vestidos de vidrio entre los

cuales estaba el General Abor.

—Soy el profesor Noda —dijo Hango.

—Venga por aquí —dijo uno de los comandos a través del tornavoz exterior de su escafandra.

Una de las trapas de los depósitos estaba abierta. Noda bajó por una escalerilla metálica iluminada por una vaga luz roja y se encontró un corredor. Siguió por éste y se vio en un espacio amplio y bien iluminado. El lugar olía fuertemente a petróleo; era uno de los depósitos del barco. En el suelo había una escotilla abierta. Por una angosta escalera descendieron hasta un lugar de espacio reducido. Parecía la cabina de una aeronave, de la cual se hubieran quitado los asientos del piloto y el copiloto. Allí estaba la "Karendón Traslator".

El General Abor llegó detrás de Noda e interpeló a éste:

—¿Qué tiene que ver usted con todo este asunto, Noda? ¿Por qué me han traído aquí?

—Vamos a hacer un viaje, General —repuso Noda señalando el mamparo que ocultaba a la vista el interior de la cámara de restitución—. Un viaje rápido y cómodo hasta el planetillo VALERA.

—Me explicará todo esto.

—En VALERA, mi General. Se lo explicaré en VALERA.

Los dos hombres vestidos de "diamantina" empujaron a Abor dentro de la cámara de la "Karendón". Antes de que el General se diera cuenta de lo que ocurría, había sido desmaterializado en mitad de un relámpago azul.

Después del General Abor, Hango Noda entró en la cámara y esperó no sin cierto nerviosismo. Nunca había sido desmaterializado para ser restituido de nuevo. ¿Qué se sentía en estado inmaterial? Los valeranos aseguraban que un ser desmaterializado sólo existía en espíritu; es decir, en alma. Y que se experimentaba una sensación de inefable bienestar. Pero esto no podía ser cierto. Un individuo desmaterializado y vuelto a materializar no podría recordar nada.

Un relámpago estalló alrededor de Hango Noda. Parpadeó. Pero no ocurrió nada, estaba en el mismo lugar.

—Salga, por favor —le dijeron en ankorano.

Hango Noda se deslizó por entre la caja y la pantalla. Entonces se dio cuenta de que no estaba en el mismo lugar de antes. La

“Karendón” era idéntica, pero el sitio otro. Ésta era una sala espaciosa, brillantemente iluminada, con veinte o veinticinco máquinas en batería.

Allí estaba el General Abor entre dos fornidos muchachos valeranos de la Policía Militar. Abor inició un movimiento impulsivo para correr hacia Noda, pero los policías le tenían sujeto de cada brazo. Hango Noda se acercó a Abor.

—No comprendo nada de lo que ocurre —dijo el General muy excitado—. ¿Qué truco es éste? ¿Para qué este cambio rápido de decorado?

—No es un decorado, mi General. Mire detrás de usted. ¿Ve ese letrero?

Abor volvió la cabeza. En efecto, había un gran letrero sobre una amplia puerta de hojas de batientes. Este cartel estaba escrito en castellano y repetido en caracteres de escritura ankorana. Decía: “Está usted en el autoplaneta Valera. Bienvenido.”

CAPÍTULO VII

EL ataque de los valeranos a Neke, a ocho meses del asalto de Iqua, tuvo consecuencias de gran alcance político, aparte de los daños causados en las instalaciones —todavía en fase de construcción— de la gigantesca factoría que debería alumbrar el proyecto ARCADIA. Todo el complejo quedó destruido, y Electronburgo siguió la misma suerte.

Con mucho, el suceso que más impresionó a la nación fue la muerte del “Lassyn” Grume Bludel.

Las bombas volantes se ensañaron de modo especial en la Casa Azul. El altivo palacio quedó totalmente destruido, y entre sus ruinas se hallaron los restos casi irreconocibles del Canciller, sorprendido por el impacto directo de una bomba cuando celebraba una comida con una delegación de los representantes de otros países, enganchados a la política de Ankor.

Como en Iqua, las bombas volantes valeranas atacaron los acuartelamientos del Ejército y la Policía, las estaciones, los aeropuertos, las instalaciones portuarias y los barcos.

El sofisticado y costoso “cinturón de seguridad” de Neke, con sus estaciones de radar y sus recién incorporadas baterías de proyectores de “luz sólida”, fue devastado. Pero las víctimas fueron muy inferiores a las de Iqua, sencillamente porque los valeranos limitaron su acción a los objetivos que podrían llamarse “estratégicos”, evitando una masacre que pudo registrar un número elevado de muertos y heridos.

Aunque los prisioneros valeranos no pudieron ser liberados esta vez, el efecto psicológico del ataque fue todavía mayor que en el caso de Iqua. El Gobierno ankorano pudo ocultar parte de lo ocurrido en Iqua, pero la muerte del “Lassyn” tuvo que hacerse pública.

En Ankor, a la muerte del “Lassyn”, siguió un profundo malestar

político. De pronto surgieron muchos aspirantes a suceder al "Lassyn" al frente de la Cancillería, y una feroz lucha se entabló entre las distintas facciones, con su secuela de intrigas, asesinatos y alzamientos militares en toda la geografía del país.

La disputa por el Poder deterioró la imagen que el pueblo tenía de un Gobierno fuerte y estable, y la amenaza del autoplaneta VALERA se hizo más ostensible, especialmente porque todo coincidió con una intensa campaña de propaganda, con emisiones de radio y televisión que llegaban del mismo planetillo y estaban protagonizadas por ankoranos auténticos, algunos de tanto fuste como el profesor Hango Noda, director del Centro Experimental de Energía Nuclear y responsable del proyecto ARCADIA, o el General Abor, Jefe del Estado Mayor, secuestrado en Neke y misteriosamente aparecido en VALERA.

En los meses siguientes, después de la llegada de Noda y del General Abor al planetillo, fueron frecuentes las reuniones entre éstos, el conde Conak, padre de Lauda, y el Almirante Mayor del autoplaneta VALERA, Almirante Miguel Ángel Aznar.

El conde Conak, ni el General Abor ni Noda fueron "mentalizados" por las máquinas "Psí" en el planetillo.

De cara a las previsiones para el futuro, los valeranos no lo consideraron oportuno. Tampoco era necesario, pues tanto Abor, como el conde, eran hombres inteligentes y razonables, "evadidos", como el propio Noda, de las ideas que las "Psí" inculcaron en sus mentes en la época que fueron educados.

El conde Conak, aristócrata de 80 años, tenía una imagen algo estereotipada acerca de los conceptos de Patria y Estado. Creía en la superioridad intelectual del ankorano, pero negaba que ésta tuviera nada que ver con el origen de la raza.

Hombre erudito, el conde sabía que todas las razas de Uhlan tenían un origen común. Las especiales condiciones del frío país obligaron a los ankoranos, desde antiguo, a agudizar su ingenio y buscar lejos de sus fronteras los productos básicos de que carecía el propio Ankor. Por eso los ankoranos fueron piratas primero, marineros, pescadores y traficantes después, y posteriormente grandes inventores, científicos e investigadores, economistas y políticos.

La cultura de Ankor se había expandido por toda la redondez de

Uhlan, y sus productos manufacturados eran el exponente moderno de esta influencia, como antiguamente lo fueron el bacalao, los tejidos y los aceros. Las condiciones geoeconómicas fueron quienes impulsaron y estimularon la inventiva ankorana, constituyendo un mérito del que la nación debía sentirse orgullosa.

—Supongo —decía humorísticamente el Almirante Aznar— que toda nación tiene derecho a creer que su país es el que posee más relevantes virtudes. —Y añadía cáusticamente— nosotros, los valeranos, también.

Hango Noda trabajaba ahora con Lauda Conak en los programas de propaganda. A los dos meses de estancia en el planetillo Hango Noda fue invitado por el Vicealmirante Aznar a presenciar una prueba de la nueva arma. Lauda Conak y un equipo de cámaras de televisión formaban también parte del grupo.

La demostración se realizó en el exterior de VALERA, sirviendo de blanco un crucero sideral de la serie STELAR. El buque lanzador era una aeronave de nuevo estilo, al que los valeranos llamaban "torpedero", algo más pequeño que el crucero clásico y tan ancho como éste, si bien de formas más aplastadas y de aristas más agudas.

—Se trata de un buque diseñado para moverse exclusivamente en el vacío espacial —dijo el Vicealmirante Aznar—. Por lo tanto, no era necesario hacer un estudio aerodinámico de sus formas. La misión del torpedero consiste en aproximarse lo más posible al enemigo y largarle sus torpedos.

Uno de los comentaristas de la televisión, experto en temas bélicos, preguntó si no era cierto que, después de la adopción de las armas de "luz sólida", el torpedo clásico había quedado superado y fuera de uso.

—La guerra ha sido, aparte otras consideraciones, una pugna histórica entre el proyectil y la coraza —respondió el Vicealmirante Aznar—. Desde los primitivos escudos de cuero, pasando por el bronce y el hierro, llegamos a las armaduras medievales, que perdieron todo su crédito con la aparición de las armas de fuego y las balas. Contra las balas se construyeron los primeros blindados mecánicos, los "tanques". Pero los cañones aportaron la carga hueca. Se mejoró la técnica de la coraza con nuevos materiales, y la técnica alumbró los cohetes. Trasladada la guerra al espacio

exterior vinieron los “Rayos Zeta”, desintegradores de metales, y contra éstos llegó la “dedona”, que los ankoranos conocen por “arokalina”. Los torpedos de carga nuclear arremetieron contra las corazas de “dedona”, y después de una larga pugna, en que las fuerzas estaban más o menos en equilibrio, llegaron las armas de “luz sólida” y echaron abajo las corazas de “dedona”.

—¿Por qué entonces regresamos al torpedo? —preguntó el informador valerano.

—La pugna prosigue actualmente entre corazas de “dedona” más gruesas y proyectores de “luz sólida” más penetrantes. Nuestro nuevo torpedo nace con todos los condicionamientos impuestos por las experiencias anteriores. Lo hemos construido macizo, y aún así, para alcanzar al buque enemigo, tendrá que soportar la terrible mordedura de la “luz sólida” que intentará destruirlo. Ahora bien, una cosa es segura. Si el torpedo alcanza al buque, cualquiera que sea el espesor de su casco, lo destruirá.

—¿Tan potente es la carga explosiva del torpedo?

—Sí, es lo más destructivo que jamás hemos construido.

—¿Mucho más que los “trompos” kamikaze?

—Muchísimo más poderoso.

—¿Cuál es el secreto de la enorme potencia de la nueva arma? ¿Hay algo más potente que la desintegración nuclear?

—El torpedo en sí no es ningún secreto. El secreto es la forma de producirlo. Se trata de una mole maciza de “dedona”. Pero no es una “dedona” vulgar y corriente, sino de “anti-dedona”. Es decir, anti-materia.

—¡¡¡ANTIMATERIA!!! —exclamaron al unísono varias voces. Y se hizo el silencio. Los hombres, encerrados en sus escafandras de vacío, se miraban unos a otros como aterrados.

—La antimateria no existe en nuestro universo —dijo el informador de Televisión—. Es la negación de todo, no puede coexistir con la materia. Se ha dicho muchas veces que un astrolito de antimateria, del tamaño de una pelota de golf, bastaría para volatilizar nuestro autoplaneta.

—Son exageraciones, créame —respondió el Vicealmirante Aznar—. La prueba de ello es que hemos tenido que construir nuestro torpedo bastante grande para destruir un crucero. Y aún así no lo volatilizará del todo. Preparen sus cámaras, ahí llega el

torpedero.

Sumamente interesado, por su condición de físico nuclear, Hango Noda siguió con la vista el buque torpedero que acababa de aparecer sobre el curvado horizonte de VALERA. El buque lanzador se elevó rápidamente mientras el Vicealmirante advertía a los informadores que estuvieran listos para oscurecer al máximo las mirillas de sus escafandras o apartaran los ojos en el momento de la explosión.

—La luz es muy fuerte —aseguró.

El crucero STELAR y el torpedero estaban frente a frente separados por una distancia de doscientos kilómetros. Estaban tan lejos que casi se les confundía con cualquiera de las estrellas del negro firmamento.

—El crucero empieza a disparar —anunció Aznar.

En efecto, delgados rayos de "luz sólida", amarillos y brillantes como hilos de oro, surcaron el vacío desde el crucero al torpedero.

—El torpedero tiene que soportar los disparos del crucero mientras se supone que se aproxima. En condiciones de combate real el torpedero estaría más lejos y la potencia de los impactos de "luz sólida" serían un poco más débiles. Estén atentos al torpedo… Cinco… cuatro… tres… dos… uno… ¡ahí va!

Era tan pequeño en proporción a la distancia que el torpedo apenas se veía. Parecía una cabecita de alfiler brillando contra el fondo negro del espacio. Los rayos de "luz sólida" del crucero cayeron sobre él. Pero el torpedo seguía adelante sin detenerse… se aproximaba al crucero… ya estaba cerca…

—¡Polaricen sus mirillas!

Hango Noda hizo girar el botón que en el lateral de su escafandra polarizaba el cristal de la mirilla. El cristal se tornó casi negro, tan oscuro que ni siquiera se veían las estrellas. Luego, en esta oscuridad, se abrió un boquete de luz amarillo brillante por pintas y estrías rojas y verdes. La explosión debió ser aterradora. El globo de fuego parpadeó unos segundos extendiendo todavía más su área. Luego se extinguió de repente.

El crucero sideral no era visible ahora. Pero un observador que estaba mirando a través de un telescopio indicó:

—Lo ha partido en dos pedazos y cada pedazo vuela en dirección opuesta.

—Han asistido ustedes al primer encuentro que registra la Historia entre la materia y la antimateria —dijo sencillamente el Vicealmirante Aznar.

Un cámara de televisión dijo:

—Los ankoranos deberían haberlo visto. Tal vez esto les quitara las ganas de luchar.

—Hay ankoranos entre nosotros —dijo una voz a través de los auriculares.

El cámara se volvió hacia Hango Noda y el General Abor, que estaban uno junto al otro.

—No lo decía por ustedes —se excusó el hombre.

Toda la comisión regresó al crucero sideral que debía llevarles al interior del planetillo a través de uno de los largos túneles.

* * *

En Nuevo Madrid, Hango Noda y el General Abor compartían un "bungalow" inmediato al de la familia Conak, bajo una discreta vigilancia.

En muchos aspectos los ankoranos disfrutaban de mayores comodidades que los propios valeranos. Éstos, empeñados en un gigantesco esfuerzo de guerra, andaban todavía retrasados en la tarea de reconstruir sus ciudades. Después de dejar una guarnición en la Tierra, la población del planetillo había quedado disminuida en cuatro millones trescientos mil individuos, que eran los que Ankor retenía en calidad de rehenes. El número de habitantes del planetillo alcanzaba escasamente veinte millones en la actualidad.

¡Veinte millones de hormiguitas hacendosas, se proponían derrotar a un país de quinientos millones de habitantes y cambiar de arriba abajo un planeta de tres mil millones de seres humanos!

Sin embargo, los valeranos no estaban solos. Aunque todo el peso del esfuerzo de guerra cargaba sobre sus espaldas, cada día llegaban a VALERA alrededor de un millar de uhlanitas que habían dado "el salto" desde las máquinas "Karendón" que estaban escondidas por Uhlan, hasta este sorprendente y encantador mundo-concha. En un año, desde que VALERA regresó, los uhlanitas sumaban ya medio millón en el planetillo.

Los valeranos tenían un estilo muy personal en el desarrollo de

la guerra psicológica. En lugar de hacer secreto de todo, como ocurría en Ankor, pregonaban a los cuatro vientos sus cifras de producción de buques, su nueva arma y sus planes para la derrota de Ankor y la liberación de Uhlan.

—Estos valeranos son ingenuos como niños —dijo el General Abor a poco de llegar al planetillo, en los comienzos de la campaña de propaganda.

—Yo no diría eso —contestó Hango Noda—. Estudie usted la reacción lógica de esta campaña de propaganda en Ankor. Los ankoranos mirarán desconfiados los preparativos de VALERA. Nunca pensarán que les estamos diciendo la verdad. Dirán, por ejemplo, que la prueba de aquel torpedo antimateria fue un truco de montaje. Pero también pueden pensar: "si estos tíos nos enseñan sus cosas en televisión, deben de guardarse otras cosas en secreto". En definitiva, los ankoranos no van a saber qué pensar. Se sentirán desconcertados y preocupados. Nunca indiferentes. Ese es el aspecto demoledor de la guerra psicológica. Créame, los valeranos la están llevando muy bien, a pesar de que nuestras reacciones psicológicas no sean exactamente como las suyas.

Después de muchas vacilaciones, Abor se decidió finalmente, a entrar en la organización de la campaña contra Ankor. Sus revelaciones y sus puntualizaciones acerca de la estrategia de Ankor resultaron altamente provechosas.

Al poco tiempo, Abor estaba metido de lleno en la tarea de formar un Ejército de Ocupación utilizando los 110.000 soldados y oficiales ankoranos que fueron capturados en el planetillo. Estas tropas, mentalizadas por los valeranos, pasaron a formar un Cuerpo de policía militar, cuya misión sería el mantenimiento del orden y la ley en Ankor.

Abor, que tenía personalidad y garra, convenció a los soldados, incluso a los oficiales ankoranos. Más o menos les dijo:

—Ankor será ocupada y en los días que seguirán a la caída del Gobierno reinará el desorden y la anarquía. Los alumitas, los etonianos y toda la demás gente de allende nuestras fronteras invadirá Ankor. No podemos permitir que esos marranos saqueen nuestras ciudades ni violen nuestras mujeres. La misión de policía será ejercida por ankoranos, por nosotros mismos.

A continuación, todos se alistaron en el Cuerpo.

Mientras tanto, en Ankor, el país cambiaba cinco veces de gobierno en siete meses. Si las cosas andaban mal políticamente allá, socialmente reinaba el caos. La nación no estaba preparada ni mentalizada para un cambio tan radical en las estructuras. Los ankoranos abandonaban el trabajo y marchaban a formar colas ante los almacenes donde las “Karendón” hacían la función de una despensa sin fondo. El dinero había perdido todo valor y nadie lo quería. El problema era que Ankor tenía mucho dinero y todavía pocas máquinas “Karendón”.

A la vista de esta información, el Vicealmirante Aznar comentó:

—Llegaremos en el momento oportuno, cuando el país esté políticamente escindido y económicamente en el caos.

—¿Cuándo será la invasión? —preguntó Hango Noda.

—Probablemente en dos meses.

—Eso será más o menos a los tres años justos de la fuga de VALERA, ¿no es cierto?

—Esperamos celebrar nuestro tercer aniversario con una gran victoria.

—¿Anunciarán también la fecha de su ataque con anticipación?

—Ciertamente.

—No soy militar, pero ¿es esa buena estrategia?

—Queremos que Ankor lleve toda su Armada al espacio para hacernos frente. Si les arrollamos en el espacio exterior el planeta quedará prácticamente indefenso y el desembarco se llevará a cabo con mucha más facilidad. Esta vez no disponemos de un Ejército Autómata. Tendremos que exponer a nuestros hombres, y sentimos gran aprecio por ellos.

Esta conversación tenía lugar en la oficina de Noda, en el edificio provisional desde el cual emitían la radio y la televisión de VALERA. El Vicealmirante Aznar, organizador y director del Proyecto ERINIAS de guerra psicológica y subversiva, solía venir todos los días para supervisar los programas en lengua ankorana.

A través de un grueso cristal doble podían ver a Lauda Conak ante el micrófono. Miguel Ángel Aznar la estuvo observando unos minutos pensativamente.

—Profesor Noda, si ha terminado usted podemos salir juntos. Le acompañaré hasta su casa —propuso inesperadamente Aznar, sorprendiendo a Hango.

Las relaciones entre Hango y el Vicealmirante eran cordiales en lo profesional y más bien tirantes en lo personal.

Salieron juntos del edificio bajo el brillante sol artificial del planetillo. En media hora más, la lámpara solar atenuaría su brillo dando paso al breve crepúsculo al que sucedería la noche. El horario de VALERA era completamente distinto al de Ankor, donde los días eran de 30 horas de 90 minutos. Para acomodar las emisiones a las noches de Ankor, los locutores de la radio y la televisión tenían que trabajar a horas intempestivas.

Los valeranos estaban levantando una nueva ciudad sobre los escombros de la antigua capital de VALERA. Utilizaban el viejo solar para aprovechar la red del "metro" y las alcantarillas, respetando el primitivo trazado de las calles, y en especial el de las seis grandes avenidas radiales que confluían en la Plaza de España, donde estaba la rampa de acceso a la Sala de Control.

Aquí hubo en otro tiempo una gran ciudad de altos rascacielos de acero, mármol y cristal, una ciudad bella, con hermosos edificios, parques y monumentos. Cada uno de los viejos rascacielos, al derrumbarse, había formado un montículo que los valeranos estaban cubriendo con tierra.

A un lado y otro de la grandiosa Avenida del Capitán Fidel, el Aznar que creó el autoplaneta, estas verdes colinas servían de asiento a pequeñas casas unifamiliares, frágiles y sencillas, alegres y cómodas, todas ellas rodeadas de jardín, con cuidados céspedes y blancas vallas de madera, caminillos enlosados y jóvenes retoños de pino, de chopos y sauces, que el tiempo haría crecer en un ambiente de invernadero.

La Avenida, como las otras cinco, tenía un kilómetro de ancho, con una calzada a cada lado y un parque central de 500 metros de ancho y 25 kilómetros de longitud. Mientras andaban por este parque central, el Vicealmirante Aznar guardaba silencio, como pensativo.

—Profesor Noda, ¿cómo andan sus relaciones con Lauda? —preguntó al cabo de un rato.

Hango Noda sabía que iba a preguntarle esto.

—Lauda y yo nos entendemos bien, siempre nos entenderemos.

—Usted sabrá que Lauda y yo…

—Sí, lo sé. Lauda me lo contó —contestó Hango, dispuesto a no

dar facilidades al Vicealmirante.

—Ella tal vez piense que no la quiero, que me cansé de…

Se detuvo, pero Hango siguió callado.

—Bien, es el caso que ella puso más corazón en nuestras relaciones. En eso parece que no haya diferencia entre las ankoranas y las valeranas. Las mujeres se entregan, no reflexionan, ceden a sus impulsos…

Hango Noda continuó andando sin decir palabra. El Vicealmirante continuó:

—Lauda es una mujer maravillosa. Nunca me he sentido espiritualmente tan cerca de una mujer como de ella. Pero el amor no es sólo espíritu. Para amar a Lauda espiritualmente no sería necesario que me casara con ella, ¿no cree usted?

—Nosotros, los ankoranos, no concedemos al matrimonio la importancia que ustedes —observó Hango.

—Eso es una tontería. Ninguna mujer, ni siquiera una ankorana, pasaría porque su marido le dedicara a ella su afecto espiritual, mientras iba a buscar en otra mujer los hijos que necesita. Para ustedes eso puede no ser importante. Ustedes rompen los huevos nacidos de la mujer o los entregan al Estado sin llegar a conocer a sus hijos. En los mamíferos el sentido paternal está más agudizado. Los niños crecen en hogar, forman parte del hombre y la mujer y crean un vínculo de unión entre la pareja. El matrimonio sí es importante para nosotros. No es nada que hayamos inventado los terrícolas, forma parte de una función biológica que nos ha sido impuesta por la Naturaleza. ¿Qué porvenir habría en una unión estéril entre un terrícola y una uhlanita?

—¿Por qué pone usted tanto empeño en buscar una justificación, señor Aznar? —preguntó Hango—. Lauda comprende eso. Sabe que existe una barrera entre ustedes y se resigna. Incluso si esa barrera no existiera, no sería el primer caso de un hombre que deja a una mujer por cansancio o por cualquier otro motivo. Eso está ocurriendo todos los días. ¿Por qué no se lo dice a Lauda con las mismas palabras que acaba de decírmelo a mí?

—Temo que Lauda no me escucharía. Si la conoce usted sabrá que Lauda sufre un complejo de edad. Es una mujer de cuarenta años. Se siente vieja y cree que esa es la única razón por la que me he apartado de ella. Pero hay otras, cualquiera de ellas de más peso

que nuestra diferencia de edad. No podemos tener hijos…, no tiene para mí el atractivo sexual de las mujeres de mi raza… Y después de que impongamos un poco de orden en Uhlan, el autoplaneta seguirá su viaje para no regresar jamás. ¿Qué sería de una mujer uhlanita, sin posibilidad de regresar a su patria, en medio de una sociedad que le es extraña?

—Y luego está su edad —añadió Hango rencoroso—. Lauda tiene cuarenta años… A decir verdad, más de cuarenta. ¡Años uhlanitas, mucho más largos que los terrícolas! Y usted tiene veinticinco añitos, cortos y retozones.

—También es un inconveniente —replicó Aznar—. No sólo su edad. Hay cosas de segundo orden que pueden tener su importancia. Soy el hijo mayor de dos que tuvo mi padre. Mi otro hermano es un mestizo de Bartpurano. O sea, que el único descendiente "puro" de la familia Aznar soy yo. Los terrícolas no solemos ser racistas. ¡Pero a mi viejo padre le sentaría como un tiro tener un nieto nacido de un huevo pardo! En el supuesto incluso de que ese niño pudiera nacer. ¿Qué le parece?

Sin saber por qué causa, Hango Noda tuvo ganas de echarse a reír.

—No puedo decirle todo eso a Lauda —suspiró el Vicealmirante abriendo los brazos.

Habían llegado ante el "bungalow" que Noda compartía con el General Abor. Se detuvieron.

—Mire, señor Aznar —dijo Noda—. Para mí todo lo que usted dice sólo quiere decir una cosa. Usted siente haber herido a Lauda. Si fuera un sinvergüenza no se molestaría siquiera en dar explicaciones. No está obligado a hacerlo.

—Quiero a Lauda —dijo Aznar—. Pero no como ella merece ser amada.

—Dígale eso nada más, Aznar. ¡Pero dígaselo usted mismo!

Hango Noda saludó con un ademán y se alejó cruzando el parque.

Dos días después, al encontrarse con Lauda Conak en el locutorio, Hango Noda advirtió que venía sonriente y como feliz. Tranquilamente empezó a disponer los papeles del guión radiofónico.

—Muy bien, ¿por qué estás tan contenta? —le preguntó.

—¿Contenta? Como cualquier otro día —después de una pausa añadió como sin concederle importancia—. El Vicealmirante vino a hablar conmigo.

—¿Aznar?

—Claro, ¿quién si no? Vino a darme explicaciones. Fue muy correcto, es un hombre educado y un caballero. Él se sentía obligado… ¿no te parecen un poco cursis estos terrícolas? Se pasan de amables.

—Se pasan en todo —asintió Noda sin dar importancia al asunto—. ¡Tan ingenuos! ¿Has leído el guión? ¡Anuncian la fecha del desembarco! ¿Qué esperan, que salgan a recibirles con flores?

CAPÍTULO VIII

SESENTA mil cruceros de combate de la serie STELAR, cuarenta mil torpederos y treinta mil “trompos” invirtieron cinco días enteros en salir en ininterrumpidos chorros por los cien túneles de comunicación entre el interior del planetillo y la desolada y polvorienta cara exterior.

Durante estos mismos días, VALERA se aproximaba a Uhlan provocando con su presencia grandes mareas, inundaciones catastróficas y violentos movimientos sísmicos. Simultáneamente, cada una de las máquinas “Karendón” a bordo de los 1.200 “trompos” que se encontraban en Uhlan, se ponía a funcionar frenéticamente restituyendo soldados uhlanitas completamente armados y pertrechados.

Al Armada Sidérea de Ankor, concentrada en el espacio exterior, había tenido que abandonar la vigilancia de su propio planeta, ocasión pintiparada para que los “trompos” pusieran en marcha sus reactores nucleares y sus “Karendón”.

A bordo de cada uno de los 60.000 cruceros, una “Karendón Traslator” estaba lista para traer a Uhlan el Ejército de invasión. ¡Tres años había necesitado solamente VALERA para poner en marcha esta formidable máquina de guerra!

Los 100.000 cruceros STELAR de los ankoranos salieron a esperar al enemigo. ¡No tuvieron que esperar mucho!

Desde doce millones de kilómetros, la Armada Sideral Valerana cobró impulso y se lanzó al ataque en tromba, llevando por delante, como punta de lanza, los 30.000 “trompos” de tan infausto recuerdo para los ankoranos. Inmediatamente detrás de los “trompos” desplegaron en orden de combate los 40.000 torpederos, y por encima y debajo de éstos iban los 60.000 cruceros.

Atacando como una manada de búfalos, los “trompos” cargaron brutalmente obligando a los ankoranos a dar saltos y guiñadas para

evitar la colisión. Todo el negro espacio se llenó de millones de rayos que, como espadas flamígeras, se entrecruzaban formando una trama espesa y movible.

Los “trompos” y los torpederos, con sus cascos de cinco metros de espesor, aguantaron la lluvia de rayos, recibiendo profundas heridas y melladuras. Los “trompos” pusieron en juego sus demoledores proyectores de grueso calibre y los torpederos largaron sus torpedos.

Estos nuevos torpedos de antimateria no podían llevarse a bordo del buque. Tenían que ser integrados en el interior de una cámara especial, de modo que no tocara la materia del propio buque ni de la cámara, y acto seguido salían en dirección al blanco. Por esta razón cada torpedero sólo podía lanzar tres torpedos cada vez, teniendo que esperar un minuto para cargar de nuevo sus cámaras de restitución y lanzar de nuevo.

Los torpedos antimateria pasaron entre el fuego cruzado de los cruceros ankoranos y llegaron al blanco… El espacio se cubrió de aterradores globos de fuego cuando 120.000 moles antimateria alcanzaron a la Armada Sidérea de Ankor. La mitad de la Escuadra ankorana fue volatilizada, hecha pedazos y lanzados éstos a gran distancia como proyectiles. Los toscos “trompos” pasaron la barrera y los ankoranos tuvieron que enfrentarse, paralizados de terror, ante la nueva andanada de torpedos que sus armas de “luz sólida” eran incapaces de detener…

Mientras los ankoranos trataban de dar media vuelta para ponerse a salvo, la segunda ola de torpedos les alcanzó haciéndoles añicos.

Fue una victoria fácil. Los valeranos habían creado algo realmente temible con aquellos torpedos antimateria.

Toda la Armada valerana pasó entre los restos del enemigo y frenó para entrar en la atmósfera. Los gigantescos cruceros STELAR, más rápidos y maniobreros que los torpederos, se adelantaron a éstos y se dirigieron a cubrir los objetivos previamente señalados. La lucha ahora iba a reducirse a un tiroteo entre las defensas antiaéreas ankoranas y los buques valeranos.

Pero los ankoranos, sorprendidos y desmoralizados, apenas atinaban a hacer nada. Las muchedumbres corrían a los refugios antiatómicos, mientras a su alrededor una lluvia de rayos de “luz

sólida" y "Rayos Z" derribaban edificios, volatilizaban vehículos y materiales de construcción, vías de ferrocarril, estructuras metálicas, depósitos, grúas, barcos…

Sobre las ciudades incendiadas, destruidas, aterrorizadas, los cruceros empezaron a vomitar soldados vestidos de "diamantina", con armas de "luz sólida" y equipo de vuelo individual. Nubes de zumbadores "abejorros" volaban a lo largo de las desiertas calles para atacar allí donde surgiera un foco de resistencia. Inmóvil sobre cada uno de los campos de prisioneros, un crucero valerano protegía a los suyos como una clueca a su pollada.

Los prisioneros valeranos saltaban de alegría saludando a los soldados que bajaban del cielo como arañas suspendidas de hilos invisibles. Cuando las tropas tomaron posesión del campo, los cruceros aterrizaron y abrieron sus grandes portones para acoger a miles de hombres, de mujeres y niños delirantes de felicidad. Tres años justos había durado su cautiverio.

Tras el arrollador empujón de los valeranos se produjo una larga y tensa calma. Los valeranos necesitaban varias horas para evacuar sus prisioneros, y los ankoranos para reponerse de la sorpresa y organizar la resistencia…

¿Resistencia? Ausentes los prisioneros las ciudades ankoranas estaban a merced de los proyectiles nucleares de los valeranos. Resistir era un suicidio, a pesar de lo cual algunas unidades optaron por luchar hasta el último aliento. Los buques valeranos, dueños del espacio aéreo, jugaron al tiro al blanco con estas tropas fanáticas dirigidas por jefes igualmente fanáticos.

Mientras tanto, las "Karendón" a bordo de los buques y los "trompos" traían desde el planetillo en salto espectacular, el ejército de invasión. ¡Y más armas miniatura!

En VALERA, a los dos días de producirse la invasión, el Almirante Aznar llamó al Conde Conak y a Hango Noda. Después de hacerles sentar, el Almirante Mayor les habló:

—Abor y su Policía Militar están poniendo orden en Ankor. Pero Ankor es un país muy grande poblado por quinientos millones de habitantes presas de la desesperación. Se ha creado un vacío de poder que es necesario llenar urgentemente. Los ankoranos son un pueblo disciplinado, están acostumbrados a obedecer y espero que obedezcan al Gobierno que les impongamos. He pensado designar a

usted, Conde Conak, Presidente de la República. Y el profesor Noda podría ser su Primer Ministro. ¿Qué les parece?

Noda y el Conde Conak cruzaron una mirada entre sí.

—¿Yo Canciller? —exclamó Noda—. Jamás se me había ocurrido.

—Se trata de establecer un Gobierno provisional, por lo menos hasta que restablezca el orden, cese la resistencia y los ankoranos puedan elegir por sí mismos a sus líderes. Abor les ayudará con su Policía Militar, y si es necesario nosotros les echaremos una mano.

El Conde Conak dijo:

—Será para mí un honor contribuir con mi modesto esfuerzo a reponer las perdidas libertades de mi pueblo.

Al Conde le gustaban las frases de este tipo. Hango Noda dijo sencillamente:

—Está bien, si el Conde me acepta.

—El Conde le acepta —dijo el Almirante Mayor con desenfado.

—Sí —dijo el Conde, aunque sin mostrar mucho entusiasmo.

—Uno de nuestros buques les conducirá a Neke. Ya está todo arreglado. Que tengan suerte, no les envidio la misión que allí tendrán que realizar —dijo el Almirante Mayor poniéndose en pie.

Estrechó la mano de cada uno de ellos y despachó el asunto.

Veinte horas más tarde, el crucero Cartagena de la Armada Sideral Valerana se posaba en la destruida Base Aérea de Tapp, en los alrededores de Neke. El buque iba a servir de momento como sede del nuevo Gobierno de Ankor. La ciudad estaba parcialmente destruida, no funcionaban los servicios de agua y electricidad, y todavía los francotiradores andaban luchando de calle en calle y de ventana en ventana.

La ciudad, donde todavía ardían los incendios, parecía desierta. La gente seguía encerrada en los refugios, donde disponían de generadores de electricidad, aire, agua y provisiones para muchos días.

Hango Noda suponía a los habitantes de los refugios pendientes de las radios de transistores. Hasta entonces, las únicas noticias de lo que ocurría fuera procedían de algunas emisoras del Ejército de Ankor, lanzando encendidas proclamas y llamando al pueblo a la lucha hasta la última gota de sangre. Pero de momento, al menos, el pueblo parecía poco dispuesto a derramar su sangre.

Hango Noda utilizó la potente emisora del “Cartagena” para dirigir un mensaje a la población.

“Neke ha sido tomada por las fuerzas de ocupación. Ankor ha perdido su Armada Sidérea y estamos a merced de la Armada Valerana. Toda resistencia no sólo es inútil, sino estúpida. Los valeranos no han venido a Ankor como enemigos, sino como amigos. Siempre quisieron ser nuestros amigos, se lo dice un ankorano de corazón que ha convivido con ellos y ha contribuido en cierta manera a la derrota de Ankor. Porque la nación que conocimos no era buena, no era justa, ni era libre. Ankor no son un puñado de políticos ambiciosos, ni una docena de generales locos, ni un millar de familias que poseen toda la riqueza de Ankor. El país es algo más que eso, somos quinientos millones de ankoranos que aspiran a vivir en paz y alegría, disfrutando una riqueza repartida equitativamente entre todos. Ankor somos los sufridos ciudadanos que pagamos con nuestras vidas los errores de una pandilla de dementes que nos hablaban de la grandeza de una raza superior, predestinada a ocupar todo el planeta. ¿Predestinados por quién? Ankor no necesita todo el mundo para ser feliz. Las máquinas “Karendón” son una fuente inagotable de riqueza; de materias primas, de productos manufacturados, de alimentos. Nuestra sociedad será reestructurada sobre una base de justicia. El que os habla es Hango Noda, amigo de los valeranos, nunca mentalizado por ellos. El Almirante Mayor de VALERA ha querido nombrar un Gobierno provisional, del que el Conde Conak es el Presidente de la República, y yo mismo su primer ministro. La designación puede no ser la más afortunada, pero constituye una solución de emergencia hasta en tanto el pueblo pueda elegir su propio Gobierno democráticamente. Podéis salir de los refugios y regresar a vuestras casas. La Policía Militar controla la ciudad. Hay muchas cosas que hacer y sois necesarios en los servicios. ¡Viva Ankor!”

Hango Noda hizo sonar a continuación el himno nacional de Ankor.

Lentamente, en pequeños grupos, los neketianos empezaron a salir de los refugios. En una semana (once días) Neke había recobrado su ritmo habitual. Los valeranos se habían marchado. Antes de regresar a su autoplaneta dejaron un número suficiente de

máquinas "Karendón", más que sobradas para atender a las necesidades de la capital.

* * *

Tres años más tarde (años terrícolas), el Conde Conak y el profesor Noda eran reelegidos Presidente de la República y Canciller, respectivamente. Seis meses antes había sido rematada la operación de reeducar a quinientos millones de ankoranos, una tarea gigantesca a la que los valeranos aportaron sus máquinas "Psí". En el resto de las naciones de Uhlan la "reeducación" no fue necesaria en la mayoría de los casos.

La nación ankorana que surgió de las máquinas "Psí" era totalmente distinta de la anterior; más moderada en sus juicios, más culta, más variada y rica en matices, más feliz.

El Almirante Mayor de VALERA, su familia, el Estado Mayor y casi un centenar de invitados más vinieron del planetillo para asistir a la toma de posesión del Presidente de la República y del Primer Ministro. El autoplaneta había retrasado unas semanas su partida para asistir a esta ceremonia.

En la recepción que siguió, el recién ascendido Almirante Aznar vino a despedirse del Canciller Noda y su esposa. Aznar vestía un uniforme deslumbrante: calzones blancos con galón verde en las costuras, botas altas rojas, coraza ligera de titanio esmaltada en blanco y verde, casco dorado con plumas rojas y blancas, galones en las bocamangas y espadín con empuñadura de piedras preciosas, además de guantes rojos con manopla.

—Ha pasado mucho tiempo desde que el planetillo apareció por primera vez en el cielo de Uhlan —dijo Hango Noda estrechando la mano de Miguel Ángel Aznar—. Vamos a sentir mucho su partida, ¡ya nos habíamos acostumbrado a ver el planetillo luciendo allá arriba!

—Los valeranos tampoco olvidarán fácilmente a Uhlan. ¡Vaya si nos dieron trabajo! —respondió el joven Almirante echándose a reír.

Salieron juntos a la terraza del nuevo Palacio Residencial. Allí se había instalado una "Karendón Traslator", que aparecía rodeada de gente. La "Traslator" estaba funcionando, despachando uno tras

otro a los valeranos a su autoplaneta. La escena era muy animada, escuchándose voces y risas, chocar de copas y frases de despedida.

El Almirante Mayor, luciendo un uniforme igual al de su hijo el Almirante, vino a despedirse del Canciller, después de haberlo hecho del Presidente.

—Señor Canciller, le deseo una feliz gestión al frente de su Gobierno. Nosotros nos marchamos, mi gente está impaciente por apretar el acelerador —dijo don Miguel Ángel Aznar.

—¿Decidieron regresar a casa?

—La mayoría decidió. Vamos a continuar adelante. ¿Dónde iremos a parar? Nadie lo sabe. Esta gente está loca.

Lauda y Hango se echaron a reír.

—Señora —dijo el Almirante Mayor tomando la mano de Lauda Conak—. La recordaré con simpatía.

—Usted todavía podrá recordarme cuando ya ni quede recuerdo de mí en este mundo —dijo Lauda Conak con melancolía—. Ustedes, los afortunados viajeros de VALERA, serán como les veo ahora dentro de quince o veinte mil años. ¡Pero nosotros no existiremos ya!

—Es cierto, el tiempo sufre un retardo cuando viajamos a casi la velocidad de la luz. Pero para nosotros el tiempo no parece más largo. Uno no lo siente, por lo tanto nadie vive más tiempo del que le corresponde. Y aunque visto desde aquí parezca lo contrario, uno no siente alegría cuando piensa que al regresar a casa no encontrará ninguno de los amigos que dejó al marchar. ¿Quién sabe? ¡Tal vez ni siquiera exista ya nuestro planeta!

Rápidamente, como queriendo ocultar su emoción, el Almirante Mayor se inclinó para besar la mano de Lauda. Luego la soltó y se dirigió rápidamente a la máquina “Traslator” correspondiendo con la mano a los saludos de los ankoranos que le vitoreaban.

—Bien, esto terminó —suspiró el joven Aznar. Tendió la mano a Lauda Conak, ahora señora Noda—. Lauda, nunca la olvidaré.

Lauda se ruborizó.

—Tampoco yo, Almirante.

Miguel Ángel Aznar se inclinó para besarle la mano. Luego se volvió hacia Hango Noda le tendió la mano y se las estrecharon con fuerza.

—¡Ojalá hubiesen venido con nosotros! —exclamó.

Pero Hango Noda movió la cabeza sonriendo.

—No, Almirante. Éste es nuestro mundo, pertenecemos a él.

—Adiós.

—Buen viaje… donde quiera que lleguen.

El valerano se dirigió a la “Traslator”, seguido de las palmadas amistosas y las frases de despedida de los presentes. Al llegar ante la máquina se quitó el casco, se volvió y miró con tristeza a la pareja que formaban Hango Noda y Lauda Conak. Luego desapareció deslizándose por detrás de la pantalla.

Brilló un relámpago en el interior de la cámara.

Lauda Conak levantó sus ojos al cielo. Estaba anocheciendo y el planetillo VALERA era perfectamente visible como una estrella de primera magnitud.

—En un minuto estará allá —murmuró. Y asiéndose del brazo de Hango exclamó—: ¿No es fantástico, Hango?

—Todo fue como un sueño fantástico —dijo Hango—. Será como un cuento maravilloso que contaremos a nuestros hijos.

—Mañana ya no estará allí —suspiró Lauda señalando al cielo—. ¡Y no lo veremos más!

Hango Noda no pudo decir nada. Sentía un nudo de lágrimas en la garganta. ¡Ah, VALERA! ¿Dónde estaría mañana… El próximo año… Dentro de mil años, cuando en Uhlan no quedarán ni cenizas de las generaciones que le vieron partir?

“Son como dioses… o como brujos” —se dijo Noda.

F I N